

NO PIERDE LOS ESTRIBOS

— El potro me ha metido en un atranco;
pero yo no soy manco.

El valor de una mesa bien puesta en los lunchs,

es de tanta importancia como el que se deriva de la calidad del mismo lunch.

No basta un servicio hecho con cristalería, platería, vajilla etc., de lujo. Es necesario algo más: la distinción para presentar todo esto reunido.

Pues con esto se logra una impresión estética altamente halagadora para la dueña de casa y es indudable también que el ambiente así constituído contribuye al éxito de la fiesta.

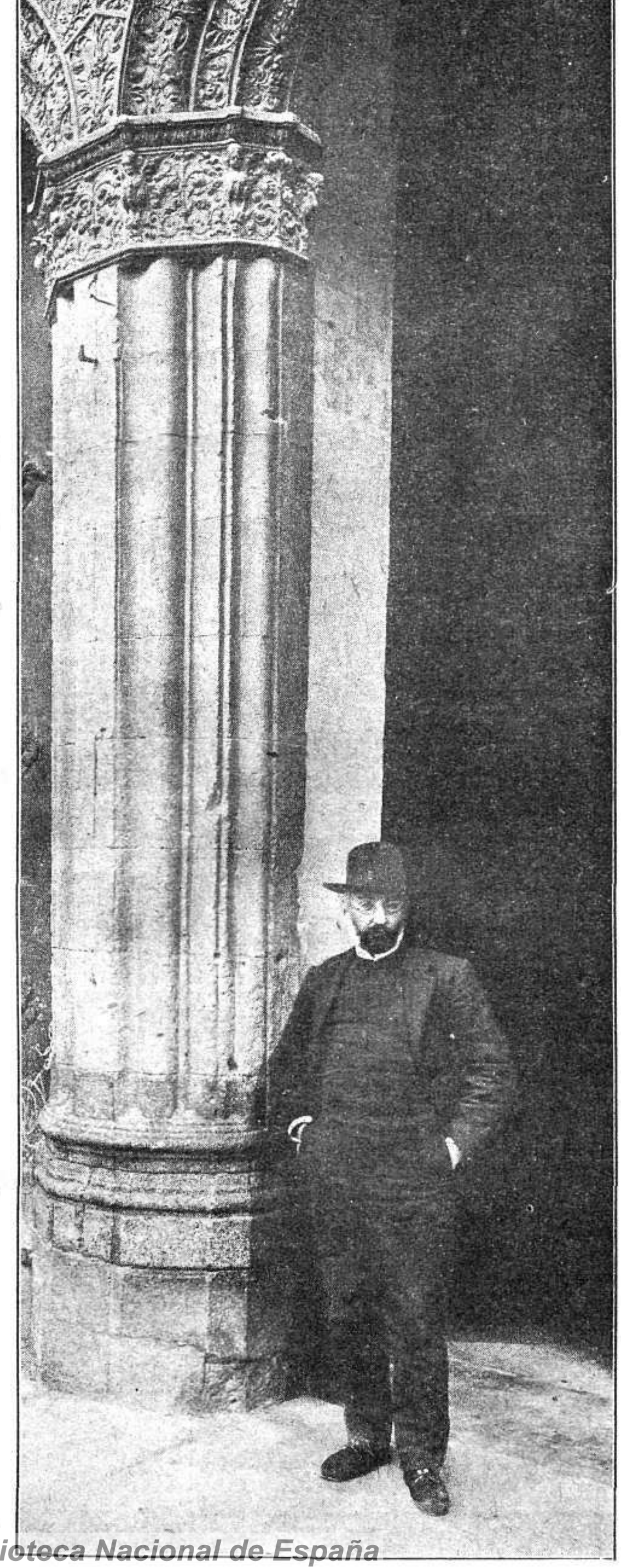
Obsérvese en la ilustración cómo interpreta esta exigencia la confitería "LOS DOS CHINOS". Téngase en cuenta luego la antigüedad de la casa, asociada desde su origen a la aristocracia argentina y se le reconocerá el derecho de ser recordada, y consultada, en la primera oportunidad.



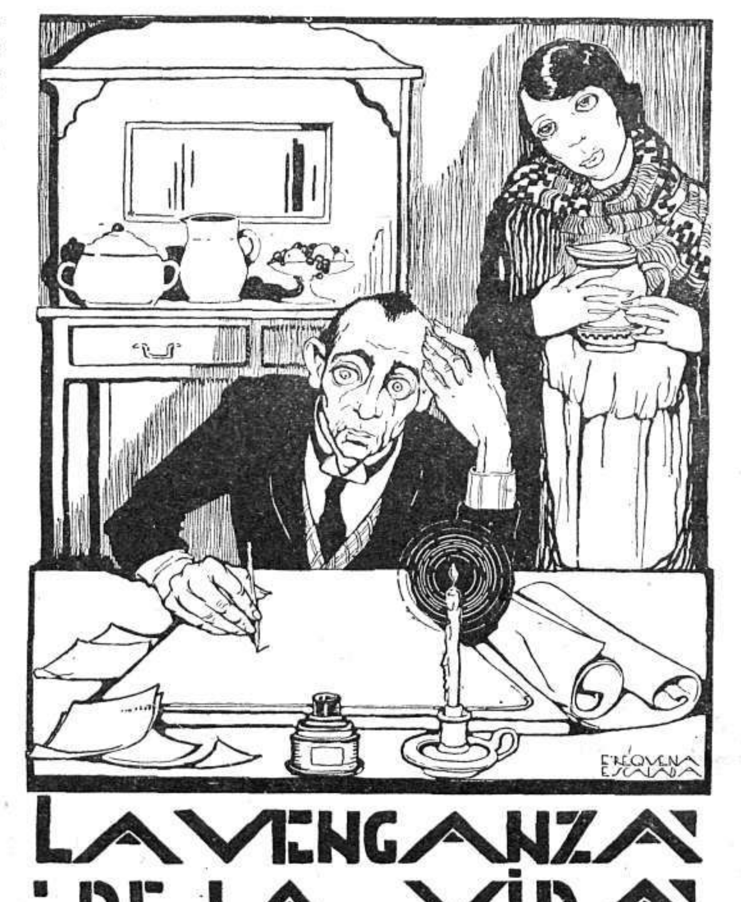
U. T., 0621 y 2720 AVENIDA

DIVAGACIONES DE UN CONFINADO

Con este mismo título «Caras y Caretas» comenzará a publicar, en el próximo número, una serie de interesantísimas correspondencias enviadas por nuestro ilústre colaborador D. Miguel de Unamuno desde su destierro de la isla de Fuerteventura. Nuestros lectores encontrarán en estos artículos, verdaderas primicias, el sabor punzante que destila la pluma del recio y combativo escritor vasco.



DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS



LA VENGANZA DE LA VIDA

Este relato, escrito con emocionante sencillez nos da cuenta de la existencia contristada de un ser que, al sentir en su corazón ingenuo el brusco aletazo del amor, rueda y tropieza durante sus últimos y amargos días hasta pagar con el postrer áliento la única de sus ilusiones terrenales.

ENCORVADO sobre una cartulina asegurada a la mesa con cuatro tachuelas, Segismundo Lanza dibujaba un proyecto de bóveda mientras su hermana María remendaba ropa.

La débil luz de la lámpara de pie colocada en el centro de la mesa, dejaba en la penumbra los rincones de la habitación cuyos muebles de comedor, viejos y enchapados, adquirían un brillo de reflejos mortecinos. Sobre el mármol del aparador hallábanse sin disposición ordenada y todavía sucios, una olla, los platos y los cubiertos utilizados en la comida de aquella noche. Un reloj de pared media el tiempo con irregular tic-tac que atraía miradas de reproche de María, quien, siempre que su hermano trabajaba, temerosa de que cualquier ruido le alterara el pulso, evitaba hasta respirar, dando escape en temblorosos suspiros al aliento largamente retenido.

Unicos sobrevivientes de una familia compuesta por nueve miembros, siete de los cuales murieron hacía más de veinte años durante un invierno fatal, al quedar solos en el mundo concibieron el proyecto de hacer construír en el cementerio de la Chacarita una bóveda donde reunir a los muertos queridos, enterrados en sepulcros distantes unos de otros.

Como no contaban con más recursos que el sueldo de Segismundo en los grandes almacenes Farnum, Hart, S. A., resolvieron ahorrar cuanto les fuese posible, para lo cual renunciaron absolutamente a las necesidades más o menos superfluas exigidas por la vida ciudadana y se ajustaron a las imprescindibles. Para mayor economía, Segismundo decidió encargarse él mismo de proyectar la bóveda.

Desde entonces consagró sus ocios a la arquitectónica tarea. Y la continua práctica dió tal habilidad a sus inexpertas manos, que los complicados dibujos que al al principio parecían grotescas copias de tortas conmemorativas, se simplificaron a tal punto que los profanos a quienes se los mostraba, aseguraban convencidos que entre esos trabajos y los de un profesional no se encontrarían diferencias de importancia.

Segismundo frisaba en los treinta y cinco años. Era pequeño, enclenque, morenito, hundido de pecho y vientre y cargado de hombros y espalda. Tenía la frente lisa y espaciosa, ensanchada por progresivas entradas de la calvicie amenazante; los ojos playos e inexpresivos y la nariz afilada. Sobre el labio superior estirábase un esforzado bigotillo que intentaba disimular la forma de puntiagudo hocico de la boca; la prominente nuez de la garganta adelantábase entre las dobladas puntas de sus cuellos «palomita» y, a los costados de la cara, con el mismo frente que ésta, manteníanse, un poco vencidas por su propio peso, las dilatadas orejas.

Aquellos veinte años que llevaba proyectando bóvedas lo alejaron hasta excluirlo de la vida corriente. Recogido en sí mismo, sin consumidoras ambiciones de prosperidad, todo lo que no se relacionaba con sus proyectos de bóveda o con su bóveda en proyecto dejó de interesarle. Mientras las generaciones pasaban mudando sus ideales, entregándose abiertamente a la lucha por la vida, él dibujaba y atestaba con croquis y diseños los muebles de su casa.

Su hermana María era cuatro años mayor que él. Tan abatida por ese desaliento innato que la inmovilizaba, como por una descuidada enfermedad indefinida de cuyos dolores nunca fijos se quejaba con constante gemido, había sido menos favorecida que su hermano por la naturaleza.

Unidos por esa rugosa solda-

dura que dejan en el alma los dolores sufridos en común resignación, Segismundo y María completábanse espiritualmente, de tal modo, que no sólo coincidían en sus pobres ideas y gustos, sino que se expresaban con las mismas pocas palabras y las raras veces que se asombraban, por lo general ante alguna bóveda en sus paseos dominicales a la Chacarita, lo hacían a un m'smo tiempo y con idénticas interjecciones.

Desprovistos de cualidades para intentar con probabilidades de éxito la lucha por la existencia y gastados por esa misma falta de lucha, eran dos imágenes vivientes de la debilidad. Acostumbrados al ambiente de silencio funeral que habían dado a su casa, sentían verdadero horror por la calle y rehuían el trato con sus semejantes. La esperanza de ver algún día terminada la bóveda y la seguridad de estar reunidos en familia en la tumba, les proporcionaban suficiente contento para sobrellevar las penosas privaciones que voluntariamente se imponían.

Sobre las once de la noche María dejó la costura en el tabaque de mimbre trenzado que tenía junto a su silla y, poniéndose pesadamente de pie, fué a mirar por encima de los hombros de su hermano. Al comprobar con ingenuo orgullo que éste había atendido a ciertas indicaciones que le hiciera en la visita del último domingo al cementerio, suspiró para halago del dibujante:

—Si tú hubieras estudiado arquitectura...

Segismundo hizo un gesto desabrido ante lo irremediable y continuó aplicado a su tarea. Apesar de no haber estudiado ni los principios elementales, estaba satisfecho de la obra de su esfuerzo. Por lo demás, no aspiraba a realizar una obra maestra; sólo quería como merecido premio a sus desvelos, dormir el sueño eterno en un nicho vecino al de sus familiares.

II

En la parte menos poblada del barrio de Saavedra la primavera anunciaba la proximidad de su esplendor total. Aquí y allá, entre el verdor fragante de las huertas lavadas por las últimas lluvias invernales, los aromos destacaban sus copas doradas y los duraznero se inflamaban como si la luz solar elaborara sus flores.

Segismundo salió de su casa, en cuyo patio un árbol impedido para reverdecer levantaba como ofrenda a la estación entrante algunos nidos en el esqueleto de su desnudo ramaje, e indiferente al despertar de la naturaleza emprendió su cotidiano viaje al centro en tranvía. El guarda, un español fornido y rubicundo que desde la inauguración de la línea conocía al puntual pasajero, lo acogió cordialmente:

—¿Lindo día, eh don?...

Segismundo contestó con un condescendiente gesto de incomprensión y entró a tomar asiento, dedicándose a limpiarse las uñas con un cortaplumas.

A medida que el coche se internaba en la ciudad era invadido por gárrulos grupos de empleadas y colegiales que, con espontánea generosidad de hermanitas menores de la Primavera, distribuían la comunicativa alegría de la juventud. A excepción de Segismundo, preocupado por la limpieza de las uñas, los demás pasajeros cambiaban entre sí expresivas sonrisas como participándose recíprocamente que aquella algarabía los contagiaba...

Cuando Segismundo llegó a la casa Farnum, el encargado de anotar la hora de entrada del personal le comunicó:

—Lanza: dice míster Laurence que pase por su oficina.

Sacudido por un frío estremecimiento, palideció. Las entrevistas con míster Laurence eran la peor tortura a que podían someterlo. La presencia de aquel inglés grave que hablaba a gritos y exigía que se le contestase de inmediato y con energía, lo intimidaba al punto de hacerlo enmudecer.

Armado de todo el valor de que era capaz, valor que consideraba inferior al que requería para el caso, llegó al despacho y tabaleó tímidamente en el cristal esmerilado de la puerta:

—¡Adelante! — rugió una voz autoritaria.

Con el corazón paralizado por la angustia, tocó el picaporte, pero retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¡Adelante! — volvió a rugir la voz con impaciencia.

En un esfuerzo supremo, como si fuera a arrojarse indefenso entre un montón de fieras hambrientas, Segismundo empujó la puerta a la vez que se inclinaba en automática y desairada reverencia hacia el sitio donde estaba el escritorio.

—Buenos días, señor Lorenzo — murmuró casi sin voz.

Míster Laurence hallábase en el lado opuesto de la oficina conversando con una mujer. Aunque el saludo de Segismundo al escritorio vacío le hizo gracia, le preguntó secamente:

—¿Haber comodidat en archivo para traducir este senora?

Segismundo lo miró aterrado y, haciendo desesperados movimientos con la cabeza, como si tuviera en la garganta una pelota de papel secante y tratara de hacerla pasar, contestó con esfuerzo que encendió sus mejillas:

—Sí, señor Lorenzo.

—All right — aprobó.

Después cambió algunas palabras en inglés con la mujer, le entregó unos papeles y ordenó a Segismundo:

—Acompane senora. Elle va trabácar en archivo.

Segismundo la guió a lo largo de un pasillo húmedo y obscuro a cuyo extremo, en el fondo del edificio, estaba el archivo, habitación aislada, estrecha y baja, de piso de ladrillo y paredes cubiertas hasta el techo por anaqueles atestados de encuadernadores y libros de comercio. En el centro había una mesa sobre la cual pendía del techo una bombilla de luz eléctrica que Segismundo se adelantó a encender. La mujer se detuvo en la puerta con un gesto de desagrado:

—¿Y esto es el archivo? ¡Qué inmundicia!... Ni luz, ni ventilación, ni vista siquiera...

Segismundo desplegó los labios en una sonrisa que dejó entrever su descuidada dentadura, y con un tono que tenía más de disculpa que de protesta, murmuró:

—Cuando me pasaron aquí me dijeron que era provisorio y ya hace diez años.

—¿Y hace diez años que usted está empleado en esta casa?

—¿Diez? En marzo del que viene va a hacer veintiséis. Entré para barrer, cuando tenía nueve años — terminó con el infantil orgullo del que se envanece de tener una posición representativa habiendo empezado humildemente.

La mujer lo examinó con la curiosidad que provoca un fenómeno. Embutido en uno de esos trajes baratos de tienda que a él le resultaban de una duración prodigiosa, sólo comparable a la de su galera, resistente a los rigores del uso e imperturbable ante la caprichosa evolución de la moda, Segismundo sonreía maravillado de no violentarse al dirigir la palabra a una mujer y, sobre todo a una mujer desconocida.

Francamente animado por la condición que acababa de descubrirse, se atrevió a preguntar:

—¿De qué idioma traduce la señora?

—Del inglés, del francés, del ruso, del italiano y del árabe; un poco del alemán y algo del portugués.

Segismundo abrió los ojos desmesuradamente y comentó su asombro con un leve silbido. Entre tanto ella se acercó a la mesa, dejó los papeles que le había dado Laurence y se quitó el sombrero.

En cabeza parecía otra mujer; las facciones eran más suaves y sus ojos vivaces, que merced a la esclerótica azulada conservaban una encantadora pureza infantil y adquirían una atrayente expresión de simpatía.

Aunque no debía tener treinta años, en su cabellera negra y abundante menudeaban las canas, y la armonía de su rostro estaba realzada por ese leve ajamiento del cutis, propio de las mujeres cuya hermosura alcanzó la plenitud total demasiado temprano en la juventud.

—¿La señora es inglesa? —consultó Segismundo.

—No, francesa.

—¿Francesa? —repitió, considerándola con una mirada interrogante.

—Sí; aunque no parisiense; soy de Argel, nacida en el Mustafá superior. Ya ve: africana, árabe, francesa.

Ese debía ser su modo corriente de expresión. Al hablar jugaba deliciosas sonrisas que se renovaban con facilidad y eran tan cambiantes que transcurría mucho tiempo para que repitiera alguna; pero cuando callaba sus labios se plegaban en una sonrisa melancólica, en una de esas sonrisas inmutables que acusan un pretérito padecer en altiva resignación sin lágrimas.

Hablaron de los progresos financieros de la casa, de las condiciones en que se hallaba el personal y Segismundo la enteró del carácter de sus superiores.

—El gerente nunca dice nada; el señor Lorenzo es un pedazo de pan, pero grita mucho...

—¿Por qué le dice Lorenzo?

—Me cuesta, ¿sabe? —se excusó como si implorara. —No tengo facilidad para idiomas.

—Bueno; yo me llamo Zelika Sanscœur, pero...

—¿San cómo? —la interrumpió.

—Sanscœur, sin corazón. Pero llámeme usted Zelika —terminó.

La noticia del ingreso de una nueva empleada circuló rápidamente entre el personal; y el pasillo, ordinariamente intransitado que conducía al archivo, estuvo concurridísimo durante la mañana. Extrañado al principio y advertido después del objeto de aquellas visitas Segismundo empezó a ponerles mala cara hasta que por último, fastidiado, cada vez que oía pasos que se acercaban, corría a la puerta para despedir al curioso desde ahí.

A las once tomó la galera y preguntó a Zelika:

—¿De qué turno es usted?

—¿Turno de qué?

—De salir a comer. Hay dos: uno de once a una y otro de una a tres.

—¡Ah, no sé! ¿Y usted de cuál es?

—De éste.

—¡Bueno, yo también! —dijo dispuesta a salir.

—No —la detuvo Segismundo. —Los turnos los fija la casa. Primero tendrá que preguntar.

—En todo caso pregunto mañana —repuso confiada. —Hoy salgo a las once. ¿Adónde almuerza usted?

Segismundo tuvo la sensación de que la sangre le hervía. Palpándose el bolsillo con un gesto que no trató de disimular, contestó:

—Aquí en la lechería de la esquina de Defensa... Se come muy mal...

—Lo acompaño. Yo sigo hasta la calle Chacabuco.

El trayecto que hicieron juntos era breve, pero a Segismundo, deprimido por una angustiosa sensación de cortedad y pequeñez, le resultó interminable.

Como Zelika era delgada y un tanto estrecha de cintura parecía ser más alta de lo que en realidad era, apariencia a la que contribuían sus brazos largos y el ajustado vestido de jersey de seda negro que modelaba su cuerpo ceñido a formas armoniosas. Las mujeres se detenían a examinarla con impertinente mirada de miopes al sol, y las más feas y desacertadas en el vestir comentaban con agrios gestos de desaprobación su rara belleza y su sobria indumentaria, los hombres la contemplaban un instante y se alejaban indecisos como preocupados por reconstruír en la memoria algún sueño de la adolescencia en que ella se les apareció danzando envuelta en velos que la revelaban.

Los empleados de la casa Farnum que realizaban su diaria tentativa de almuerzo en la misma lechería que Segismundo, recibieron a éste con exageradas expresiones de cordialidad, rodeándolo para pedirle informes de la nueva empleada. Pero Segismundo no dijo una palabra y todos fueron a ocupar sus mesas.

En la casa Farnum, Segismundo era más conocido por «el orejudo de la bóveda» o simplemente «el de la bóveda», que por su nombre. Anteriormente, se había tratado con algunos compañeros a quienes había referido el afán de su vida, pero como advirtiera que todos se burlaban, cortó relaciones.

Mientras arrebañaba el plato de sopa con una miga de pan, de una de las mesas del fondo surgió una pregunta fatal:

—Lanza, ¿acabaste la bóveda?

Estas palabras bastaron para que resonara una carcajada ge-

E. Requena Escalada

neral, a la que sucedieron innumerables alusiones a la bóveda.

Encorvado sobre los platos que le servían, como si buscara en ellos un conducto para arrojarse de cabeza al centro de la tierra, Segismundo tuvo por primera vez en la vida rabia de sí mismo y vergüenza de la bóveda.

Antes de comer el postre se levantó y salió. Al llegar a la puerta, un pan chico destinado a su galera pasó vertiginosamente rozándole una de las orejas.

La brillante luz del medio día animaba la actividad ciudadana. Los ojos apagados de tristeza durante el invierno recobraban su encanto luminoso y las mujeres, que pocos días antes pasaban impenetrables dentro de sus abrigos de pieles, provocaban la curiosidad pública como si llevaran el desnudo sobre los ligeros vestidos.

Aunque sentía necesidad de estar solo, Segismundo no volvió como de costumbre, inmediatamente, a su empleo. Tenía una hora por delante y se abandonó a vagar con la despreocupación de un colegial en vacaciones.

Todo lo maravillaba; era el hombre que nunca había sentido la Primavera. En una esquina se detuvo a contemplar un automóvil; frente al escaparate de una sastrería sospechó la satisfacción que le proporcionaría vestir un traje hecho a su medida; más allá, al pasar al lado de un muchacho que cargaba una canasta de flores, alargó una mano como si quisiera robar un puñado de fragancia... Inconscientemente comparaba con Zelika a todas las mujeres que encontraba...

Cuando recordó que a la una debía estar en su puesto, faltaban pocos minutos para las dos.

III

ZELIKA Sanscœur resultó ser una excelente compañera de oficina, aunque de un carácter irregular y contradictorio, en el que alternaban bruscamente la alegría y la tristeza, la perversidad y la ternura.

Por las conversaciones mantenidas con ella, Segismundo se enteró que era hija de una cantante y un músico franceses y que a los doce años casó por imposición paterna con un rico traficante de esclavos africanos, con quien residió en diversos países.

Al poco tiempo de radicarse en Buenos Aires, enviudó. Bella, joven y completamente libre, pues en seguida se sintió desvinculada de aquel a quien sacrificó los últimos años de su infancia y los mejores de su juventud, recibió tentadoras proposiciones de aspirantes a protectores de su viudez, pero ganosa de conservar su independencia, a la que aspiraba como al supremo bien de la vida, prefirió vivir de su trabajo.

El obligado trato asiduo con Zelika operó en la vida de Segismundo algo así como un violento y prodigioso despertar. El sensible prestigio que aquella mujer ejercía sobre él, acabó por imponerle como una necesidad urgente la total reforma de su vida, la renovación de sus ideales y el sacudimiento de su espíritu.

Sometido desde la adolescencia a una disciplina esterilizadora, ajustado a una existencia mezquina y sin horizontes, obtuvo una revelación al descubrir a través de los relatos de Zelika que el mundo era grande y que la humanidad se agitaba febrilmente movida por los motivos más opuestos, obrando como si el objeto primordial de la vida fuera la vida misma.

Al comparar su existencia con la de Zelika, las dudas lo sumían en honda perplejidad. ¿Quién estaba en el error? ¿Ella llevando una vida desatinada y variable, a cuyo fin sería inhumada en una sepultura que acaso permanecería anónima, o él, soportando una existencia monótona, pero encontrando el descanso eterno junto a los suyos?

Dejó de dibujar los proyectos con la dedicación que les consagraba anteriormente; la miseria y la sordidez reinantes en su casa se le hicieron intolerables y, poco a poco la compasión que le inspiraba su hermana María con sus dolores imposibles de radicar, se convirtió en un fastidio mal reprimido.

Como Zelika solía decirle que por las noches hacía excursiones a los pueblos limítrofes, guiando el automóvil de su amigo el doctor Corrientes, célebre cirujano a quien mencionaba con sospechosa frecuencia, complaciéndose en referir desde las operaciones que le dieron fama hasta sus ocurrencias de la intimidad, Segismundo se distraía en sus tareas para imaginar a Zelika paseando. Al advertirlo distraído, María lo contemplaba con su eterno gesto atribulado de persona que vela un cadáver y le preguntaba:

—¿Acabaste, Mundo?

La voz fraternal lo volvía a la realidad. Y entonces sentía unas ganas ardientes de interrogar a aquella infeliz acerca de sus conceptos sobre la vida y el mundo, pero temiendo dejarla entrever, ya tan tarde en su vida, un mundo desconocido donde nadie pensaba en la muerte, rumiaba en silencio su torturante angustia.

Un atardecer a la hora de salida, mientras Zelika se tocaba los labios con una barrita de carmín, mirándose al espejo de su cartera, Segismundo empezó a lamentarse de su existencia miserable, en compañía de una hermana enferma y atado a un empleo mal remunerado.

Zelika lo escuchaba sin suspender su delicada tarea. Cuando terminó lo miró abiertamente a los ojos y dijo como si se desahogara:

—Feliz usted que por lo menos tiene una hermana que lo espera, que lo cuida si está enfermo; más feliz aún porque está obligado a ella por vínculos de sangre... Piense en mí que no tengo un afecto arraigado que me ate a la tierra, que no tengo un motivo digno para encarrilar mi existencia, que si enfermo tengo que ir a un hospital a que me asistan extraños. Cuando a medio día, al anochecer o a la salida de los teatros, veo toda esa gente que se apresura para llegar pronto a su casa, viera cómo sufro al pensar que ¡a mí no me espera nadie!... Intenté realizar la quimera de ser libre y sólo he conseguido ser una extraña en todas partes... A mí se me auguran los «buenos días» por cortesía o por costumbre; yo no tengo a nadie que necesite de mi cariño de madre, de hija o de hermana... En la vida entretengo, divierto; a lo sumo, asombro.

Estaba transfigurada hasta parecer envejecida. El desaliento prolongaba su voz en un arrullo. Hizo una pausa y continuó:

—Yo creo, Lanza, que ninguno elabora su vida a su antojo, sino que todos somos juguetes de una voluntad superior a la que obedecemos aunque a veces creamos contrariarla...

Se interrumpió sobresaltada como si despertara de una pesadilla y recuperándose, se puso de pie con un movimiento brusco con el que pareció libertarse de un abrazo.

—En fin; siga rodando la bola. ¿A qué amargarse más, comentando la amargura? ¡Hasta mañana, Lanza!

Y se fué cantando.

Segismundo, inmóvil, se quedó pensativo. ¡Qué buena era Zelika y qué carácter el suyo! A pesar de

su aparente alegría también sufría. Aquella confidencia inesperada produjo su efecto. El corazón de Segismundo, cerrado para los dolores ajenos, se abrió rebosando sentimientos generosos que se concretaron en un pensamiento único. Si en vez de hacer nueve nichos en la bóveda, como tenía pensado, ¿hiciera diez y le ofreciera uno a Zelika? A ella que así sufría de no tener a nadie en el mundo, ¿por qué no darle la seguridad de una buena compañía en la tumba? Cierto que sería una intrusa en la familia, que ella misma se consideraría como tal, pero...

Un brillo repentino y fugaz subió a sus ojos y meneó tristemente la cabeza. Acababa de ocurrírsele que casándose con Zelika la situación de ella en uno de los nichos de la bóveda variaría con respecto a los miembros de su familia; ya no se trataría de una extraña, sino de una Lanza legítima.



Al principio intentó desechar la idea, pero como iba acompañada de visiones venturosas, la acarició largamente. Por último, para justificarse a sí mismo que la dicha que soñaba tenía relación con el sentimiento originario, imaginó a Zelika en su ataúd, enterrada en la vecindad de muertos desconocidos, y una lágrima piadosa rodó por sus mejillas.

IV

Sabe Lanza que creo que me voy a Europa?

Segismundo sintió que el corazón se le agrandaba hasta llenarle el pecho y luego se reducía al tamaño de un grano de arroz.

— ¿A Europa?

— Sí; acaba de proponérmelo mi amigo el doctor Corrientes.

El doctor Corrientes... ¿Pero qué clase de amigo era aquél? ¿O era que la palabra amigo en labios de Zelika y refiriéndose al doctor Corrientes, encubría discretamente otra designación?

Segismundo observó a Zelika como si esperara descubrir en su exterior algún signo que revelara la posesión del doctor Corrientes sobre ella. Aquella mujer libre, ¿daría su amor, pero no su libertad?

— ¿Entonces se va a Europa?... — gimió Segismundo.

— Es decir: él propone un viaje a Europa y yo impongo un paseo por Africa... Usted no se imagina las ganas que tengo de volver a Argel, de visitar Alejandría, El Cairo... allí murió mi madre, cuando yo tenía cinco años. La casa de mi abuela quedaba al pie de la ciudadela, cerca de la plaza Rumeilek.

Cada nombre que pronunciaba producía en el cuerpo de Segismundo un cosquilleo que avivaba su curiosidad.

— Hoy mismo trazamos esquemáticamente el itinerario a seguir — prosiguió entusiasmada. — Entraremos por Cádiz, seguiremos por Salamanca a Cataluña y de ahí pasaremos a Francia. Fijaremos residencia en París...

Era el último día de octubre y esa tarde pagaban al personal. Cuando Segismundo salió de su empleo corrió a una librería próxima a comprar un mapamundi, pero como no le satisfacía ninguno de los que le mostraban, adquirió un atlas conteniendo cien mapas grabados en cobre.

Agitado por incontenible emoción emprendió viaje a Saavedra. Fué un viaje interminable para sus ansias de buscar en los mapas las ciudades mencionadas por Zelika.

En la delicia que se prometía con aquel libro no pensaba en el gasto extraordinario que acababa de hacer. El, que más de un medio día quedó con hambre para no distraer un centavo de la mensualidad destinada al ahorro para la bóveda, había desembolsado sesenta pesos con la misma tranquilidad con que pagaba su boleto de tranvía. Pero aparte de la delicia prometida, ¿no había experimentado una voluptuosidad inefable al sacar del bolsillo ciento cincuenta pesos para pagar sesenta? ¿No se sintió, acaso, menos insignificante de lo que era, cuando el dependiente que lo atendía le dió las gracias y le dijo señor al recibir el importe?

Aquel goce secreto lo resarcía de todas las humillaciones a que lo exponía su miseria. Acostumbrado a salir con lo justo para sus gastos indispensables, era vejado hasta por el mozo de la lechería, que sabiendo que sólo recibiría cinco centavos de propina, más que servirle, le tiraba los platos para que comiera.

Cuando llegó a su casa, María se hallaba en cama. Al mediar la tarde se había sentido atacada por un persistente dolor al pecho y ahora tosía y tenía fiebre.

— Iré a buscar médico — propuso Segismundo.

— No, no hay necesidad; ya me ha pasado. Tomé un sello de los que me recetó la otra vez y eso me alivia... Hoy a las doce no comí y te guardé la comida en la olla. Recaliéntala.

La otra vez a que se refirió había sido tres años antes. Segismundo fué a la cocina a recalentar la miserable sopa del medio día que su hermana no había comido, pero en ese momento María lo llamó y tuvo que volver a su lado.

Ahogada por bascas, se había incorporado en el lecho. Con una mano se frotaba el cuello y tendía la otra hacia Segismundo.

—Va a ser necesario llamar al médico — dijo éste con rara energía.

—No — gimió ella penosamente. — Bien sabes que no estamos en condiciones de hacer gastos... Acuérdate que todavía tenemos que ahorrar uno o dos años más para tener lo suficiente para la...

No pudo terminar; un vómito hediondo la ahogó. Después pareció calmarse y Segismundo pasó al comedor para ver el atlas.

Lo primero que buscó fué Argel. La ciudad estaba señalada con un punto en la costa de Argelia, pero aquel punto era para él una cifra milagrosa, una revelación. Y con los ojos luminosos de júbilo, puesto el índice sobre el punto, murmuraba: — Aquí está Argel... aquí... aquí está...

Después buscó El Cairo donde Zelika había pasado la infancia en casa de la abuela. Y como ella le había dicho que la casa estaba cerca de una plaza, se la imaginó jugando en ella al sol de la tarde. Por sus ojos anchos y vivaces la reconocía entre un grupo de chiquillas que saltaban a compás de un canto infantil. Después buscó París, donde Zelika había pasado la luna de miel, y se la imaginó paseando con el esposo. Pero de pronto el hombre que la acompañaba era otro; luego fué otro, después otro... Tuvo la certeza de que Zelika había sido infiel a su marido y se sintió solidarizado con éste... Después se vió a sí mismo acompañando a Zelika y esto lo calmó.

Perdido en un delicioso ensueño lo volvió a la realidad la tos de María y permaneció un rato en anhelante expectativa. Después cerró el atlas y lo apretó con fruición contra su pecho.

Así hubiera pasado toda la noche, pero negros pensamientos empezaron a cruzar su cerebro. ¿Habría amado Zelika en todos los idiomas que hablaba? ¿Qué hombres, con cuáles palabras eficaces habrían encantado su corazón?

Vibró como si la fuerza no gastada de su vida le irritara los sentidos, pujando por emplearse, y un profundo rencor lo invadió. Jadeante, desencajado, sacudido por una ansiedad indomable, sentía que todo giraba en torno de él, que algo se le desgarraba en las entrañas. Buscando desesperadamente un consuelo, buscó en el atlas el mapa de la parte oriental del Sahara. Allí estaba el Cairo, y en El Cairo Zelika había pasado la infancia.

¡Oh, si él la hubiera conocido entonces!... Ya no dudó del motivo de la exaltación de su ánimo: amaba a Zelika. Su amor comprendía todos los modos y todas las formas con todos los matices y en todos los estados. Era el amor de todas las edades y de todos los tiempos, refundido y comprimido dentro de su corazón que amenazaba estallar.

V

Vencida por dolores pungitivos en el costado del pecho y por una fiebre intensa, María no pudo levantarse al día siguiente. Segismundo permaneció a su cabecera atento al menor gesto y por la tarde pidió ayuda a unas vecinas y buscó médico.

Tres días después el mal de María se agravaba; la tos se hacía cada vez más seca y trabajosa, los escalofríos se sucedían casi sin intermitencia y la ansiedad de la respiración aumentaba. Segismundo no salía de la casa; andaba todo el día como inconsciente, comía poco, dormía menos y por la noche se abatía en una silla a la cabecera de la cama de la enferma.

— Mundo — lo llamó ésta una noche en que, agitada por la fiebre, se revolvía en el lecho.

El la tomó una mano, acariciándosela suavemente.

—Mundo, ahora que quedarás solo... Sí, sí, no intentes consolarme porque yo veo que me muero; ahora podrás ahorrar más y hacer construír la bóveda más pronto.

Calló con un gemido ronco.

Defendiéndose valerosamente contra un pensamiento obstinado por clavársele en el cerebro, Segismundo no la oyó. Cada vez que el maldito pensamiento lo rozaba, se estremecía. A pesar del calor, un sudor frío bañaba su frente y los dientes le castañeteaban. Aquello era monstruoso. ¿Sería posible que velando a la moribunda que había sido el amparo de toda su vida, aspirara a su rápida muerte como a una liberación?

La tenaz idea lo aterrorizaba como un puñal espeluznante vibrando cerca de su corazón, y por más que procuraba expresársela con otras palabras no conseguía alterarla en su esencia.

Miró a María. Demacrada por la fiebre y la dieta, su cutis tenía el color de la cera, transpiraba abundantemente, su boca reseca exhalaba un aliento fétido y su cuerpo despedía un olor penetrante. Ella abrió los ojos, observó a Segismundo como a un desconocido y después trató de sonreir:

—No te olvides, Mundo... Los nueve nichos en tres filas de a tres.

— Sí, sí — la interrumpió dulcemente. — Pero cállate, que la temperatura puede subir.

— En los de los extremos de arriba papá y mamá, ¿eh?

Se durmió y Segismundo salió al patio. Era una noche serena, rica en estrellas y hasta él llegaba el rumor de alerta de las pocas hojas centinelas que a esa hora velaban el reposado sueño de los frondosos árboles vecinos.

Abandonado por sus fuerzas se dejó caer en una silla, y en su agotamiento decidió afrontar como a la voz de su conciencia al terco pensamiento. El dolor experimentado junto a su hermana no era por ella sino por él. Su amor fraternal había sido deshecho por ese otro amor que apenas llegado a su vida la había sacudido desde las más profundas raíces del pasado hasta las más airadas ramas del porvenir.

La muerte de María significaba su libertad, su entrada a otro mundo; pero corría el riesgo de que entretanto María agonizaba, Zelika partiera sin dejar detrás de sí nada que orientase para perseguirla. La impotencia ante lo inevitable lo exasperaba. El presentimiento de un desencuentro motivado por su llegada tardía, se exteriorizó en un impulso: levantándose violentamente se dirigió hacia la puerta de calle decidido a salir a buscar a Zelika. Pero se detuvo. ¿Adónde ir? Y sobre todo, ¿cómo dejar sola a su hermana a aquella hora?

Volvió al cuarto. La enferma dormía tranquilamente. Pasó al comedor y abrió el atlas. El nuevo día lo sorprendió en ilusorio viaje de Argel a El Cairo.

VI

Esa noche, sobre media noche, María exhaló su último suspiro en brazos de Segismundo. Segismundo sintió un alivio tan grande como si su alma acabara de desprenderse de un pesado lastre y tratando de engañarse a sí mismo, hizo poderosos esfuerzos por provocar el llanto sin conseguir derramar una lágrima.

Después salió a la calle y llamó en dos o tres casas vecinas donde vivían mujeres que lo habían ayudado durante esos días y que cada tarde, al despedirse, insistían para que si ocurría algo

por la noche, las llamara. Cuando éstas empezaron a vestir a la muerta, él salió para contratar el servicio fúnebre.

La luna se elevaba en el horizonte. Por el camino a Olivos iban y venían autos veloces llenos de mujeres y hombres que chillaban y reían. Segismundo tuvo la sensación de que sólo él estaba triste, de que era el único hombre a quien se le acababa de morir una hermana; de que él y nadie más que él había perdido lo mejor de la vida dibujando proyectos de bóveda.

Después de tratar un servicio barato en la primera funeraria que encontró abierta en Belgrano, regresó a pie con el profundo deseo de agravar su miseria y su insignificancia bajo la noche magnífica y ante los automóviles cuya bulliciosa carga humana era una parte de la alegría del mundo.

Los ocupantes del primer automóvil que encontró le arrojaron una botella vacía que se hizo trizas a sus pies. Se detuvo como petrificado y alcanzó a oir una carcajada de mujer, seguida de algunos aplausos que se apagaron, ya lejos, en el silencio de la noche.

Al reanudar la marcha, el recuerdo de Zelika lo invadió con una claridad celeste. Apenas volviese al empleo la hablaría; no le pediría el pasado, ni el porvenir, ni siquiera el presente, ni tampoco la exclusividad de sus favores, sino que se ofrecería como un esclavo, como un juguete, como algo que ella pudiese maltratar.

Pero, ¿y si ella ya se hubiera ido? Un rencor turbulento llenó su pecho, agitando furiosamente el corazón.

Cuando llegó a su casa, dos o tres vecinos que estaban en el patio se apresuraron a estrecharle la mano. El miró a su alrededor como inconsciente y entró al dormitorio de María que, ya vestida y con los brazos en cruz sobre el pecho, yacía en la cama a uno de cuyos lados las mujeres murmuraban una oración.

Segismundo contempló un instante el lúgubre cuadro. Evocó fugazmente el pasado, entrevió el porvenir junto a Zelika, y la fuerza de la vida vibró en él tan de improviso y con tal violencia, que rompió a llorar como un niño asustado.

Se arrodilló junto a la cama, tendió los brazos hacia adelante, y ocultando la cara entre ellos, lloró su vida inútil. ¡Oh, ahora sí que iba a vivir, a vivir, a vivir!...

VII

Cuando después de preguntar a algunos compañeros, míster Laurence le confirmó la noticia de que Zelika había renunciado al empleo, Segismundo sintió que algo se destrozaba en él y quedó extenuado como si acabara de hacer un esfuerzo superior a su resistencia. Laurence lo miró asombrado y temiendo que fuera a desmayarse se apresuró a sujetarlo por los hombros. Segismundo abatió la cabeza sobre el pecho y dejó caer hasta el piso abundantes lágrimas.

Después de enjugarse el llanto, salió sin decir una palabra y se dirigió a la calle. Esa mañana antes de salir de su casa, había quemado todos los proyectos de bóveda que guardaba y de paso para la casa Farnum había pasado por el Banco donde depositaba sus ahorros para enterarse a cuánto ascendían. La noticia de que era poseedor de doce mil pesos, le infundió una audacia hasta entonces desconocida y salió dispuesto a abordar a Zelika.

Aquel contratiempo le produjo un efecto desastroso y, fuera de sí, desorientado, se echó a vagar al azar, hablando y gesticulando sin cuidarse de la gente que hallaba a su paso.

Sin embargo, su esperanza de encontrar a Zelika no se desvanecía. Febril, vehemente, torturado por la pena que le estrujaba el corazón, la buscaba por todas partes. Ya entrada la noche se detuvo en una esquina de la calle Corrientes, frente a la puerta de un café donde tocaba una orquesta de señoritas. El local estaba lleno de hombres sentados reposadamente a las mesas, hablando con indiferencia o discutiendo. El espectáculo le pareció estúpido y olvidando las noches de su pasado, se preguntó si esa gente no tendría una inquietud que la arrancara de aquel sitio.

Horas después, convencido de que a esa altura de la noche y en ese barrio, le sería difícil encontrar a Zelika, regresó a su casa donde persistía el olor acre compuesto por el del cuerpo de la muerta, el de las drogas, el de los cirios y el natural a la humedad de las habitaciones cerradas.

Se sintió desamparado. La soledad gravitaba sobre su corazón, y no era precisamente a María a quien echaba de menos.

Abrió el atlas y se distrajo soñando sobre los mapas, cuyos nombres exóticos pronunciaba hasta aprenderlos de memoria. Pero de pronto un miedo insensato lo hizo estremecer. ¿Había tosido María en la habitación de al lado?

Con una mirada inquieta y rápida recorrió el comedor y bajó la cabeza, fijando los ojos en un punto del mapa, presa de extraño malestar. Sintió que la respiración le faltaba y perdió la noción del tiempo.

Inmóvil, sin atreverse a levantar la cabeza, como si temiera que alguien lo acechara para atacarlo al menor movimiento, empezó a contar los



tic-tac del reloj, pero pronto perdió la cuenta. Así llevaba mucho tiempo como aletargado, esperando que aclarara, cuando creyó oir la respiración anhelante de su hermana.

Se contrajo aterrorizado y tuvo ganas de gritar, pero armándose de todo su valor y dispuesto a defenderse contra los terribles enemigos creados por su imaginación en el miedo, se puso de pie de un salto, y sin volver los ojos hacia atrás, echó a correr hacia la calle como si lo persiguieran.

VIII

Desde esa noche Segismundo no volvió a su casa. Errante e incansable, alentado por la creciente esperanza de encontrar a Zelika de un momento a otro, la buscaba por las calles de la ciudad y en su afán de encontrarla creía verla por todas partes.

En un estado lamentable, como si lo hubieran arrastrado, escocido por el roce de la ropa de un mes de abandono, poseído por sentimientos monstruosos de los que no conseguía librarse, pues parecían embutidos en su corazón y atormentado por siniestras ideas que al principio desechaba y luego se complacía en fijarlas en su cerebro, ambulaba día y noche, descansando y durmiendo a ratos en los bancos de los paseos o en alguna lechería donde entraba a reparar su debilidad.

Zelika había perdido para él todos los rasgos materiales, lo cual hacía que creyera reconocerla convertida en innumerable y simultánea mujer de todos, en los coches ocupados por parejas. Impulsado por una rabia sorda a la que se unía un deseo brutal de luchar y de destruír, corría detrás de los coches hasta que abrumado por la fatiga, con la boca agria de sed y de amargura, se detenía apoyándose contra las paredes y rompiendo a llorar sin cuidarse de ocultar el rostro a los curiosos que lo rodeaban atraídos por su miserable figura, a la que la tragedia convertía en grotesca. Poco a poco se tranquilizaba sumido en un entorpecimiento mental, hasta que el paso de otro coche conduciendo otra pareja sacudía su ánimo decaído y echaba a correr como si tuviera alas.

Como si esperara de las mujeres encontradas a su paso alguna noticia de Zelika, las miraba y las seguía, espiando sus movimientos y atento al roce de los vestidos. Pero de pronto, asaltado por una de las imágenes ardientes de una Zelika ideal creada por su fiebre, se detenía y tomaba otro rumbo.

Una mañana se encontró vagando por el puerto. Después de preguntarse varias veces qué hacía por allá, miró a su alrededor como si buscase la respuesta. Atraído por un núcleo de personas que despedía a un buque corrió hacia él y, abriéndose paso, llegó hasta el borde del embarcadero.

Convencido de que acababa de llegar tarde para retener a Zelika a quien creyó descubrir sobre la cubierta del buque que se alejaba, apretó los puños y agitándolos en amenaza al río y al cielo, cayó de rodillas abandonado por sus fuerzas.

Algunas personas acudieron a levantarlo, pero antes de que nadie lo tocase, ya estaba en pie reconfortado por la obsesionante esperanza que tras cada desfallecimiento renacía con nuevo empuje en su corazón.

Encaminándose a la ciudad como llevado por una fuerza sobrenatural que le impedía sentir el peso de la fatiga y del dolor, discutía en voz alta consigo mismo. Imposibilitado por la fiebre para distinguir la fantasía de la realidad, figurábase que acababa de abandonar a una Zelika e iba a arrojarse en los brazos de otra que lo aguardaba impaciente. Y como para estas venturosas aventuras él no era el Segismundo Lanza cuya figura borrosa ponía al pasar una sombra en los escaparates, sino el Segismundo hermoso e irresistible que veía en sus visiones, sentíase doblemente dichoso gozando las delicias de la vida en un mundo de maravilla.

A ratos se detenía un momento para mirar hacia atrás como si esperara a alguien y reanudaba la marcha, hablando cada vez menos animadamente y de modo más ininteligible. Por último, al atravesar una plaza, sus piernas, prescindiendo de su voluntad, llevaron su cuerpo deshecho hasta un banco y lo tumbaron pesadamente.

Abatido por el desgaste orgánico de aquel mes de vagabundaje, se dejó estar. Tenía los hombros y la cintura doloridos, las piernas insensibilizadas, apenas podía mantener abiertos los ojos y a pesar de sus esfuerzos por erguir la cabeza, ésta se le caía como a efecto de rudos manotazos.

El dolor físico lo aproximó a la realidad y consideró su situación. Los proyectos concebidos durante la enfermedad de María eran muy otros que ese hundimiento en la inconsciencia, al que lo conducía la busca de Zelika.

Necesitado de un consuelo pensó en María; recordó las noches de muchos años cuando unidos los dos por el mismo afán, ella cosía mientras él dibujaba, e intentó comparar su presente desventurado con el relativo bienestar de otros tiempos. Pero sintió horror por su pasado...

Maquinalmente se puso de pie. Caminaba tambaleando, llevándose a los transeuntes por delante y arrastrando los pies como si calzara enormes botas de plomo. Sus ojos no podían resistir la brillante luz del sol y se defendían empañándose con lágrimas, los oídos le zumbaban y a cada paso tenía la sensación de que la tierra desaparecía bajo sus pies. Pero antes de salir de la plaza, atontado por la fatiga, tuvo que ceder y sentarse. Estuvo un rato hablando en voz baja y accionando como si gritara, y se quedó dormido.

Al crepúsculo despertó sobresaltado con la idea fija de buscar a Zelika y empezó a ambular. Horas más tarde alcanzó a distinguir en un balcón iluminado de quinto piso de una casa de departamentos una silueta femenina, y sospechando que se tratase de Zelika que tomaba el fresco, se detuvo en la esquina con los ojos levantados hacia el balcón, dispuesto a esperar que ella bajara.

Cuando la mujer desapareció y el balcón quedó a obscuras, se sentó en el umbral de una puerta. Para distraer la espera se puso a pensar en el porvenir. Tendría que buscar casa para vivir con Zelika. Pero, ¿en calidad de qué iban a vivir juntos? lo más aceptable le pareció el matrimonio, sólo que como el acto requiere preparativos, se le ocurrió que iba a demorar mucho, porque para su estado de ánimo, un segundo que mediara entre encontrar a Zelika y hacerla suya, se le antojaba una eternidad.

Exasperados sus sentidos por la inquietud de la espera, un estremecimiento lo sacudió y se contrajo.

Desesperado, delirante, se levantó; pero apenas en pie, cayó sin sentido dando con la cabeza en el cordón de la vereda.

o o

Dias después moría en un hospital. Impedido por la fiebre para contestar al interrogatorio a que fué sometido y habiendo sido imposible individualizarlo, su cadáver fué expuesto en la Morgue. Vencido el tiempo reglamentario sin que nadie lo reclamara, se le dió sepultura en la fosa común.



Banquete ofrecido en honor del Presidente del Círculo Italiano de Avellaneda, señor Roque Dagna, acto que puso en relieve las grandes simpatías de que goza entre sus consocios, debido a las cualidades personales que le adornan y a la destacada actuación con que ha desempeñado su honorífico cargo.

En la Escuela "General Las Heras"



La señora Antonia G. de Barrau, rodeada de las damas que integran la Comisión de la Sociedad Protectora de Niños Pobres de la Escuela "General Las Heras", después de la distribución de ropas y calzado que se hizo entre los alumnos de la misma.

¿LE BUSCAS? ES QUE LE TIENES

Oirás decir frecuentemente a muchos que no encuentran a Dios.

Pregúntales si le buscan y hasta dónde llega su anhelo de hallarle.

Si le buscan con mucho ahinco, tranquilízalos, porque ya le han encontrado...

Dios dice admirablemente a Pascal, en las «Meditaciones»:

Console-toi, tu ne me chercherais pas, si tu ne m'avais pas trouvé.

Pensamiento capaz de inundar de consuelo al espíritu más árido y desolado.

Pensamiento, por otra parte, de una sorprendente exactitud.

El que busca, en efecto, a Dios, con ahinco, es porque le ama, y el que le ama ya le posee.

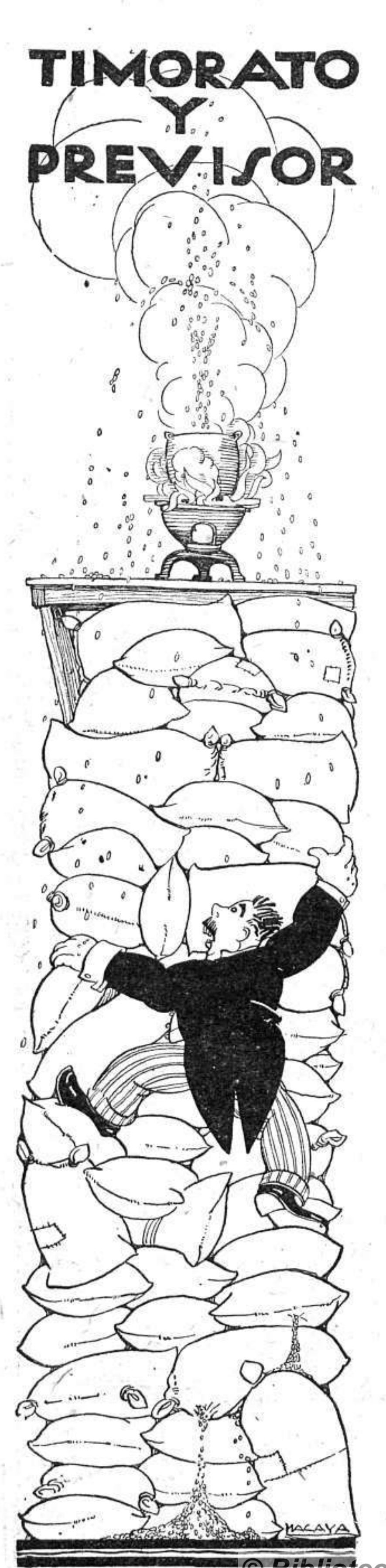
Amar a Dios y poseerle es todo uno.

Por eso el autor de estas líneas ha dicho en unos versos, glosando la frase del divino pensador francés «Alma, sigue hasta el final—en pos del Bien de los Bienes —y consuélate en tu mal,—pensando como Pascal:—«¿Le buscas? Es que le tienes...»

AMADO NERVO.

Lo que constituye la República no es ni la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el pasajero entusiasmo: es, sí, la sabiduría de las leyes y sobre todo, la virtud pública.

ROBESPIERRE.



El hombre verdaderamente previsor es un inmunizado
contra cuanto suceda, hasta contra los terremotos.
Yo predije la huelga, y con tiempo anticipado
adquirí una tonelada de porotos.
No puede valer el repollo belga,
ni el famoso salmón ahumado,
ni el dulcísimo melón de cuelga,
ni la acelga, ni siquiera la tremielga
lo que los porotos cuando hay huelga:
— Don Gil, es usted demasiado previsor —
me ha *dicho, sentencioso, un inexperto profesor;*
pero yo, silenciosamente sutil,
he querido demostrar lo que vale un don Gil.
Mi escasa renta (yo no la juzgo escasa)
me permite llevar la vida de un ser idéntico
al millonario sin pretensiones. Soy el auténtico
varón dichoso y libre dentro de mi casa.
No soy patrón, ni empleado ni obrero,
ni tengo aficiones raras y costosas.
No colecciono estampillas ni otras cosas.
Y me importa poco que se hunda el mundo entero.
Mi vida es modesta y equilátera.
No me parezco a Le Breton, el omnisciente,
capaz de beber el vino en una crátera
para dejar turulato a todo bicho viviente
¿Qué puede interesarme? Nada.
¿Qué me podría afligir? Mi salud. Muy poco.
Tengo cuanto deseo con mi tonelada.
Ya lo veis, soy cuerdo. No soy loco.
Quien me califique de egoista,
sin razón
será, simplemente, un anarquista
o un inaguantable sofista
o un patrón.
¡Hay tantos en todo el territorio de la nación!
No quiero enorgullecerme de mi casta,
ni me conceptúo un engendro,
ni soy imprevisor a la manera del clásico almendro
Soy don *Gil*. Y con ser don *Gil* me basta.
Jubilado para todo: para el idilio,
para soñar en el romántico exilio,
para alzar, entre bravucones, el gallo
y para visitar a los poderosos en su domicilio,
¡vengan huelgas y porotos! Me nutro y callo:
¿Cómo puede suponer ninguno que me halague
ir a tales o cuales manifestaciones
o gritar, hecho un energúmeno, como ciertos patrones:
«¡No! ¡Que no se pague! ¡Que no se pague!»
Huyo de la discusión y del consiguiente enojo.
No me gusta andar entre la turba atronadora,
por miedo a las contingencias; sobre todo ahora
que me he informado de lo que vale un ojo.
Porque le han inutilizado el ojo a una señora
el juez ha condenado al que se lo inutilizó
a estar un año y medio preso.
Un ojo vale un año y medio, ¿no es eso?
No me parece muy caro, ¡no!
Es más discreto abstenerse y no inutilizar nada a ninguno.
Y es más sensato, también, no andar por ahí.
No olvidéis consejo tan oportuno;
imitadme a mí, hombres sensatos, imitadme a mí.
Encerraos en vuestro hogar leyendo folletines,
y no seais inocentes o perversos
haciendo como si fuerais coristas o paladines.
Dedicaos, como yo lo hago, a escribir versos,
versos libres de preocupaciones. Llevad a lo alto
la mente, limpia de afanes y lodo
y conseguiréis de ese modo
que no os despachurren, éstos o aquéllos, contra el asfalto.
Por mí, puede durar el batuque toda mi existencia.
Continuaré, plácidamente, en mi encierro.
Lo exigen mis convicciones y mi prudencia.
No tengo, por fortuna, ni familia, ni siquiera perro.
Me basta, pues, con los porotos y la paz de la conciencia.

L U I S   G A R C I A

DIBUJO DE MACAYA



Canto

U_na pro_fun_da tris_te__za, con ga__ni__tas__ de llo__rar,

POR LA ORQUESTA TIPICA
R. FIRPO

Discos Dobles "NACIONAL"
LAS NOVEDADES DE LA SEMANA Y LOS EXITOS DE ACTUALIDAD

Discos dobles NACIONAL de 25 cms. a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

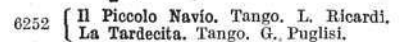
18093 { **Francesita.** Tango. Solo Gardel. Vacarezza-Delfino.
¿Se Acuerdan Muchachos? Tango. Solo Gardel. Suero-Delfino.

18094 { **Tut-Ankh-Amon.** Camel Trot. Solo Gardel. Millan-Bohr.
Primavera de Colores. Estilo. Solo Gardel. Gardel-Razzano.

Discos dobles NACIONAL de 25 cms. a $ 3.00

OBERTO FIRPO. Orquesta Típica

6256 { **MAL DE AMORES.** Zamba. A. R. Avilés.
A lo Lejos. Vals criollo. A. R. Avilés.



6252 { **Il Piccolo Navío.** Tango. L. Ricardi.
La Tardecita. Tango. G. Puglisi.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band

6974 { **Gigolette.** Java. Jazz-Band. Arreglo de Willy.
El Botonazo. Tango. Orq. Típica. S. Castriota.

6978 { **Talán... Talán...** Tango porteño. E. Delfino.
Fantasio. Tango. Orq. Típica. Enrique Delfino.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band

8019 { **Annabelle.** Shimmy. R. Henderson.
Anoche en un Taxi. Shimmy-Fox Trot. Brown.

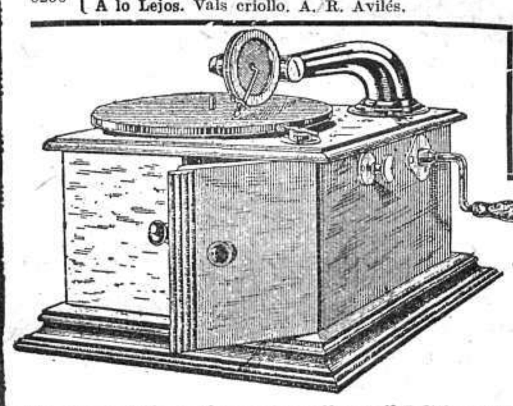
8023 { **Ojos Gitanos.** Pasodoble. A. Tanturi.
Babilonia. Shimmy. S. París.

IGNACIO CORSINI. (Con acomp. de guitarra)

228 { **Muchachita Loca.** Tango. Bastardi-Scatasso.
Beso de Sol. Estilo. Maroni-Corsini.

DUO RUIZ - ACUÑA
(Con acompañamiento de 3 guitarras I. GOMEZ)

10284 { El Palito. A. Chazarreta.
La Choyana. Chacarera. Ruiz-Acuña.



Fonógrafo Glücksmann
SIN BOCINA

La mejor máquina parlante por su precio, solidez y elegancia. Precio, con 200 púas.................. $ 45.-



Nuevos Discos Nacional

CALLAO Y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA Y LAVALLE

ROSARIO
CORDOBA 1048



MONTEVIDEO
18 de JULIO 966



De Avellaneda

Ecos del 1.º de Mayo

Cabecera de la manifestación organizada por el Partido Socialista en Valentín Alsina.



La manifestación obrera de Avellaneda dirigiéndose a la Capital Federal.

El Sr. Beschinski, dirigiendo la palabra al público congregado en la calle Villa Galicia, donde se realizó el mitin obrero de Piñeyro.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 196
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, obscuro, liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90

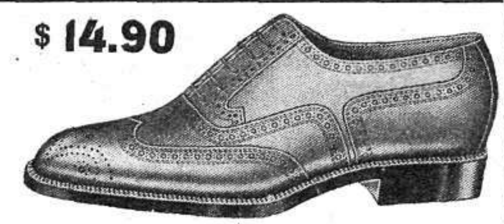
MODELO N.° 193
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, obscuro, liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90



$ 14.90

MODELO N.° 58
Botín o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro negro, gum metal negro o color, todo cosido alrededor, doble suela.



$ 14.90

MODELO N.° 59
En gum metal negro o color, doble suela, gran moda



MODELO N.° 221
En cabritilla negra o charolada, gamuza negra. Taco de 7 centímetros.

$ 14.90



MODELO N.° 225
En cabritilla negra charolada o color sangre. Tacos 3 ½ y 5 ½ centímetros.

$ 14.90



MODELO N.° 204
En gamuza negra, color sangre o marrón. Cabritilla negra, color sangre o marrón. Cabritilla charolada negra. Tacos de 3½ y 5½ centímetros.

$ 14.90



MODELO N.° 226 A
En cabritilla charolada, negra, color sangre. En cabritilla color marrón, sangre, gamuza negra, marrón o blanca, o piel de seda negra.

$ 14.90

Nuestra organización industrial y comercial y nuestros recursos nos permiten ofrecer por este precio lo mejor que puede fabricarse en calzado.

De Avellaneda



Grupo de asistentes a la tertulia familiar celebrada en los salones del Círculo Italiano, reunión que tuvo los contornos y características de un acontecimiento social.

LA SORPRESA

Si todos los días te levantas con el propósito de no pedir nada a la vida, no habrá jornada sin bella sorpresa, porque la vida te otorgará siempre algún don.

Tú te dirás: «hoy aceptaré todos los dolores, todas las fatigas y dificultades del día, con ánimo igual».

No pensarás en ningún placer. Verás sólo el surco, que debes abrir, bajo el chorro de fuego del sol.

Ningún espejismo engañará tu camino.

Estarás de antemano resignado a todos los golpes.

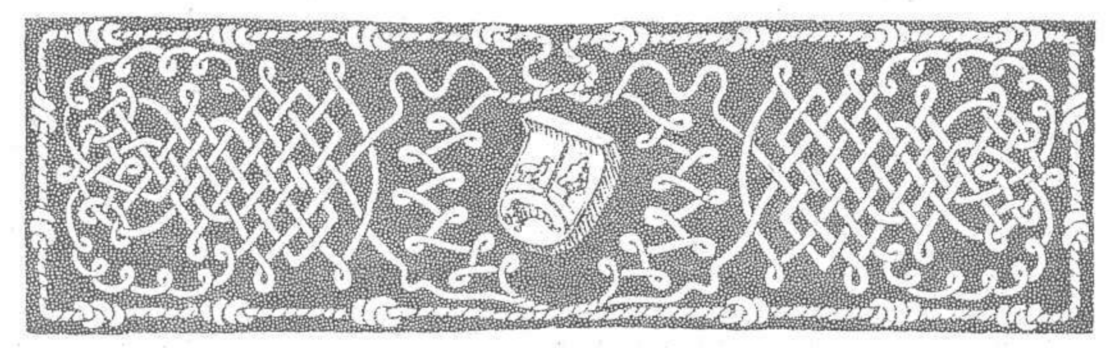
No atisbarás ni atalayarás el horizonte para ver si se acerca alguna dicha.

Y así pasarán los días, monótonos, con pocas satisfacciones y muchos deberes.

Como nada pides y todo lo aceptas, tú estarás ensimisado y distraído en tu labor.

...Mas de pronto, la vida, que te prevenía su sorpresa, te mandará su enviada el esclavo nubio de las ajorcas de oro llevará sobre sus manos de ébano la bandeja de malaquita y sobre ella brillará el presente mágico, el presente inesperado, y por inesperado maravilloso.—AMADO NERVO.

La verdad es la luz del alma.



UN PROCESO CONTRA DIOS

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIGÉSIMOCUARTO VIRREY DEL PERÚ

De NARRACIONES PERUANAS
(edición Calpe).



En el archivo de la que fué Real Audiencia de Lima encontrábase constancia de haberse remitido a España, pedida por el rey, una causa de más de cuatrocientas fojas de papel sellado, sobre la cual constancia y datos pacientemente recogidos hemos basado esta tradición.

I

Dios hizo al hombre bueno; pero parece que su Divina Majestad echó ases cuando creó la humanidad.

El hombre instintivamente se inclina al bien; pero las decepciones envenenan su alma y la vuelven egoísta, es decir, perversa.

Quien aspire a tener larga cosecha de males, empiece por sembrar beneficios. Esperar gratitud del prójimo favorecido es como pedir hoy milagros a los santos.

Así es la humanidad, y mucho que tuvo razón el rey don Alfonso el Sabio cuando dijo que si este mundo no estaba mal hecho por lo menos lo parecía.

Don Pedro Campos de Ayala fué, por los años de 1695, un rico comerciante español avecindado en Lima, sobre el cual llovieron las desdichas como granizada sobre páramo.

Dicen los casuístas que donde hay penas y desventuras allí está Dios. Consoladora es la doctrina; pero a la mayoría de los que padecen no les cae en gracia.

Así cuentan que un sabio obispo logró que se bautizase un judío muy acaudalado. Después de su conversión empezaron a sobrevenirle desgracias sobre desgracias, y el obispo creyó confortarlo diciéndole: — No te desesperes, que tus desdichas no son sino beneficios que el Señor reparte entre aquellos a quienes ama. — Amostazóse el cristiano nuevo y contestó: — Pues esos regalos que los guarde Dios para sus amigos viejos; pero conmigo, a quien conoce de ha poco, ¿sobre qué tanta confianza y cariño?

Generoso hasta la exageración, no hubo miseria que don Pedro no aliviase con su dinero, ni desventura a la que no acudiese a dar consuelo. Y esto sin fatuidad, que el hombre era humilde como las piedras de la calle, y por sólo el gusto de hacer el bien.

Pero el naufragio de un buque que con valioso cargamento le venía de Cádiz, y la quiebra de algunos pillos a quienes el buen don Pedro sirviera de garante, lo pusieron en apurada situación. Nuestro honrado español realizó con graves pérdidas su fortuna, pagó a los acreedores y se quedó sin un maravedí.

Con la última moneda se le escapó el último amigo.

Todo lo había perdido, menos la vergüenza, que es lo primero que ahora acostumbramos a perder.

Quiso volver a trabajar, y acudió en demanda de protección a muchos a quienes había favorecido en sus días de opulencia y que acaso debían exclusivamente a él hallarse en holgada posición.

Entonces supo cuánta verdad encierra aquel refrán que dice: — No hay más amigo que Dios y un duro en la faltriquera.

Parece que la mejor piedra de toque de la amistad es el dinero.

Don Pedro adquirió a dura costa el convencimiento de que, para muchos corazones, la gratitud es fardo asaz pesado.

Hasta la mujer que había amado, y en cuyo amor creyera con la fe de un niño, le reveló muy a las claras que ya los tiempos eran otros.

Que es amor una senda
tan sin camino,
que el que va más derecho
va más perdido.

Entonces don Pedro juró volver a ser rico, aunque para alcanzar una fortuna tuviese que recurrir al crimen.

Las decepciones habían muerto todo lo que en su alma hubo de grande, de noble y de generoso, y se despertó en él un odio profundo por la humanidad. Como el tirano de Roma, habría querido que la humanidad tuviera una cabeza para cercenarla de un tajo.

Y desapareció de Lima y fué a establecerse en Potosí.

Pocos días antes de su desaparición, fué encontrado muerto en su lecho un usurero vizcaíno. Unos juzgaron que había sido víctima de una congestión, y otros dijeron que se le había ahogado violentamente con un pañuelo.

¿Se había cometido un robo o una venganza? La voz pública se decidió por lo segundo, pues ostensiblemente no aparecía mermada la fortuna del vizcaíno.

Pero nadie paró mientes en que este suceso coincidió casi con el repentino viaje de nuestro protagonista.

Y corrieron años, y vino el de 1706, y don Pedro volvió a Lima con medio milloncejo ganado en Potosí. Mas no era ya el mismo hombre, abnegado y generoso, que todos habían conocido.

Encerrado en su egoísmo como el galápago en su concha, gozaba con que todo Lima supiese que era rico, hasta el punto de varear la plata, pero que no daba un grano de arroz al gallo de la Pasión.

Además, don Pedro, tan alegre y comunicativo antes, se había vuelto misántropo. Paseaba solo, no correspondía al saludo ni visitaba a nadie más que a un caracterizado jesuíta, con el que se entretenía largas horas en secreta plática.

De repente corrió la voz de que Campos de Ayala había llamado a un escribano y hecho ante él testamento, legando su inmensa fortuna al colegio de San Pablo.

Pero fuese arrepentimiento o que alguna nueva causa pesara en su ánimo, un mes más tarde revocó el testamento y firmó otro distribuyendo su caudal, por iguales porciones, entre los conventos y monasterios de Lima, determinando un capital para misas por su alma, y haciendo algunos legados de importancia, contándose entre los favorecidos un sobrino del vizcaíno de marras.

Aquellos eran los tiempos en que, como dice un escritor contemporáneo muy gráficamente, el jesuíta y el fraile se arañaban las manos bajo la almohada del moribundo para apoderarse del testamento.

Pero no habían transcurrido muchos días desde el de la revocatoria, cuando una noche el virrey marqués de Castel-dos-Ríus recibió un largo anónimo y, después de leerlo y releerlo, púsose su excelencia a cavilar; y el resultado de sus cavilaciones fué llamar a un alcalde del crimen y ordenarle que sin pérdida de minuto se apoderase de la persona de Don Pedro Campos de Ayala y la aposentase en la cárcel de corte.

II

Don Manuel Omms de Santa Pau, de Sentmanat y de Lanuza, grande de España y marqués de Castel-dos-Ríus, hallábase de embajador en París cuando aconteció la muerte de Carlos II envolviendo a la monarquía en una sangrienta guerra de sucesión. El marqués no sólo presentó a Luis XIV el testamento en que *el Hechizado* legaba al duque de Anjou la corona, sino que se declaró abiertamente partidario del Borbón e hizo que sus deudos de Cataluña hostilizasen al archiduque de Austria. En una de las batallas murió el primogénito del marqués de Castel-dos-Ríus.

Sabido es que las colonias de América aceptaron el testamento de Carlos II, reconociendo a Felipe V por legítimo soberano. Este, cuando aún la guerra civil no había terminado, se apresuró a premiar los servicios del de Castel-dos-Ríus y lo nombró virrey del Perú. Eran sus armas las de los Lanuza: dos cuarteles en oro con león rapante de gules, y dos en azur con vuelo de plata.

El señor de Sentmanat y de Lanuza llegó a Lima el 7 de julio de 1707; y no bien se hizo cargo del gobierno cuando levantó empréstitos, impuso contribución de guerra y se echó sobre los caudales de censos, obras pías y de los cabildos. Así consiguió enviar al exhausto tesoro del monarca millón y medio de duros.

Vino con el virrey su hijo don Félix, nombrado general del Callao; habiendo dado no poco que murmurar, en el acto solemne de la entrada del marqués en Lima, la inasistencia del arzobispo.

Fué el marqués de Castel-dos-Ríus el primer virrey que vino trayendo lo que se llamó *pliego de sucesión*, y que los mejicanos llamaban *pliego de mortaja*. Felipe V estableció entregar a cada virrey un pliego, encerrado bajo tres cubiertas, el cual se depositaba en la Real Audiencia, debiendo romperse los sellos para saber el contenido sólo en caso de fallecimiento o incapacidad física e incurable del gobernante. El pliego de mortaja contenía una terna de nombres, designando las personas llamadas a reemplazar, interinamente y hasta nueva disposición regia, al virrey difunto. Así desapareció, en los casos de vacancia, el gobierno que antes ejerciera la Audiencia.

Entre los sucesos más notables de su época de mando se cuenta el triunfo que el pirata Wágner alcanzó sobre la escuadra del conde de Casa Alegre, adueñándose el inglés de cinco millones salidos del Perú. Esto alentó a otros corsarios de la misma nación, Dampierre y Rogers, que se apoderaron de Guayaquil e impusieron al vecindario un fuerte rescate. Para contenerlos gastó el virrey ciento cincuenta mil pesos en el equipo de varias naves, que zarparon del Callao al mando del almirante don Pablo Alzamora, y en ellas se embarcaron hasta colegiales ganosos de castigar a los herejes. Afortunadamente no llegó el caso de empeñar combate, pues cuando los nuestros buscaron a los piratas en las islas Galápagos, ya éstos habían abandonado el Pacífico.

El terremoto que arruinó muchos pueblos de la provincia de Paruro fué también uno de los grandes acontecimientos de ese tiempo.

Entre los sucesos religiosos merecen mencionarse la traslación de las monjas de Santa Rosa al actual monasterio, y el reñido capítulo de provincial agustino entre los padres Zavala el vizcaíno y Paz el sevillano. La Real Audiencia se vió forzada a presidir el capítulo, evitando con ello grandes desórdenes, y después de 18 horas de sesión y de varios escrutinios triunfó Zavala por mayoría de dos votos.

El anciano marqués de Castel-dos-Ríus era un entusiasta cultivador de las musas, pero como estas damas son casi siempre esquivas para con los viejos, pobrísima inspiración es la que domina en los pocos versos que de su excelencia conocemos. Los aduladores decían, aplicándole estos conceptos de Góngora, que dominaba

> ya con la espada del sangriento Marte
> ya con la lira del dorado Apolo.

Todos los lunes reunía el virrey en palacio a los poetas de Lima, y en la biblioteca del cosmógrafo mayor don Eduardo Carrasco existió hasta hace pocos años un abultado manuscrito, *Flor de Academias de Lima*, en el que estaban consignadas las actas de las sesiones y los versos que en ellas leían los vates. Serias indagaciones, fatalmente sin éxito, hemos hecho para descubrir el paradero de tan curioso libro, que suponemos en poder de algún bibliófilo, avaro de su tesoro, y que ni saca provecho de él ni permite que otros exploten tan rico filón (1).

En las fiestas que se celebraron en Lima por el nacimiento del infante don Luis Fernando fué cuando el Parnasillo

(1) En 1899, con extenso prólogo del autor de esta tradición, se publicó en Lima el volumen de *Flor de Academias*.

echó, como suele decirse, el resto, y hasta el virrey marqués de Castel-dos-Ríus hizo representar en Palacio, con asistencia del alto clero y de la aristocracia, la tragedia *Perseo*, escrita por él en infelices versos a juzgar por un fragmento que hemos leído.

Hablando de ella dice nuestro compatriota Peralta, en una de las notas de su *Lima fundada*, que tenía armoniosa música, preciosos trajes y hermosas decoraciones, y que en ella no sólo mostró el virrey la elegancia de su genio poético sino la grandeza de su ánimo y el celo de su amor.

Parécenos que hay mucho de cortesano en este juicio.

No había aún el de Castel-dos-Ríus cumplido dos años de gobierno cuando lo acusaron ante Felipe V de que especulaba con su alto puesto, defraudando al real tesoro en connivencia con los contrabandistas. La Audiencia misma y el tribunal del Consulado de Comercio apoyaron la acusación, y el monarca resolvió destituir desairosamente y sin esperar a oír sus descargos al gobernante del Perú; orden que revocó porque una hija del marqués, dama de honor de la reina, se arrojó a las plantas de Felipe V y le recordó los grandes servicios prestados por su padre durante la guerra de sucesión.

Pero aunque el monarca lo satisfizo, hasta cierto punto, revocando su primer acuerdo, no por eso dejó de ser profunda la herida que en su orgullo recibiera el señor de Sentmanat y de Lanuza, y fuélo tanto que el 22 de abril de 1710 lo condujo a la tumba, después de tres años de gobierno. De los designados en el pliego de mortaja, que eran los obispos de Cuzco, Arequipa y Quito, sólo el último existía.

Sus funerales se celebraron en Lima con escasa pompa, pero con abundancia de versos buenos y malos. El Parnasillo llenó su deber honrando la memoria del hermano en Apolo.

III

En el anónimo se acusaba a don Pedro Campos de Ayala del asesinato del vizcaíno, y de que mil onzas robadas a éste le sirvieron de base para la gran fortuna adquirida en Potosí.

¿Qué pruebas exhibía el delator? No lo sabremos decir.

Instalado don Pedro en el calabozo, se le presentó el juez a tomarle declaración, y la respuesta del acusado, fué:

— Señor alcalde, negar fuera obstinación cuando quien me acusa es Dios. Sólo a El, bajo secreto de confesión, he revelado mi delito. Siga usía, en representación de la justicia humana, causa contra mí; pero conste que entablo querella contra Dios.

Como se ve, las distinciones del reo eran un tanto casuísticas; pero encontró abogado — y lo maravilloso sería que no lo hubiese hallado — que se prestara a sostener juicio contra Dios. ¡La chicana forense es tan fecunda!

Por lo mismo que la Real Audiencia procuró rodear de misterio el proceso, se hicieron públicos hasta sus menores incidentes, y la causa fué el gran escándalo del siglo.

La Inquisición, que andaba de puntas con los jesuítas y buscándoles quisquillas, intentó meter la hoz en el asunto.

El arzobispo, el virrey, lo más granado de la sociedad limeña tomaron cartas en favor de la Compañía. Aunque el acusado lo sostuviera así, no presentaba más prueba que su dicho de que un jesuíta era el autor de la denuncia anónima y el revelador del secreto de confesión, instigado por la revocatoria del testamento.

Por su parte, el sobrino del vizcaíno reclamaba para sí solo la fortuna del matador de su tío, y los síndicos de las fundaciones exigían la validez del segundo testamento.

Todos los golillas perdían su latín y aquello era un batiburrillo de opiniones encontradas y extravagantes.

Y entretanto el escándalo cundía. Y no atinamos a discurrir hasta dónde llevaba trazas de alcanzar, si minuciosamente informado de todo Su Majestad don Felipe V no hubiera declarado por medio de una real cédula que, conviniendo al decoro de la Iglesia y a la moral de sus reinos, se avocaba con su Consejo de Indias el conocimiento y resolución de la causa.

En consecuencia, don Pedro Campos de Ayala marchó a España, bajo partida de registro, junto con el voluminoso proceso.

Y como era natural, tras él se fueron algunos de los favorecidos en el testamento a gestionar sus derechos en la corte.

Y la calma se restableció en esta ciudad de los Reyes, y la Inquisición se distrajo preparándose a quemar a madama de Castro y la estatua y huesos del jesuíta Ulloa.

¿Cuál fué la sentencia o sesgo que el sagaz Felipe V diera al proceso? Lo ignoramos, pero puede suponerse que el rey apelaría a algún expediente conciliador para poner en paz a todos los litigantes, y es posible que al mismo reo le tocara algo del pan bendito o indulgencia real.

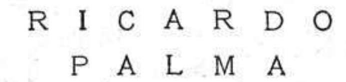
¿Existirá en España este original proceso? Probable es que se lo haya comido el *comején* — gusanillo roedor, — y pues viene a pelo, ahí va para dar remate a la tradición el origen de una frase popular.

Diz que a un escribano le exigió la Real Audiencia la exhibición de un expediente en el cual estaban protocolizados un testamento y títulos de propiedades. Cuando el depositario de la fe pública hubo agotado todo su arsenal de evasivas y tracamundanas, se presentó ante el virrey, que lo era el marqués de Castelfuerte, y le dijo:

— Señor excelentísimo: por más que he revuelto mi archivo, no encuentro ese condenado proceso y barrunto que el *comején* se lo ha comido.

— ¿Esas tenemos, señor mío? — contestó el virrey. — Pues a chirona el *comején*.

Y desde entonces quedó como refrán el decir, cuando una cosa no parece: — Vamos, se la habrá comido el *comején*.





De Lomas de Zamora



La señora Tait de Lazarte, nueva directora de la escuela N.º 9, rodeada por el personal docente de dicho establecimiento, que la hizo objeto de una demostración de aprecio al hacerse cargo de su puesto.

El ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, con el presidente de la Universidad de La Plata, doctor Benito Nazar Anchorena, y el ingeniero Font, director de la escuela Santa Catalina, y personal docente de la misma, durante la visita efectuada por el primero a ese establecimiento.

EN EL TABLERO DE LA EXISTENCIA

frente a cada uno de nosotros, hay siempre una mano invisible que quiere ganarnos la partida. Al amor nos opone la traicion; contra nuestro entusiasmo juega el desencanto; contra nuestro impulso generoso mueve la envidia sórdida; a nuestra alegría y a nuestro bienestar opone las enfermedades y el dolor.

Combatir esas jugadas hostiles en el campo moral es el problema diario del hombre. Combatirlas en lo material, corresponde a la ciencia. Jamás ganó ésta triunfo más grande sobre el dolor físico que cuando descubrió la

CAFIASPIRINA,

o sea el poderoso analgésico moderno que no sólo alivia en pocos momentos los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar causado por excesos alcohólicos, etc., sino que levanta tambien las fuerzas.

La CAFIASPIRINA fue premiada recientemente, por voto popular, con Medalla de Oro.

Se vende en tubos de veinte tabletas y **Sobres Rojos Bayer** de una dosis.



De San Isidro y San Fernando



Jóvenes aficionados que tomaron parte en el gran festival organizado por la Sociedad Española de Socorros Mutuos en celebración del 2 de Mayo.

Sr. José Cattáneo presidiendo el subcomité de la U. C. Radical en su primer acto público.

ES UNA ENORME SIMPLEZA...

Es una enorme simpleza el «conócete a ti mismo» de la filosofía griega. Nunca nos conoceremos ni conoceremos a nadie. Inútil ansia de comprensión. Crear el mundo es menos imposible que comprenderlo. Hégel llegó a sospecharlo. Tal vez algún día la inteligencia sirva para fabricar otro universo; pero conocerlo ¡nunca! Por esto resulta un abuso inicuo de la inteligencia emplearla en la investigación de la verdad. Ni puede servir tampoco para juzgar a los hombres y sus obras en justicia. Sin embargo, se dedica hábilmente a esos juegos — mucho más complicados que el tres en raya o el ajedrez — que se llaman ética, estética y metafísica; pero sobre todo nos ayuda y satisface cuando logra sorprender alguna particularidad o algún fundamento de las cosas, y nos permite gozarlas sin disminuír este goce inocente por espíritu sistemático y manía de juzgar.

ANATOLIO FRANCE

— Una prosperidad rápida hace a los hombres presuntuosos, inquietos, atrevidos y traviesos; pero una fortuna adquirida con el trabajo y la perseverancia, les aumenta su habilidad y sus buenas cualidades.

Si usted desea un **GRAFOFONO** de mucha resonancia, apto para audiciones al aire libre o en locales muy espaciosos, el

Grafófono "AMERICA"

llenará plenamente sus aspiraciones, por cuanto su corneta amplificadora del sonido, dotada de los modernos adelantos de la acústica y su membrana ''MAESTOSO'' ULTRAPOTENTE, hacen de él la máquina parlante más sonora que se conozca.

Algunos Modelos Recomendados.

N.º 101. — **CAJA FINAMENTE LUSTRADA,** midiendo 31×31×15, motor Suizo perfeccionado. Con 6 *piezas, 200 púas y embalaje gratis, a......* $ **49.50**

N.º 109. — **HERMOSO GRAFOFONO** con caja altamente pulida y tapa a bisagra para abrir. Motor Suizo. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.. $ **65.—**

N.º 114. — **CAJA TERMINACION CAOBA,** con tapa a bisagra, mide 33×33×17 centímetros. Motor Suizo. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a $ **75.—**

N.º 14. — **REGIO APARATO,** caja en nogal de Italia con *tapa a bisagra. Mide 34×34×16 centímetros.* Motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.............................. $ **95.—**

N.º 117. — **EXCELENTE GRAFOFONO.** Caja terminación caoba con tapa a bisagra. Mide 38×38×18 centímetros. *Motor Suizo de dos cuerdas.* Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a............ $ **115.—**

N.º 6. — **GRAN GRAFOFONO DE LUJO.** Caja finamente lustrada en terminación caoba, midiendo 41×41×22 centímetros. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis. $.. **160.—**

Por otros modelos de GRAFOFONOS, CONCERTOLAS, Y VICTROLAS, solicite Catálogo Ilustrado N.º 21, enviando $ 0.20 en estampillas.

DISCOS: Tenemos el surtido más extenso en todas las mejores marcas del mundo. — Solicite CATALOGO N.º 22.



Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

E v a   i n m o r t a l

Te pones al alcance de mi deseo,
te me entregas confiada, como a tu suerte,
y no puedo decirte que te poseo:
no me basta tomarte para tenerte.

Tú no estás en tu imagen, corola fatua,
que de ti se desprende, fácil y bella,
y parece que vive, como la estatua
porque un soplo divino se impuso en ella.

Te presentas a modo de un bello ramo,
pero siempre imposible queda tu hondura,
que recibe las voces de mi reclamo,
y me arroja la carne de tu figura.

No eres forma, eres fondo; no eres creada,
sino eterna y creadora, madre del lodo,
(como el mar de tinieblas, que era la nada,
y es pradera de soles, trocado en todo).

Llámasme tan de lejos, tan de profundo,
que tu humana presencia parece un sueño;
Eva, todo tu sexo, llenas el mundo;
como el agua y el aire, no tienes dueño.

Infinita substancia, que todo encierra,
de atracción y de vértigo, múltiple y una,
floreciste en mujeres sobre la tierra,
y te encarnas en todas, pero en ninguna.

R o b e r t o   L e d e s m a



L a   s o m b r a   v i v a

En un sopor de letargo,
Yo estaba muerta o dormida:
¡Nunca me daba en los ojos
El resplandor de la Vida!

Revuelo de alas angélicas
En la luz de la alborada:
Sentí pasar una sombra
Sobre mi tumba sellada.

Alas, roce, lirios, brisa;
Claro vapor, vaga nube,
Como esa incógnita ola
Que en las brillazones sube.

Y murmuré en mi ceguera:
«¡Ni te palpo ni te veo,
Sombra de sombras distantes,
Espejo de mi deseo!»

Sentí pasar una sombra.
Yo estaba muerta o dormida:
Quedé como por hechizo
Despierta y estremecida.

¡Rara y confusa blancura,
Sombra de sueño y quimera:
De qué cielos escondidos
Me sería mensajera!

Llamó a mis ojos cerrados
Con claridad de ilusión,
Y dió a mis horas inmóviles
Un ritmo de corazón.

R o s a   G a r c í a   C o s t a

A m a n e c e r

¡Una mano invisible se ha llevado
de las estrellas el divino lampo!...
¡Toda una eternidad se ha dibujado
al despuntar el día aquí en el campo!...

¡Un rumor leve estremeció la hierba;
una palabra muda lleva el viento;
y es un todo dinámico el que enerva
la anunciación del gran advenimiento!

¡Oh, la divina esencia de Natura!...
¡Y la canción de amor, eterna y pura,
que cuaja y se aquilata en su arrebol!...

¡Hay una inquieta bienaventuranza!;
¡y una multifonía de esperanza
parte del mundo a saludar al Sol!...

Horacio Ferreyra Díaz

E l   r í o   d u l c e

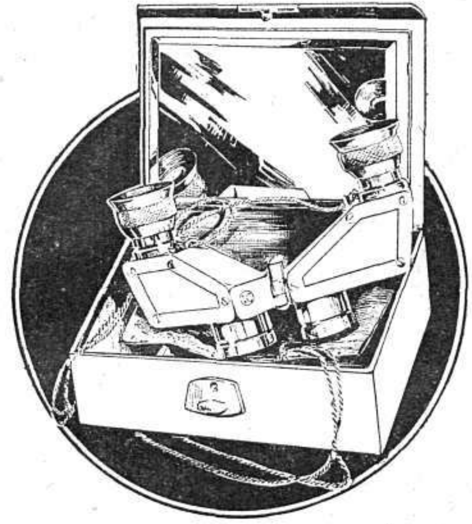
Manso y tímido río, en tus aguas retratas
el gigante algarrobo y el pino corpulento.
Eres como mis horas más tranquilas y gratas;
apenas rumoreas un callado lamento.

Pero a las veces, sórdidas tempestades desatas;
parece que en tu seno se estremeciera el viento,
y tu empuje — el dolor de mis horas ingratas —
rompe y destroza todo, imperturbable y cruento.

¡Oh! cuánto te pareces, Río Dulce, a mi vida.
Eres acaso el símbolo de un destino fatal:
bueno aún, como mi alma que sufrió tanta herida

Vas dando el agua dulce de tu fresco caudal,
después de haber cruzado la llanura encendida
y toda la amargura del largo salitral.

R a m ó n   A r a y a   (h.)



PARA LA PROXIMA TEMPORADA TEATRAL

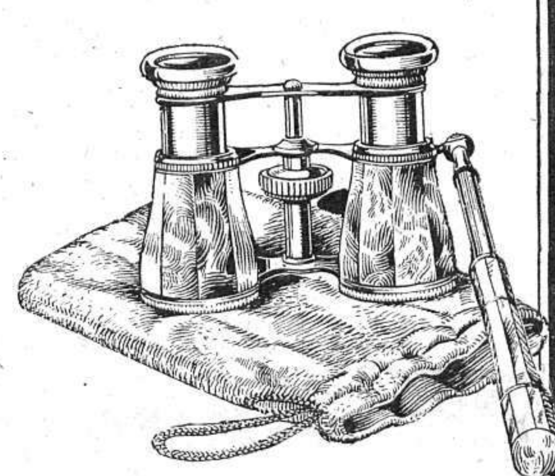
GEMELOS PRISMATICOS DORADOS "THEATIS"

Optica Superior. Amplio campo y excelente visualidad. Una pequeña obrita de arte.

Acondicionado en estuche de cuero fino, con espejo biselado y división de cartera.

Completo, con su cordón de seda,

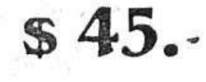
$ 45.-

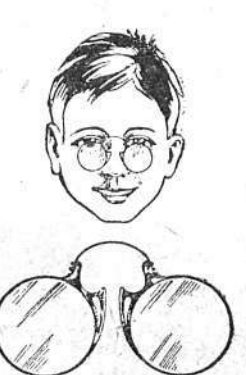


GEMELOS DE TEATRO "LYS" PARIS

con OPTICA ESPECIAL TEATRO COLON

Gemelo de nácar con mango y su bolsita de felpa; gran luminosidad y campo visual,





EXCLUSIVIDAD DEL

Primer Instituto Optico Oculistico

LUTZ, FERRANDO y Cia

FLORIDA 240 — BUENOS AIRES

Cabildo 1916, Belgrano - Alm. Brown 1067, Boca - Rivadavia 6879, Flores
ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - SANTA FE - LA PLATA
MAR DEL PLATA

De Mar del Plata



Solemne acto de la bendición de la piedra fundamental de la Escuela de Mujeres, de la sociedad de Damas Vicentinas.

LOS ENIGMAS

¿Por qué te inquietas y preocupas de los enigmas del Universo, si pronto vas a morir y te dará la muerte respuesta a todos ellos?

¿Cuántos años te separan aún del fin?

¿Diez, veinte, medio siglo? ¡Qué corto es, de todas suertes, el plazo!

Día a día marchas hacia el inmenso misterio que, como gran estatua negra, te aguarda inmóvil al final del camino, con los brazos cruzados y los grandes ojos llameantes de respuestas.

¿Por qué, pues, tanta impaciencia? Deja a tus dilemas dormir con sus aceradas tenazas, que rematan en puntas crueles.

Te dices: «Tiene que ser esto, o tiene que ser aquello. Pero esto es absurdo, y aquello... también.»

Deja a tus dilemas dormir como tenazas de alacranes ponzoñosos.

El, que todo lo sabe, está, con los enormes brazos cruzados, en medio de cada dilema.

Entre el SI y el NO están sus inmensas pupilas radiantes.

Se alza como un coloso antiguo en los límites de la Noche y el Día.

Cada hora volandera, en sus brazos impalpables, te lleva hacia El.

Y cuando llegues a lo que aquellos que te sobrevivan llamarán el «Silencio absoluto», su gran boca se abrirá para decir las cosas definitivas.

¡Quién sabe si entonces verás que esa gran boca (¡oh dulce milagro!...) sonríe! — AMADO NERVO.



Señoritas y jóvenes que integraron la Comisión organizadora del baile dado por la sociedad «Bomberos voluntarios de las Conchas».



El salón de la "Unione e Benevolenza" del Tigre durante un descanso en el baile que dió la sociedad de Bomberos «Voluntarios de las Conchas».

EL SEÑOR ARÍSTIDES...

El señor Arístides, un terrible cazador, ha salvado una nidada de jilgueros que acababa de nacer en un rosal debajo de su ventana. Un gato se encaramaba por el rosal. Es conveniente acerca de las acciones, creer en las causas finales y pensar que el destino de los gatos no es otro que perseguir a las ratas y ser víctimas de un balazo. El señor Arístides empuñó su revólver y disparó contra el gato. Complace, desde luego, ver salvados a los jilgueros y a su enemigo víctima de su propia voracidad; pero sucede con el disparo del señor Arístides lo que sucede con todas las acciones humanas: no se ve clara su justicia si la miramos muy de cerca. Porque si se reflexiona, el gató, cazador por naturaleza, como el señor Arístides, puede llegar también a creer en las causas finales, y, por lo tanto, no duda que los jilgueros nacen para que algún día él se los coma. Es una ilusión muy natural. El balazo recibido pudo advertirle, algo tarde ya, que se equivocaba acerca de la causa final de los jilgueros que pían entre las rosas. ¿Acaso hay alguien que no se crea el centro del universo y que no obre como si en realidad lo fuese? Esta es la condición de la vida. Para todos nosotros el mundo se reduce a nosotros mismos; y al decir nosotros, no excluyo a las bestias. No hay un solo animal que no se considere como el fin supremo a que tiende la Naturaleza. Nuestros vecinos, como el revólver del señor Arístides, no dejan de aclarar nuestro engaño; y, a veces basta, para convencerse, un perro, un caballo, un microbio, un grano de arena.

ANATOLIO FRANCE.


FERNET-BRANCA
Ha sabido conquistarse una fama única
en el mundo como la bebida Aperitiva - Digestiva clásica, por sus eminentes propiedades higiénicas.
No tiene similares
Importadores: HOFER & Cía. - Buenos Aires.
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
CONCESIONARIOS para la AMERICA del SUD



La SILBATINA

En el fondo jalde de la carpa, perfilábase la silueta estatuaria del caballo. Al verle avanzar majestuoso, la cabeza erguida, ágiles las patas, chafando en andar rítmico el serrín de la pista, evocaba un corcel digno de sustentar a un César en una vieja plaza romana.

Dorina, la amazona, aguardaba a que «Napoleón» — así llamaban al caballo — fuese conducido al redondel por un palafrenero. El tambor redoblaba un runrún sonoro, como un barbotear de fuente sobre el parche, y ella descorría con majestad las cortinas de terciopelo que la ocultaban a las miradas del público. Como una guardia de honor, abriendo calle a su paso, vestidos de encarnado, estaban los artistas que ya «hicieron su número», el payaso con su media luna en la espalda, el «tony», con su gran «tupé» de pelo azafrán, y en primer término, Mr. Gerard, el director, obeso y rubio, vestido de frac, luciendo una condecoración ignota en la solapa.

La aparición de la gentil Dorina era saludada con aplausos. Alta, esbelta, ceñida en levita gris perla, ajustado el pantalón en los muslos, relucientes las botas de charol, cubierta la garganta por una corbata de encajes, en la que chispeaban algunos diamantes, y airosa la rubia cabeza bajo el ala del fieltro a lo D'Artagnan, estaba cautivadora.

La fusta restallaba en el aire, habilidosamente agitada por Mr. Gerard, y «Napoleón» imprimía a sus patas un trote acompasado, que iba resonando en golpes sordos sobre la valla de madera que circundaba la pista.

— ¡Hop... hop!...

Aceleraba el trote y tras él en graciosa carrera avanzaba la «ecuyére». De un salto, rebote elástico de su cuerpo, aupábase sobre la gualdrapa carmesí.

— ¡Hop... hop!...

Nuevo restallar de la fusta y esta vez, casi al galope, saltaba Dorina sobre la grupa de «Napoleón.»

Todos los gemelos enfocaban a la artista. Le resplandecían los azules ojos y un golpe de sangre le avivaba las mejillas.

Entre los artistas había quien no apartaba su mirada de Dorina. Era Matías Valensky, el malabarista húngaro. Un hombre moreno, agitanado, magro, de ojos ardorosos y profundos. Así vestido con el frac encarnado, que uniformaba a los artistas en una especie de servidumbre distinguida, pasaba inadvertido. Había que verlo con su traje típico, muy de opereta, su grueso gorro de astracán y sus recias botas amarillas.

Valensky bailaba sobre una tarima, al mismo tiempo que jugaba diestramente con teas encendidas o hacía malabares con un sinnúmero de botellas y naranjas de madera.

Valensky constituía una de las atracciones del programa. Hombre de cincuenta años, gitano de origen y de alma, sabía de todas las tierras y mares de este mundo. A Dorina la conocía desde niña, cuando ella empezara su arte, en vida del padre, en un circo de Nápoles.

Pasaron largos años sin verse y ahora el azar los volvía a unir en el elenco del circo. Dorina podía ser su hija, pero Valensky, vanidoso como todo artista, pretendía disimular sus años, escamoteados con viveza de prestidigitador.

Pero no, bien sabía que él no era el de antes. Ya las mujeres no se rendían como otrora; ya los públicos no le acogían con esas ruidosas aclamaciones que insuflaban al pavo real de su vanidad. Su trabajo era perfecto, sobrio, pero carecía de las audacias de otras épocas.

Quince días hacía que el circo había debutado. Mr. Gerard sabía combinar espectáculos admirables. Seleccionó elementos de un circo que se había disuelto en Río de Janeiro y unió a ellos algunos otros artistas que vegetaban en Buenos Aires, en espera de un contrato salvador. Entre los últimos estaba Valensky. No ha mucho saliera del hospital, convaleciente de una enfermedad.

En pocas noches, Dorina y él se habían captado las simpatías del público. Pero la noche anterior habían debutado unos chinos que eclipsaron el trabajo del húngaro. Eran cinco hábiles acróbatas y malabaristas, cinco juglares portentosos, que poseían una elasticidad de demonios jóvenes.

Taciturno, mohino, Valensky habíase refugiado en el camarín de Dorina.

— El empresario está loco. Esos chinos debieran concretarse a sus números de acrobacia. Lo demás es invadir mi campo de acción. Después trabajo yo, y, como es lógico, el público está cansado de juegos malabares.

Dorina le consoló: ¡Eran perrerías del oficio! ¡Ya se sabe: en los circos hay que soportarlo todo! En la farándula hay mucho de esclavitud, de esa tiranía en que el hambre coloca a los gitanos y a los piratas. Mr. Gerard lo quería así, y en paz...

Todo esto lo reanimaba, viendo cruzar a Dorina, en airosos saltos mortales, por los aros de papel de seda que tendían a su paso el empresario y el clown.

«Napoleón» bailó el vals «Venus»; — aquel viejo vals que está impregnado del serrín de todos los circos — y Dorina adoptó graciosas posturas.

Después, bajo una lluvia de fustazos, que fusilaban el aire, corrió el caballo a galope suelto, mientras la amazona, risueña, profiriendo un ¡hop! sentábase y poníase de pie sobre el anca, vuelta de espaldas hacia el animal, a la manera cosaca.

Cayeron flores tiradas por el público de los palcos. Dorina hubo de arrojar besos, a diestra y siniestra soplados sobre las yemas de los dedos. Ya en el camarín, radiante de su triunfo, recibió las felicitaciones de Valensky:

—¡Ah! chiquilla, estás divina. Cierto es que te acompaña «Napoleón» que vale un imperio...

Le apretaba el húngaro las manos y la miraba a los ojos. Ella agradecía los elogios, pero no ocultaba su temor, adivinando la pasión que había despertado en el viejo artista.

— Dorina, yo quiero hablarte... ¿sabes?... Yo quiero hablarte...

Tartamudeaba el viejo Don Juan del circo. Arruinado por los largos meses de forzado descanso, desposeído de sus joyas, en particular de aquel grueso brillante que era como un espejuelo para las alondras circenses, flaqueaban en él los arrestos conquistadores. Y se sabía viejo, agotado. Era ya casi inútil escamotear las canas que salían burlonas, al menor descuido, y además su rostro cetrino, enjuto, ostentaba las cicatrices de sus cincuenta años, gozados y sufridos bajo todos los cielos. Ella no ignoraba que el malabarista premeditaba una declaración de amor. Pero le faltaban, sin duda, las fuerzas e iba aplazándola de una noche a otra. Recordando el pasado, allá en Nápoles, ella le trataba como a un padre, y eso contribuía a cohibirle. ¿Cómo declararle que la adoraba, que no pensaba sino en ella, que tenía el alma en un hilo mientras daba cabriolas sobre el lomo de «Napoleón»?...

Preocupado, abstraído, hizo su número maquinalmente, con desgano, deseoso de verse cuanto antes a solas con su pensamiento.

El empresario le advirtió:

— Señor Valensky; más ánimo con su número... ¿Es que no se siente todavía repuesto?

Aludía casi irónico a su enfermedad.

Valensky encogióse de hombros:

— Mañana será otro día, Mr. Gerard.

PASÓ una noche de insomnio, torturado por los celos. Al salir del circo vió a Dorina del brazo del trapecista, un muchacho español que poseía un cuerpo de Apolo.

El tenía la culpa. ¿Por qué no la había cortejado desde un principio? ¿Por qué no había tenido la audacia de confesarle su amor? Ahora comprendía claramente la causa. Hasta ayer fuerte, bizarro, triunfador, el cariño de las mujeres fué para él como uno de los tantos juegos malabares. Pero, ahora, que volvía de un hospital, agarrándose a la vida como el que sale de un abismo e hinca sus manos en las raíces de un árbol, ahora que volvía dispuesto a rehabilitarse, sentía que su alma de vagabundo necesitaba del calor de otro corazón. Y era Dorina, la elegida, la niña rubia, airosa, reina de los públicos que la mimaban. ¡Ah, esa noche sí que la hablaría!... En el ensayo le pareció advertir que Dorina y el trapecista se sonreían más de la cuenta. Y esto le inundó de bilis la boca. ¡Ah, truhán, ratoncillo de circo!...

De aquella noche no pasaba. El sabría pintar con palabras elocuentes un porvenir como unas rosas; él sabría ablandar el corazoncito de la amazona.

Bebió, para buscar fuerzas en el alcohol, y como había de adormecer su pena, bebió con exceso. Llegó al circo con el rostro pálido, oliváceo, y los ojos febriles.

Entró a su camarín y comenzó a vestirse. Por el espejo veía a los demás artistas. Allá en el fondo, los monos chillaban y pirueteaban en su jaula. De pronto, allá junto a las alfombras, toneles y maromas, en el rincón en que se guardaban los trastos, divisó a Dorina besándose con el trapecista.

Valensky sintió nublada la vista y su cuerpo se estremeció como si tuviera frío.

Ya sonaba la marcha, la eterna musiquita que anunciaba su aparición.

Salió al redondel con cara avinagrada. Subió a la tarima y comenzó sus pruebas. Las teas encendidas describían parábolas en el aire. Le aplaudieron casi por compromiso. Después levantó en la barba, en prodigio de equilibrio, el quinqué encendido, sobre el que sustentaba un espejo y una botella. Pero el pulso le temblaba. Dos veces vaciló. La respiración se le entrecortaba y el rostro congestionábasele, apoplético.

¡A la una... a las dos!... Irguió la cabeza, pero la lámpara falló y el espejo y la botella rodaron por tierra.

Al ver hecho trizas el espejo, alguien le gritó: ¡Espejo roto es mala suerte!

Pálido, perdido el control de sus nervios, ya no supo dar pie con bola. Intentó malabares, pero las botellas se entrechocaban torpemente y caían al suelo.

Miró en torno suyo. Ahí muy cerca de él, veía a Dorina. Le pareció que se burlaba. En todos los rostros creía leer una especie de conmiseración.

Dispuesto a jugarse el todo por el todo, a rehabilitarse ante el público, intentó su prueba más difícil: sostener un ánfora de cristal sobre un largo bastón de acero. La varilla de metal temblaba sobre su frente. Fruncía el entrecejo, como queriendo hipnotizar la redoma que bamboleaba levemente allá, a cinco metros de altura. Dos veces, en su oscilación, estuvo a punto de caerse, pero supo evitarlo mañosamente.

Había de bailar así, en esa difícil postura. Los brazos se abrían con las palmas apoyadas en el vacío... La orquesta ejecutó los primeros acordes de una danza húngara, y sus piernas fueron siguiendo el compás, trenzando el arabesco de aquel baile regional bohemio. Pero la fatalidad le perseguía. La redoma perdió su estabilidad, y, antes de que pudiera contrapesarla, cayó sobre la pista. Aquello fué el delirio. Una silbatina aguda, estridente como una granizada sobre un techo de cristal, cayó sobre su cabeza.

Valenski tartamudeó unas disculpas y con la vista gacha, huído como un can castigado, abandonó el redondel. Y allá dentro, tras la cortina, junto a las fieras que le miraban atontadas bajo la luz eléctrica, se dejó caer en un escabel y lloró.

Todo se había derrumbado. Su ilusión, su amor por Dorina, su orgullo de viejo artista, su arte de vivir, qué él mantenía en mágico equilibrio, habían rodado por tierra. Lloraba como un niño, con el llanto amargo de los fracasos.

Mr. Gerard, indignado, le increpó:

— Ha venido usted borracho, Valensky. Con todo el oro del mundo no me indemnizaría de este bochorno. Creo que esos silbidos le bastarán para dar con el camino de su casa...

Pero Valensky no le oía. En esos instantes, la orquesta preludiaba la entrada de Dorina. Una ola de aplausos inundó la pista. Eran la juventud, el arte y la vida, triunfando después de su derrota.

Hizo una mueca de dolor y, sin despedirse de nadie, huyó del circo. Al día siguiente, mandó a buscar su equipaje.

Dorina, condolida, quiso verle, pero él rehuyó, por vergüenza, toda entrevista... Y nadie supo más de él.

El Don Juan de circo, el malabarista de corazones y naranjas de madera, se perdió para siempre en la muchedumbre de las grandes ciudades; se eclipsó de los carteles multicolores, se hundió en lo ignorado; perseguido quizá por esos silbidos agudos, que pifiaban en sus oídos, penetraban en su carne, cual sutiles agujas, y caían sobre su vida como pedradas de maldición...

EDGARDO GARRIDO MERINO

De Carlos Casares



Concurrentes a la fiesta campestre realizada a beneficio de la Biblioteca del "Centro Cultura" de esta localidad.

LA DULCE TIRANÍA

Te dices:

«Yo, viejo filósofo, si fuera solo, podría conquistar el bien más preciado de la tierra: la libertad.

«Tendría una modesta y limpia casita, inundada de claridad; con grandes ventanas que, como ojos llenos de júbilo, se abriesen al sol y al campo. La rodearían un pequeño jardín, un huerto minúsculo. («Por mi mano plantado tengo un huerto...»)

«Me acompañarían en mi rincón muchos libros («in angello cum libello...»)

«Un gran perro cordial, un gato elegante y enigmático...

«Y envejecería en paz en medio de la silenciosa y hospitalaria amistad de mis árboles y de mis autores favoritos.

«...¡Pero los que amo carecerían de ciertos goces y de esas cosas superfluas y deliciosas, que son para tantos seres delicados lo más esencial de la vida!»

«En mi casita sería libre mi «egoísmo». En este triste, vacuo y frívolo ir y venir mundano es esclava mi «ternura».

«¡Prefiero la esclavitud!»

Y susurra una voz disciplente:

«Los que amas ignorarán tu sacrificio y no te lo agradecerán jamás.»

Y tú respondes:

«No sabía que mi sacrificio fuese aun más precioso merced a tal ignorancia... ¡Ahora sí que no tendré veleidades de libertad!»

AMADO NERVO.



PRODUCTORES:

PINI HERMANOS & Cía. Ltda.



Jira campestre ofrecida al maestro Edmundo R. Lovay por sus discípulos, en los que se destaca el joven Floro Feibs, autor del tango "Matador de la Luna".

PIDE LO QUE QUIERAS

Si en este momento se presentase ante ti un ser milagroso, vestido de blanco, resplandeciente de luz magnífica, y te dijese: «¡Pide lo que quieras!, te será concedido», tú, sin duda, te apresurarías a pedir las cosas mejores.

Pues bien, ese ser milagroso existe dentro de ti y tiene el poder de darte cuanto le pidas.

Sólo que antes debes saber bien qué es lo que quieres... conocimiento al paracer fácil, mas que se realiza en muy pocos hombres.

Y después que lo sepas, debes pedirlo al dios interior, con seguridad, tal como lo pedirías al hombre milagroso vestido de blanco, que sedujese tu fe con el prestigio de su presencia externa.

Piensa en que eres desgraciado porque ignoras lo que puedes.

Todo es tuyo y te estás muriendo de anhelos...

Las estrellas te pertenecen y no tienes lumbre en tu hogar...

La naturaleza entera quiere entregársete como a su dueño y señor, y tú lloras desdenes de una mujer.

¡Pide lo que quieras que todo te será concedido! — AMADO NERVO.

La discordia, semejante a una chispa eléctrica, no para hasta recorrer todos los ángulos de la tierra, encendiendo en todos ellos su tea devastadora.


HESPERIDINA
el aperitivo *único*
El primer "cocktail" de HESPERIDINA que Vd. tome, le probará que es el gran estimulante del apetito por excelencia.
En todas las esferas sociales es hoy el aperitivo de moda.
HESPERIDINA
M. S. BAGLEY & C.A L.DA



Los primeros días del mes de marzo, tibios y luminosos, han sido sin embargo días de inquieta expectativa; rompiendo con nuestra vieja tradición porteña, toda actividad mundana, todas las complicadas preocupaciones de la coquetería femenina han sido suspendidas... Caen las pesadas persianas de hierro, ocultando la exposición de joyas, pieles y todas aquellas deslumbradoras fantasías que la moda impone para la *season* oficial; sólo las mundanas más animosas cruzan la ciudad en obligado *footing* y temiendo a cada momento que un toque de clarín agudo y vibrante provoque el estremecimiento de pánico...

Pero a pesar de tanta pequeña zozobra se perciben siempre, «aleteando en torno de nosotros, como átomos melodiosos que se expandieran en el ambiente de la ciudad» (1) las canciones y tonadillas del maestro español que Buenos Aires agasaja hoy con tan cálido entusiasmo; su música popular, alegre y exquisitamente elegante a la vez, vibra dentro de nuestro corazón, como diciéndonos: inútil es el hacer gala de positivismo en nuestro ambiente, ni que al correr de los años se hayan transformado nuestras modalidades, y hasta nuestros más íntimos sentimientos... Vive siempre latente en este corazón femenino, pero ocultándose, ¡allá muy hondo!, una vaga reminiscencia de romanticismo...

¡noche de cantares,
noche de querellas!
Tiemblan las estrellas
con febril temblor...

He aquí, pues, que un nuevo tipo de mujer — entre las mil extravagantes creaciones que viven breves horas en el mágico cuadro del escenario — ha venido a renovar en nuestro espíritu una serie de impresiones que iban cayendo en desuso: alegría franca y sana, coquetería plena de ingenio, de picaresca sutileza... Melodía fácil, en la que vibra toda el alma, la gracia y arrogancia de la raza...

La elegante propiedad de todos los detalles, el arte en el decorado, en el colorido general, y hasta en la tonalidad de los trajes, armonizan en un todo con las escenas que evocan el Madrid de ochenta años atrás, cuando en la penumbra misteriosamente azul de una calleja surgen las gráciles y vaporosas siluetas femeninas que se deslizan en las sombras abreviándolas con el claro fulgor de un rayo de luna; «noche de cantares, noche de querellas». El sutil encanto de doña Francisquita nos vuelve a los viejos tiempos, a las impresiones sentimentales... Y ya hay quien asegure que el ritmo cadencioso de su mazurka ha de reemplazar en breve plazo las contorsiones del shimmy o de la machicha... «qui viva verra», y tendremos entonces mucho que agradecer a esa seductora madrileña que vino expresamente a recordar a las hijas de la vieja aldea lo que vale la sugestión del ingenio y de la señorial gracia nativa. No está demás tampoco el demostrar que, de cuando en cuando, nos es dado reir de buena gana, sin que nada pueda herir la delicadeza o el recato del público femenino...

Pero ya que es tema de rigurosa actualidad — merced a doña Francisquita — el hablar de sentimentalismo y coquetería, tema que puede hacernos olvidar por el momento la inquietante expectativa en que vivimos, he de anotar para ustedes, lectoras amigas, algunas de las siluetas que el comentario une con decidida indiscreción. Alguna vez he insinuado, en estas crónicas mías, y como interesantísima primicia, la mutua inclinación entre una menuda y frágil figurita femenina, llena de inteligencia y atractivo, cuyo nombre ha sido popularizado por una novela inglesa muy difundida, de apellido compuesto, siendo el primero de origen tucumano, con el arrogante y apuesto admirador que lleva el mismo nombre del Arcángel vencedor del dragón legendario; su apellido, que ilustró un general argentino, evoca toda una tradición de abolengo e hidalguía; alto, rubio y buen mozo, es el menor entre los representantes de su histórico apellido, y ha conquistado el mismo título que lleva el jefe de su hogar. Con él ha de colaborar íntimamente, formando parte de un *estudio* cuyo prestigio y respetabilidad han sido consagrados por la sociedad argentina. Parece que la mencionada primicia se anunciará muy pronto como compromiso oficial...

Luego se menciona a la linda figura femenina que lleva por nombre el de una alteza real muy amada y respetada en nuestra patria; en su hogar supieron unirse — tal como en los cuentos de hadas — el talento y la belleza. Su apellido es respetado, no sólo entre nosotros, sino en el extranjero, como el de uno de los más eminentes embajadores de la Argentina. Lleva él dos apellidos de gran prestigio en nuestra aristocracia y el mismo nombre de un gran estadista cuya vida se extinguiera no ha mucho tiempo cuando cumplía una noble misión intelectual en el extranjero...

Se asegura después que muy pronto ha de anunciarse el compromiso oficial de una encantadora jovencita cuyo nombre evoca, como una nueva primavera, la gracia y atractivo heredados, cual valiosa dote, de su ascendencia materna, y responde al más dulce y puro de los nombres... Su tipo castaño, su expresión sumamente juvenil, han cautivado al simpático admirador que lleva el apellido compuesto que une a prestigiosa familia mendocina con la de ilustre cepa porteña, y su nombre es proverbial en los anales de la historia de Francia, nombre que, a pesar del derrumbe de la monarquía, perdura aún en el cuño de su moneda más valiosa; pero predomina siempre, sobre la honrosa tradición del nombre, el apodo cariñosamente familiar con que sus amigos lo designan: *el cuarto gatito*... ¿Será, tal vez, por el verdoso fulgor de su mirada?

Pero dentro del cuadro romántico suele vibrar también alguna nota de amargura. *El que espera desespera*, dice el refrán... y mientras aquí esperaba a la que consideró como su sueño un confiadísimo galán, allí, en la brillantísima vida que llevan nuestras compatriotas en el extranjero, la gentil figurita, deliciosamente coqueta, parece que ha cambiado de opinión, y que a su regreso formalizará su compromiso con el segundo galán, infatigable viajero porteño, cuyo suntuoso y elegante palacio se levanta en la Avenida Alvear, dominando los jardines del Paseo de la Recoleta.

LA DAMA DUENDE

Buenos Aires, mayo 5, 1924.

(1) P. de Ayala; crónica enviada desde Madrid, sobre doña Francisquita.

Perspectiva Otoñal

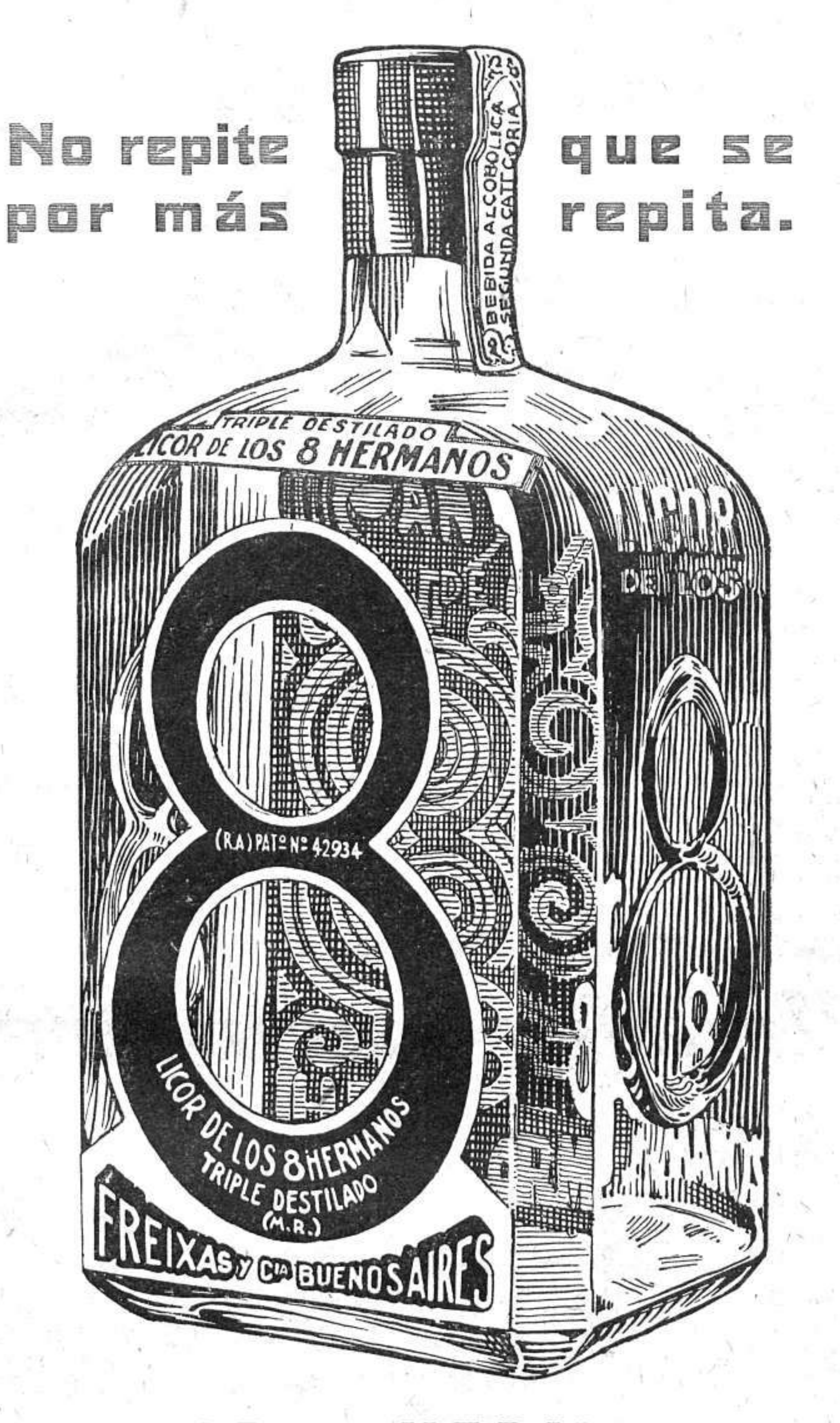
Vienen del otoño los felices días
de sutiles fríos y de sol de rosas;
se verán fingiendo truncas mariposas
descender las hojas como fantasías...

En las tardes lentas, con las cosas mías,
bajo sus propicias horas voluptuosas,
rondaré embriagándome de las otras cosas
que el otoño baña de melancolía...

De un parque en un banco que un rincón ofrece
donde Febo un rayo aúreo desvanece
beberé la tarde que se va tranquila.

Hasta tanto el frío que recién se advierte
me hiera las carnes, mi instinto despierte,
y anuble la noche mi incierta pupila...

RAFAEL R. PIGNATARO


No repite por más que se repita.
BEBIDA ALCOHOLICA
SEGUNDA CATEGORIA
TRIPLE DESTILADO
LICOR DE LOS 8 HERMANOS
LICOR DE LOS
8
(R.A) PAT.º Nº 42934
LICOR DE LOS 8 HERMANOS
TRIPLE DESTILADO
(M.R.)
FREIXAS y Cía BUENOS AIRES

De Ramos Mejía



Cabecera de la mesa en el banquete que caracterizados vecinos de esta localidad ofrecieron al señor Nicolás Broncini, en demostración de las simpatías que ha sabido granjearse por su actuación comercial.

ESCANDALOSOS "AFFAIRES" PERIODÍSTICOS EN FRANCIA

«L'Humanité», periódico comunista de París fundado por aquel gran tribuno que se llamó Jean Jaurés y que fué la primera víctima de la guerra, ha empezado a publicar una serie de documentos provinientes de los archivos imperiales de San Petersburgo y Moscú, en los cuales se prueba de la manera más irrefutable que «ningún gran periódico francés de París» deja de alquilar sus columnas para defender causas, negocios o personas capaces de pagar buenas sumas por cada columna de prosa tendenciosa. «Le Matin», que es el que aparece como lo peor de lo peor, con nombres y apellidos de redactores y propietarios, con pelos y señales sobre cada «affaire», intenta un proceso contra el diario soviético y lo demanda por daños y perjuicios, exigiéndole 500.000 francos. El demandado a guisa de respuesta, empapela la ciudad de París y seguramente también las de provincias, con carteles que prometen para muy pronto «sensacionales y vergonzosas revelaciones sobre el periodismo burgués». Los grandes periódicos han formado la conjura del silencio en torno a este escándalo formidable, y las «revelaciones» de «L'Humanité» sólo encuentran eco en los neo-republicanos, que intentan resucitar el primitivo espíritu de la revolución francesa. Si el proceso intentado por «Le Matín» a «L'Humanité» sigue su curso, el mundo periodístico va a tener ocasión de ponerse al corriente del más grande escándalo de corrupción y de vergüenza que hayan visto los tiempos modernos. El pueblo francés se ha puesto de parte de «L'Humanité» y en pocos días ha descendido de una manera considerable la popularidad de los periódicos acusados de venalidad. Los documentos rusos son tan claros y terminantes, que los tribunales se verán precisados a reconocer su valor, contra toda la presión que puedan ejercer los periódicos acusados.



SARMIENTO
ESQ. MAIPU
BUENOS AIRES

Casa importadora de armas, municiones y cuchillería.

LA CASA
MAS ANTIGUA EN
EL PAIS

FUNDADA EN 1857

Revólver **SMITH WESSON** Militar, calibre 38, de 6 tiros, caño de 4 pulgadas,

$ 92.-

Pistola MAUSER
Ultimo MODELO, de bolsillo, repetición automática, de 8 tiros.
Calibre 7.65 pesos...... **37.-**

Ofertas excepcionales

ESCOPETA fuego central, de 2 tiros, calibre 16, con cuatro cierres, caño izquierdo choke, fabricada especialmente para la caza, con caño de Acero Especial. Arma recomendada, a $ **85.-**

Cartuchos cargados con pólvora sin humo, calibre 16, con munición templada. El ciento.................................. $ **13.-**

Estamos en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia

VISITEN EL NUEVO LOCAL

SE REMITE A CUALQUIER PUNTO DEL INTERIOR. — EMBALAJE GRATIS



Comisión organizadora y jóvenes aficionados que tomaron parte en el interesante Torneo de Box realizado últimamente, entre destacados elementos del Ferrocarril Central Argentino de Buenos Aires y del Ferrocarril Pacífico de esta localidad.

EL ORGULLO DE LA IMPOTENCIA

Tu cerebro canaliza la inteligencia universal; la limita, la condiciona.

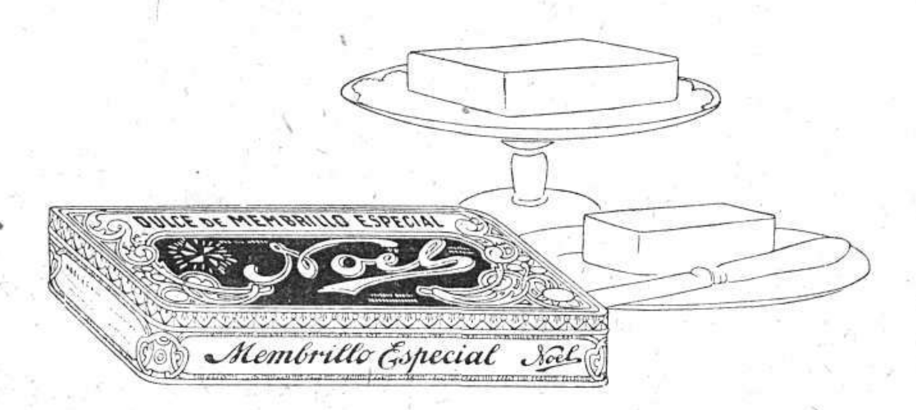
Cuanto más inteligente eres, más condicionas y fisonomizas, y por lo tanto limitas más ese espíritu, esa conciencia informe del universo.

¿Por qué enorgullecerte, pues, de tu inteligencia? Te imaginas un estanque, una alberca, que recibiendo un poco de agua del océano dijese: «Yo vuelvo al mar ovalado, yo le doy una profundidad de diez metros; yo le quito su flujo y reflujo. Gracias a mí refleja los árboles del paseo cercano...»

Pues análogamente pensaría un cerebro orgulloso, y su vanidad sería tan absurda como la de la alberca.

«La inteligencia, dice el profesor Claparede, no aparece sino como un «peor es nada», como un instrumento que traiciona la inadaptación del organismo al medio que lo rodea, como una técnica que revela un estado de impotencia.»

Enorgullecernos de nuestro talento es, pues, en suma, enorgullecernos de una impotencia, de una limitación. — Amado Nervo.



Señora: fíjese en esto

Cuando desee obtener el postre tradicional argentino, pida Dulce de Membrillo Especial Noël, en latas de 1 kilo. Si sólo pide dulce de membrillo, le darán un trozo de un dulce que no sabe Vd. quién lo hizo, ni cuándo, y que ha estado expuesto al aire y a la tierra durante un tiempo también ignorado. Compre

Dulce de Membrillo Especial Noël, en latas de 1 kilo

y tendrá un dulce exquisito, elaborado al estilo familiar, con fruta de la última cosecha y envasado en latas de cierre perfecto que aseguran la higiene y conservación del artículo.

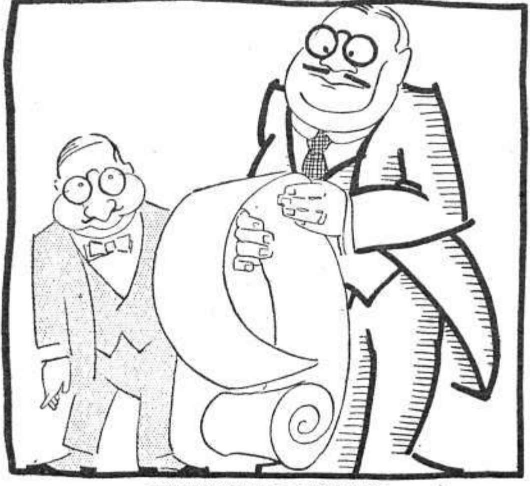
Pídaselo Vd. a su proveedor y fíjese que la lata lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.



DICHO Y HECHO, POR MACAYA



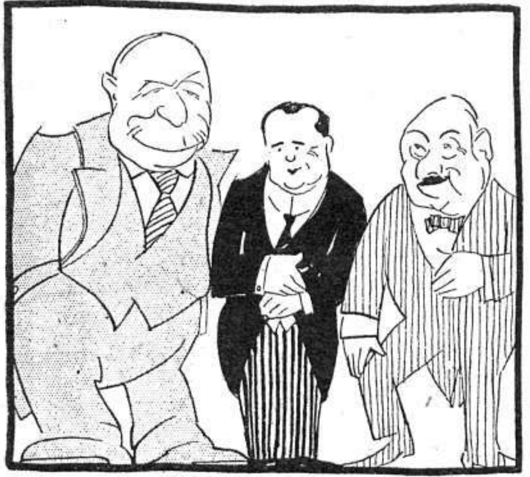
ESFUERZO SOBREHUMANO

Cantilo. — ¡Por fin descanso! He dicho en el mensaje todo lo que tenía que decir.
Gallo. — ¿Y qué tenía que decir?
Cantilo. — Nada.



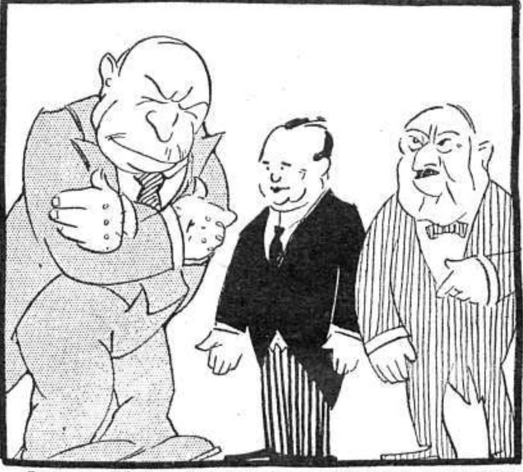
AGASAJOS A LE BRETON
(Carta a un amigo.)

— ¡Qué éxito he tenido! ¡Hasta me han regalado un queso con dedicatoria! En cuanto regrese a Buenos Aires publicaré un folleto conmemorativo.

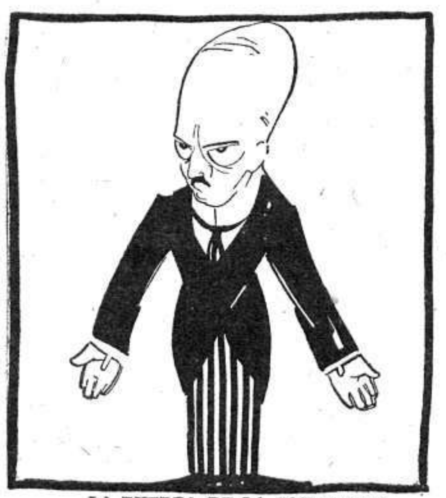


CARTERAS RODANTES

Loza. — Mi viaje ha sido un triunfo.
Sagarna. — El mío ha sido otro triunfo.
Gallardo. — El mío ha sido un convoy de triunfos.



Loza. — ¡Lástima que a nuestro colega no le hayan hecho justicia como a nosotros!
Sagarna. — ¿Qué quiere usted decir?
Gallardo. — ¿De qué injusticia se trata?
Loza. — ¿No es verdaderamente inconcebible que a Le Breton no le hayan premiado en el Concurso municipal por su traducción de Virgilio, que merecía el primer premio?



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Roca. — Hace dos años que me están amenazando con la intervención. Ya no me asusta absolutamente la noticia. Cuando gritan: — ¡Qué lo intervienen! — no se me pasa ni siquiera el hipo.



SE ROMPE PERO NO SE DUEBLA

Elpidio. — ¡El Senado soy yo! Les voy a hacer ver a los senadores que soy más gaucho que Luis XIV.

J U S T O   H O M E N A J E

El motivo de nuestra crónica no es la nota saliente, más o menos verídica, que dé margen al sabroso comentario que aleja durante unos minutos el tedio de nuestra vida. Es un justo tributo rendido a la actividad, a la inteligencia, a la energía triunfadoras, que será lección y estímulo para los espíritus fuertes.

Un establecimiento mercantil, Montemayor y Cía., celebra su Cincuentenario. Ante la noticia escueta, el escéptico se encogerá de hombros. Y, sin embargo, pocos temas habrá tan merecedores de un profundo estudio.

¡Cincuenta años! Es decir, cuando nuestros «pioners» aun tenían que sostener épicas luchas con las tribus salvajes que poblaban los dilatados y feraces territorios de nuestra república, la firma iniciadora ya surtía a los héroes ignorados que se aventuraban a la conquista de la tierra para fecundarla con su sudor, y si era preciso regarla con su sangre generosa.

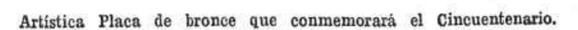
¡Cincuenta años! Quizá no signifiquen gran cosa en la vida de los antiguos pueblos del viejo continente, pero entre nosotros, esa época representa la etapa desde el nacimiento hasta el maravilloso progreso actual.

En ese corto período ha tenido que ganarse la ventaja de siglos, que sobre nosotros llevaban los pueblos civilizados, teniendo hoy a nuestro favor no cargar sobre nuestros hombros viejas e inútiles rutinas y rancias tradiciones enemigas de todo progreso.

¿Cómo no sentirnos satisfechos y confiar plenamente en el porvenir?

He aquí por qué la casa Montemayor y Cía., tan identificada con las principales fuentes de nuestra riqueza, viene a ser un símbolo esplendente de nuestro prodigioso desenvolvimiento.





Artística Placa de bronce que conmemorará el Cincuentenario.

El día 18 de mayo de 1874, se estableció una pequeña ferretería en el número 1360 — numeración antigua — de la calle Rivadavia. Es de sentir no poseer un grabado de aquella época, para establecer gráficamente la comparación con el soberbio edificio actual.

Su fundador, don Domingo Elizondo, mereció de un maestro de periodistas, don Francisco Grandmontagne, frases como las siguientes:

« Voy a contaros la vida de un hombre, digno, por « su energía formidable, de ser narrada por la pluma « de Plutarco.

« El año 1866 salía de una insignificante aldehuela, « perdida en los inmensos bosques del Iratí, un mucha« cho navarro, fibroso y ágil, como todos los vascos « nacidos en las cumbres.

« El joven emigrante, no tenía, como la mayoría de « sus coterráneos de ambas vertientes del Pirineo, espí« ritu pastoril; el suyo era más complejo; tendía a los « afanes del comercio y, sobre todo a las complicadas « actividades de la industria, donde se revelan los espí« ritus verdaderamente creadores.

« Un espíritu tan recio y varonil no podía avenirse a « la vida sedentaria del mostrador, vendiendo guantes « y puntillas a las damas, en la atmósfera enervante de « las tiendas de lujo. Entró en el comercio de hierro. « Durante varios años rodó por las ferreterías, entre « rollos de alambres, clavos, tornillos, maquinarias agrí« colas, cerrajes, baterías de cocina. Desde los puestos « más humildes, a fuerza de ahincada constancia, ascen« dió a los primeros. Por último llegó a patrón; fundó « una ferretería en el Once — 18 de mayo de 1874, — « que entonces debía llamarse aún, plaza de Miserere. « Siguiendo el progreso del país su rápida evolución « agrícola, que exigía abundante maquinarias de la« branza, la ferretería del navarro de Iratí alcanzó « gran desarrollo manteniendo hoy el auge que, al imitar « su ejemplo laborioso, han sabido darle, en el curso de « media centuria, sus sucesores».

(«La Prensa», viernes 6 de enero de 1922).

La vida intensa, de dedicación absoluta, le obligó a retirarse aun joven de los negocios; pero su espíritu de empresa, su actividad, su noble entusiasmo, echaron hondas raíces en el espíritu de sus sucesores.

La concepción de una empresa de tan magnas proporciones, es de un mérito extraordinario y requiere una capacidad organizadora que rara vez se encuentra en los distintos órdenes de la actividad humana.

Es una vigorosa planta, con ramificaciones en todos los centros productores del mundo, que absorbe rápidamente cuanto de más perfecto y eficiente se produce para hacerlo fructificar en nuestras pampas.

En relación directa con el establecimiento bonaerense, funciona la casa de compras en París, la que a su vez lo está con las oficinas informadoras, dirigidas por técnicos especialistas, establecidas en Nueva York, Birminghan y Düsseldorf.

Toda necesidad aquí sentida se trasmite cablegráficamente a París, quien lo hace a las distintas oficinas; toda innovación, todo descubrimiento, toda perfección conseguida en un centro productor, afluye a la casa francesa que lo transmite a ésta sin demora. He aquí porqué en breves horas hace sus compras, directamente y con las mayores ventajas.

Y esa es también la razón de su asombroso progreso, de su indiscutible supremacía en nuestro mercado, pese a todas las competencias que separadamente pueden entablarle aun los representantes directos de los distintos centros siderúrgicos.

Si algún día se escribiera la historia del comercio moderno, la casa Montemayor y Cía., llenaría una de sus páginas más brillantes, ya que en la transformación prodigiosa de nuestros campos, nadie contribuyó con un espíritu más amplio, con entusiasmo más noble, con ideales más elevados.

Y en el champán de honor con que el sábado 17 del actual piensan celebrar el cincuentenario, al que galantemente han sido invitadas todas sus relaciones, la prensa y numerosos clientes, al levantar las copas por la prosperidad de la casa, el espíritu de otros hombres que todo lo dieron por la grandeza de la Argentina se sentirá orgulloso y satisfecho viendo recompensados sus esfuerzos en favor del ideal a que sacrificaron todos los momentos de su vida.

¡Así se hace *Patria*!


Banda de música organizada por los vecinos del pueblo bajo la dirección del maestro Soria.

LA POLICÍA Y LOS ACCIDENTES AUTOMOVILISTAS

Si no se encuentra pronto el remedio, dentro de algunos meses no quedará en París un solo agente de policía. Los agentes de policía van desapareciendo uno tras otro porque, también uno tras otro van siendo víctimas de las embestidas automovilísticas. Esta mortandad ocurre especialmente de noche. Por turno, los agentes tienen la orden de prestar servicio en los cruces, permaneciendo largas horas en medio de la calle para regular la circulación de los vehículos, precisamente como hacen de día. Pero, he ahí lo que ocurre. La mayor parte de los cruces están mal iluminados; los vigilantes de policía llevan uniforme casi negro. Los automóviles van bebiendo kilómetros. En estos últimos meses algunas docenas de agentes han perecido así, víctimas de su deber. Y la prefectura de Policía se ha alarmado extraordinariamente. Varios periódicos han lanzado el grito. Uno aconsejó que se proveyera a los agentes de una lamparita eléctrica de bolsillo; otro, que se colgaran sobre la espalda y el pecho de cada agente dos linternas rojas. Pero la idea más original la tuvo un redactor de «La Presse». Este ha sugerido que se ponga en cada cruce un fanal verde con esta inscripción: «Sed prudentes con los agentes de policía».

Semana de Exposición de Productos Ford

19 al 26 de Mayo

Durante la semana comprendida entre el lunes 19 y lunes 26 del corriente, inclusive, todos nuestros agentes han resuelto celebrar la Semana de "Exposición de Productos Ford", con el objeto de brindar a Ud. la oportunidad de examinar detenida y cómodamente los nuevos modelos que se pondrán en exhibición.

Por tal motivo, la Ford Motor Company se complace en invitar cordialmente a Ud. y relaciones a visitar la Agencia Ford más cercana durante los días indicados.

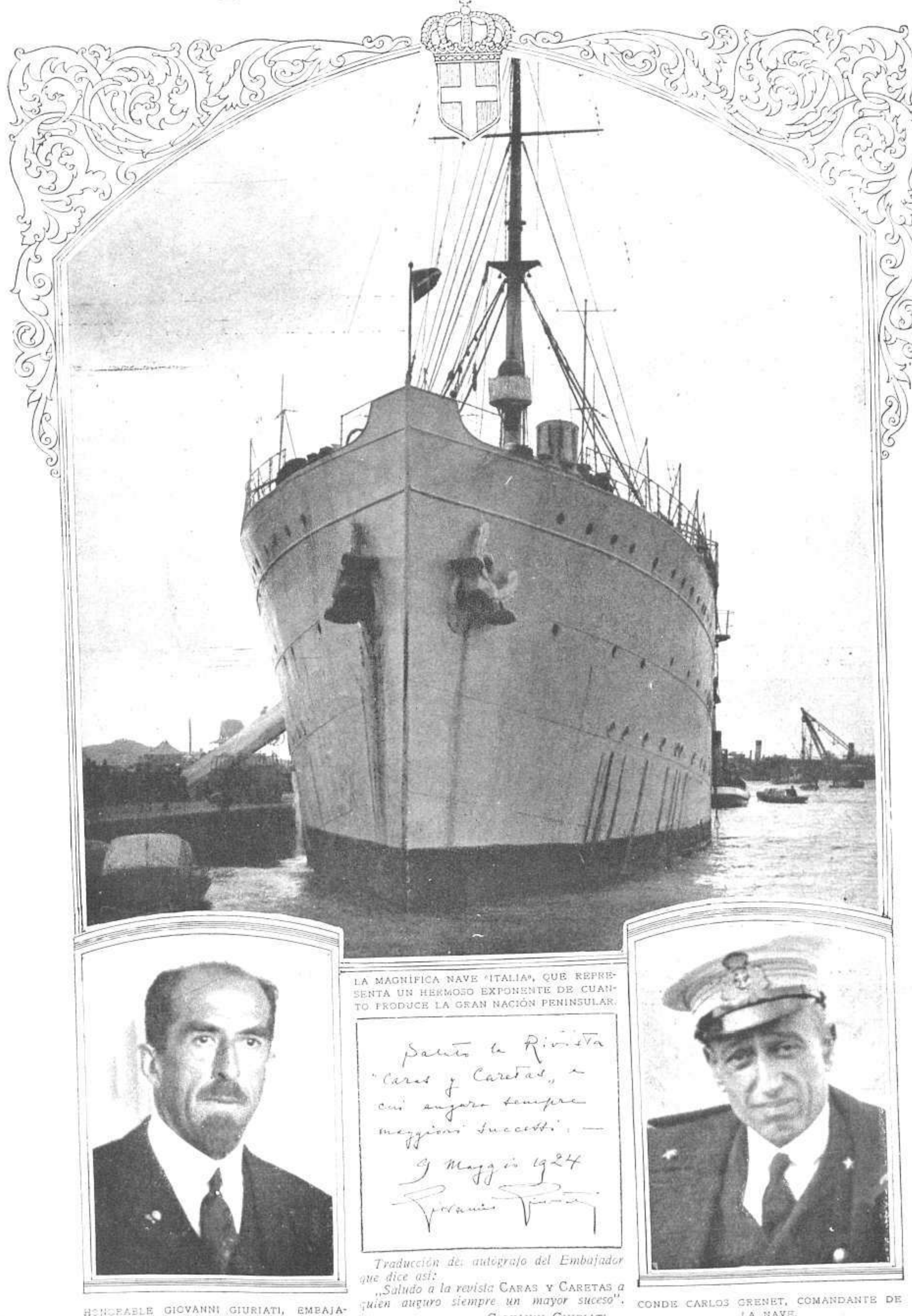



CINZANO
VERMOUTH
Fabricado por
"FRANCESCO CINZANO & Cia"
en Buenos Aires
UNICOS CONCESIONARIOS PARA LAS REPUBLICAS
ARGENTINA URUGUAY & PARAGUAY
VERMOUTH
FRANCESCO CINZANO
E COMP.
TORINO

Bs. AIRES 17 DE MAYO 1924.

CARAS Y CARETAS

AÑO XXVII N.° 1337



LA MAGNÍFICA NAVE "ITALIA", QUE REPRESENTA UN HERMOSO EXPONENTE DE CUANTO PRODUCE LA GRAN NACIÓN PENINSULAR.

Traducción del autógrafo del Embajador que dice así:
„Saludo a la revista CARAS Y CARETAS *a quien auguro siempre un mayor suceso".*
GIOVANNI GIURIATI.

HONORABLE GIOVANNI GIURIATI, EMBAJADOR EXTRAORDINARIO.

CONDE CARLOS GRENET, COMANDANTE DE LA NAVE.

LA EMBAJADA ITALIANA

UNA MISION DE CONFRATERNIDAD Y DE



LA PRINCESA ALLIATA, ESPOSA DEL MINISTRO ITALIANO EN MONTEVIDEO, CONVERSANDO CON EL EMBAJADOR GIURIATI.



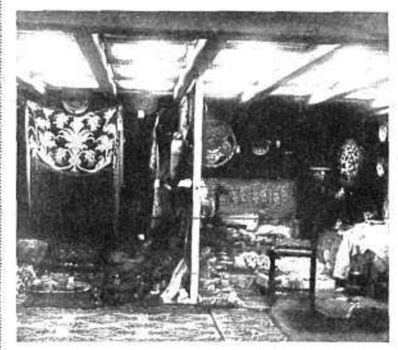
OFICIALIDAD DEL NAVÍO-EXPOSICIÓN ENVIADO POR EL GOBIERNO D. ITALIA EN JIRA POR LA AMÉRICA DEL SUR.



CAPITÁN DE FRAGATA ROBERTO SOLDATTI, SEGUNDO COMANDANTE.



CAPITÁN DE CORBETA, FRANCISCO QUENTIN, TERCER COMANDANTE.









CERÁMICA Y TAPICES DE DIVERSAS PROVINCIAS. — CRISTALERÍA Y ENCAJES DE VENECIA. — MÁRMOLES DE DISTINTOS COLORES Y CLASES. — SECCIÓN DE LIBRERÍA.



EL NOTABLE PIANISTA BUFFALETTI UNO DE LOS REPRESENTANTES DE LA MÚSICA ITALIANA.



FIGURAS ESCULTÓRICAS DE MÁRMOL Y BRONCE QUE ADORNAN UNA DE LAS CUBIERTAS DE LA NAVE CUYA MISIÓN DE PAZ Y DE PROGRESO SIGNIFICA UN ESPLÉNDIDO ALARDE QUE HONRA SOBREMANERA AL PRODUCTOR E INDUSTRIOSO REINO QUE LA ENVÍA EN GENTIL VISITA POR SUDAMÉRICA.

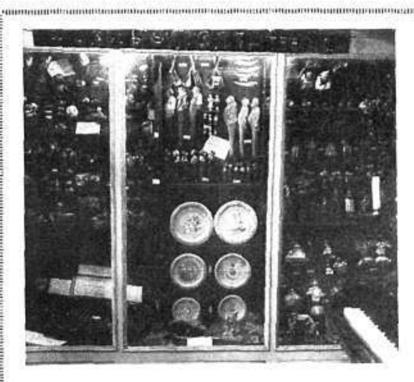
PROGRESO A BORDO DE LA NAVE "ITALIA"

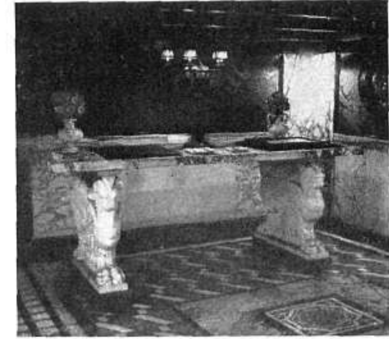


RECEPCIÓN OFICIAL EN EL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES EN HONOR DE LOS ILUSTRES HUÉSPEDES. EL EMBAJADOR Y SU COMITIVA CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y SUS MINISTROS.



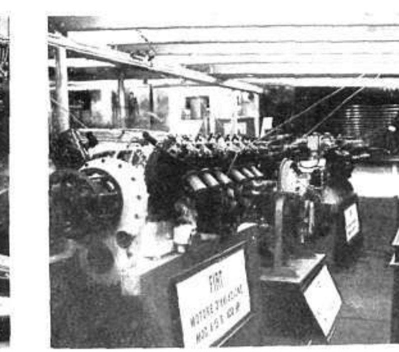
MONSEÑOR EMILIO LOMBARDI, ALTO MIEMBRO DEL CLERO ITALIANO QUE VIAJA EN LA NAVE.







CORONEL INVERNIZZI, JEFE DE LA MISÓN MILITAR DEL CRUCERO.





ARTÍCULOS EN MADERA TRABAJADA A MANO. — MÁRMOLES REPUJADOS Y HIERROS FORJADOS. — INDUSTRIA AUTOMOBILÍSTICA Y MATERIAL BÉLICO.



TENIENTE CORONEL VINCENZO JANNI, 2.º JEFE DE LA MISIÓN MILITAR.

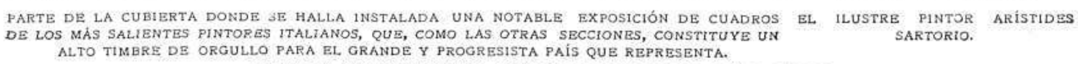


PARTE DE LA CUBIERTA DONDE SE HALLA INSTALADA UNA NOTABLE EXPOSICIÓN DE CUADROS DE LOS MÁS SALIENTES PINTORES ITALIANOS, QUE, COMO LAS OTRAS SECCIONES, CONSTITUYE UN ALTO TIMBRE DE ORGULLO PARA EL GRANDE Y PROGRESISTA PAÍS QUE REPRESENTA.



EL ILUSTRE PINTOR ARÍSTIDES SARTORIO.

FOTOS DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL EN MONTEVIDEO, SEÑOR VARGAS

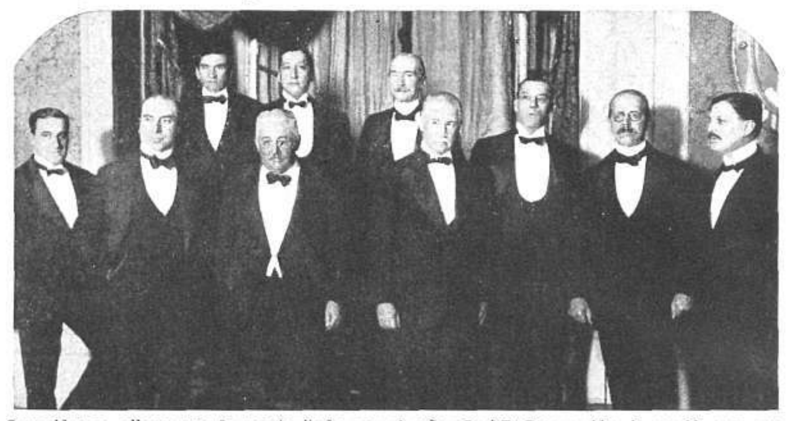


Dr. Baltazar C. Branca



Nombrado recientemente, por el Poder Ejecutivo, Inspector de Odontología del Departamento Nacional de Higiene, en la reorganización respectiva llevada a cabo por su presidente el doctor Gregorio Aráoz Alfaro.

Banquete ofrecido por el director de "El Orden" de Tucumán



Conocidos ca alleros que fueron invitados por el señor José R. Rosenvald a la comida con que fué celebrada la inauguración de la agencia que el difundido olega acaba de establecer en esta capital.

Homenaje al Ingeniero Jorge Duclout



El ilustre ingeni ro en medio del doctor José Arce y del señor Leopoldo Lugones, asistiendo a la respetuosa y conmovedora ceremonia organizada en su honor por el Centro de Estudiantes de Ingeniería para celebrar su medio siglo de ejemplar labor científica.

Recepción oficial al nuevo Ministro del Perú



Don Manuel Freyre Santander, nuevo representante diplomático de la república hermana, dirigiéndose a la Casa de Gobierno acompañado por el Introductor de Embajadores.

"El Día del Libro"



El Ministro de Instrucción Pública rodeado de las ex-alumnas de la Asociación de la Escuela Normal N.º 4 y al lado del actor Enrique Borrás, que prestó su concurso artístico al festival efectuado en el citado establecimiento.

Sr. Julio Maquieira



Conocido y prestigioso miembro de la colectividad española, presidente de la Asociación E. de Socorros Mutuos y persona vastamente relacionada en nuestra sociedad; su inesperado fallecimien-

En la Sociedad Rural Argentina



Concurrentes al homenaje tributado a la memoria de los señores Manuel José Cobo y José M. Malbrán, cuya obra en pos del desarrollo de las riquezas agropecuarias nacionales fué puesta de relieve por el señor Pérez y el ingeniero Pagés respectivamente, bautizándose con sus nombres dos dependencias de la caracterizada institución.

En el Tennis Club



Distinguidas familias que asistieron a la Gran Soireé de Gala que se realizó con gran lucimiento en los salones de la acreditada agrupación deportiva, constituyendo una brillante nota social, primera de la temporada.

Sr. A. Castiñeiras



Que mereció el 2.° premio en el Concurso Literario Municipal por su libro "El alma de Rusia", siendo adjudicado el 1.° a la obra "Del libre albedrío", de cuyo autor — A. Capdevila — damos el retrato en otro lugar, y obtenido el tercer honor Elías Castelnuovo con su volumen "Tinieblas".

Mitin patronal contra la Ley de Jubilaciones



Numerosa concurrencia congregada en la Plaza de Colón, escuchando a los oradores que hablaron para impugnar la discutidísima ley, cuya aplicación ha dado origen a diversos conflictos en el país.



El doctor Joaquín S. de Anchorena dando cuenta a los patronos de su entrevista con el Presidente de la República y aconsejándoles la vuelta a la normalidad.

En memoria de la señora Helena Larroque de Roffo



Los Ministros del Interior y de Instrucción Pública y personalidades que se adhirieron al imponente tributo dedicado a la memoria de la abnegada y culta dama en el Instituto de Medicina Experimental donde se colocó una placa con su nombre en el pabellón de dispensarios y servicios clínicos.

Sr. Eugenio Albani



Miembro conspicuo del partido socialista, que acababa de ser elegido diputado nacional, su deceso ha causado dolorosa impresión entre sus amigos y partidarios conocedores de su laboriosidad y cultura

INCIDENTES ORIGINADOS POR LA HUELGA GENERAL





Huelguistas detenidos por la Policía en la Plaza Once, por haberse resistido a cumplir las órdenes impartidas por la autoridad.



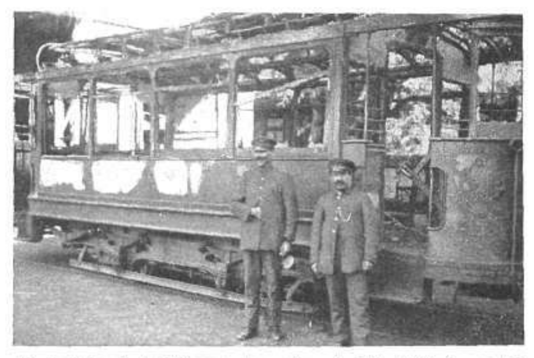
Guarda Luis Malavaba, herido por la bomba que explotó en un coche del Ferrocarril del Sur.



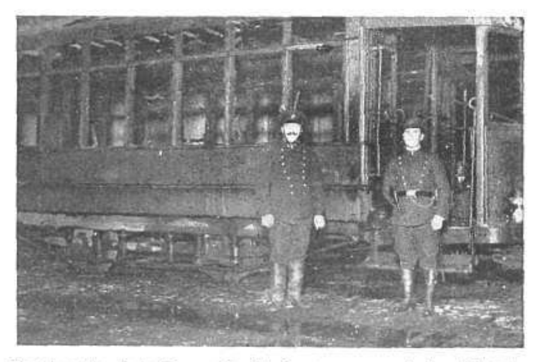
Empleados de investigaciones a la puerta de la Bolsa de Trabajo después de haber clausurado dicho local donde los huelguistas pretendían celebrar un mitin sin el permiso correspondiente.



Agente Antonio Pérez, que con riesgo de su vida apagó la mecha de una bomba colocada en un tranvía.



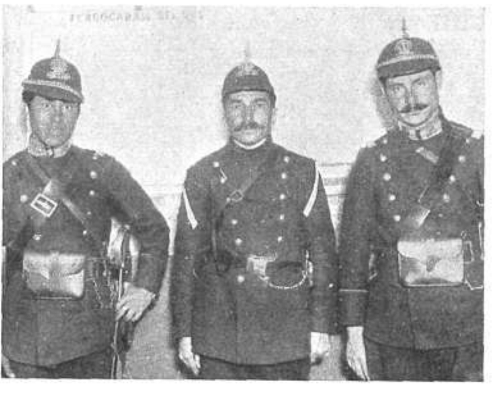
Un tranvía de la Hispano Argentina de Electricidad que fué asaltado e incendiado en Avellaneda por un grupo de agitadores que luego se dieron a la fuga.



Otro tranvía de la Compañía del Puerto que, en la localidad de Avellaneda, fué asaltado y medio quemado con nafta por una turba de malhechores.



José Venz, herido de bala en la pierna y brazo derechos a consecuencia de la refriega.



El sargento Samuel J. Lires y los agentes Dardo Montenegro y E. Araya, que le secundaron en el tiroteo sostenido en una reunión de afiliados de la Federación obrera de la provincia, algunos de cuyos oradores insultaron a la Policía.



Manuel Rey, herido de un balazo en el turbulento mitin celebrado en Avellaneda.

CRONICA POLICIAL

Inaudito asesinato de un pequeño colegial



El asesino José Montero conducido por empleados de investigaciones, en el departamento de Policía.



El niño de 11 años Luis Brioschi, la víctima del infame crimen, fotografiado con sus tres hermanitas.

Un degenerado, de instintos pervertidos, premeditadamente compra un cuchillo y va en busca de un amiguito cuya buena voluntad se captara durante meses de trato, y al verlo bajarse de un tranvía le llama y le requiere para que le acompañara a su casa, obteniendo una negativa, y entonces, al llegar ambos a la calle de Dorrego, el incalificable asesino le dió una trompada y luego le retorció con violencia un brazo, tirándole sobre el suelo mientras que, sacando el arma, le hundía la hoja en el corazón; y *como el pobrecito herido tratara de defenderse, dándole una* patada, el criminal le asestó otra puñalada en tanto que la víctima, ya en trance agónico, suplicaba: «bueno, no me pegués más, que ya me has matado». Acto seguido el bárbaro matador emprendió la fuga y llegó hasta la estación de los Cardales, donde fué detenido por un vigilante de Capilla del Señor.

Crimen por 5 centavos



Francisco Téramo, el muerto.

A consecuencia de una acalorada discusión en que un guarda de los Tranvías Eléctricos del Sur reclamaba una insignificante diferencia en la compra de un kilo de uvas, el menor que atendía el negocio de su padre, establecido en la feria franca de las calles de Iriarte y San Antonio, le dió un puñetazo, recibiendo de su contrario un balazo en el pecho, entablándose una lucha cuerpo a cuerpo en que ambos rodaron por el suelo, e interviniendo el padre del muchacho, quien aplicó al guarda un fuerte golpe en la cabeza con una pesa, muriendo poco *después su hijo* y siendo él y el reclamante detenidos.



José Téramo, que hirió al matador defendiendo a su hijo.



Wehbe Abraham Jacobo, otomano, herido.

Robos en el Palacio de Justicia



Héctor Alderiú.



Muchos de los objetos sustraídos de diversas oficinas y secretarías del edificio por los tres audaces rateros.

Francisco Abella (a) Lecherito.



Amadeo Alderiú.

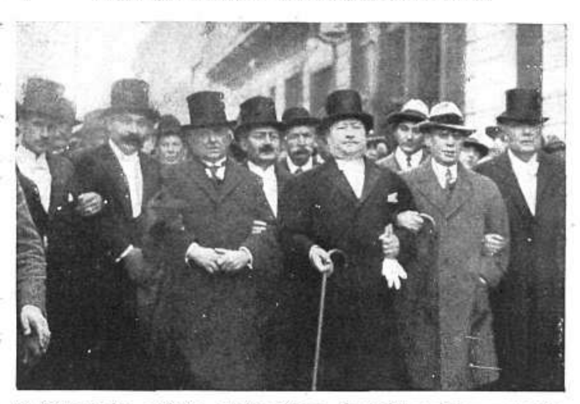
Al cabo de activas pesquisas, la Policía logró detener a los ladrones que, desde hacía algún tiempo, venían cometiendo repetidas sustracciones de objetos y dinero en diversos despachos de los jueces de instrucción situados en el tercer piso del Palacio de Justicia. *Como resultado de tales investigaciones*, se comprobó que un electricista apodado «El Lecherito», que había trabajado en el edificio, se dedicaba a la venta de armas y otros artículos que coincidían con los secuestrados, siendo capturado a los pocos días y también otros dos sujetos que resultaron cómplices como vendedores, hallándose, en los registros hechos en sus domicilios, un número bastante mayor de las prendas robadas que se suponía, según lista, correspondiendo el exceso de las mismas a otras oficinas que aún no habían advertido su desaparición. Los detenidos confesaron plenamente sus raterías.

LA TRANSMISION DEL MANDO EN SANTA FE





! l mandatario entrante con los doctores Antille y Araya y el señor Luis M. Urdaniz, al tomar éstos posesión de los Ministerios de Hacienda Instrucción Pública y Gobierno, respectivamente.



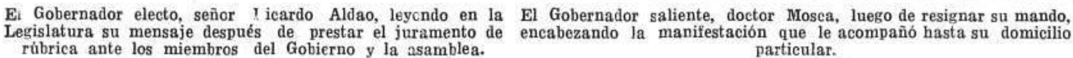
E; Gobernador electo, señor ! icardo Aldao, leyendo en la Legislatura su mensaje después de prestar el juramento de rúbrica ante los miembros del Gobierno y la asamblea.

El Gobernador saliente, doctor Mosca, luego de resignar su mando, encabezando la manifestación que le acompañó hasta su domicilio particular.





Distinguidas señoritas que desde los balcones presenciaron el desfile de la comitiva oficial, arrojando ramos de flores a los nuevos gobernantes.





FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctor EDUARDO DIEZ DE MEDINA

NUEVO MINISTRO DE BOLIVIA

POR ALVAREZ

Si bien el doctor Díez de Medina representará a su patria, mientras dure la ausencia del Ministro Plenipotenciario doctor Eleodoro Villazón, no por ello ha de ser menos brillante y fecunda su actuación. La cordialidad de relaciones entre Bolivia y la Argentina tendrán en el distinguido diplomático un ardiente y eficaz propulsor.



ULTIMOS MODELOS *de la* MODA

HE AQUÍ UN MODELO EN QUE LA ORIGINALIDAD Y LA AUDACIA MODISTERIL SE HAN UNIDO PARA DAR VIDA ELEGANTE A ESTA CREACIÓN, DENTRO DE LA CUAL LAS FORMAS FEMENINAS PARECEN PERDERSE ENVUELTAS EN LA CAPA-VESTIDO DE VELOUR, CON GUARNICIONES DE CASTOR.



FILOSOFICULA

LA TUNICA DE NESO

Es evidente, — dijo el mitógrafo a sus interlocutores, el filósofo y el poeta — es evidente que Deyanira no estuvo enamorada de Hércules. El semidiós, nada joven ya, la hubo de su padre, el rey Eneo de Calidonia, mediante el don del cuerno de la abundancia. ¿Cómo pudo, entonces, Deyanira enfurecerse hasta causarle la muerte por medio de la famosa túnica, cuando supo sus nuevos amores con Yole?

— Por vanidad herida — opinó el filósofo. Si hubiese estado realmente enamorada de él, habría dado muerte a Yole.

— Si hubiese estado realmente enamorada de él — sentenció el poeta — ella misma se habría dado la muerte.

ORFEO Y EURÍDICE

Hallo una contradicción — dijo el filósofo — entre la inexorable ley, conforme a la cual ningún mortal volvía del Hades, y el

retorno de Eurídice, concedido por el dios infernal a Orfeo, cuando éste lo apiadó con la lira.

—Más aún — confirmó el filósofo — si se considera que la ley del Hades no incumbía al dios, sino al destino, cuyo carácter impersonal excluye la compasión.

— El dios fué a la vez piadoso y sutil — enseñó el poeta — y eso se ve en la condición que puso a Orfeo: no volverse para mirar a Eurídice, hasta no haber abandonado el Infierno. Pues hallándose realmente enamorado de ella Orfeo, el dios sabía con seguridad que no resistiría al ansia de verla.

LA DESVENTURA IDEALISTA

Cuando Remy de Gourmont dió su primer paseo por el infierno, en compañía de Abelardo, llamóle la atención una mujer hermosa, seguida por un hombre triste. Tan hermosa y ensimismada, que parecía lejana cual la luna poniente.

— Esa — dijo Abelardo — fué una a quien amó en la tierra cierto poeta famoso, sin ser correspondido. No era linda ni fea, inteligente ni tonta; pero no supo comprender la belleza del alma enamorada. Entonces él, por medio de la poesía que le dedicó, puso en ella toda la belleza de su alma. Y así, además de aquel tesoro inútil, le dió en los tiempos la gloria. El se quedó solamente con el dolor, y cuando no pudo más, se mató por ella.

Ahora, en el Infierno a que los echaron el suicidio y la vanidad, ella, embellecida por la hermosura que él le creó, lo desdeña más, viéndose tan hermosa, y tomando la gloria que la rodea por el esplendor de su propia hermosura.

LA CREACION DE LOS ANGELES

Dos siglos después del Dante, un joven platónico que había muerto en plena adoración de la «Vita Nuova», hallóse con Guido Cavalcanti a la salida del Purgatorio, donde éste acababa de expiar su noble, si bien profano amor por Mandetta la tolosana.

— Señor — le dijo — puesto que para vuestra eterna gloria, merecísteis ser llamado por el Supremo, Doctor en la Ciencia de Amar, el primero de sus amigos, satisfaced, os lo imploro, la única insaciable curiosidad de mi existencia: decidme cómo era Beatriz.

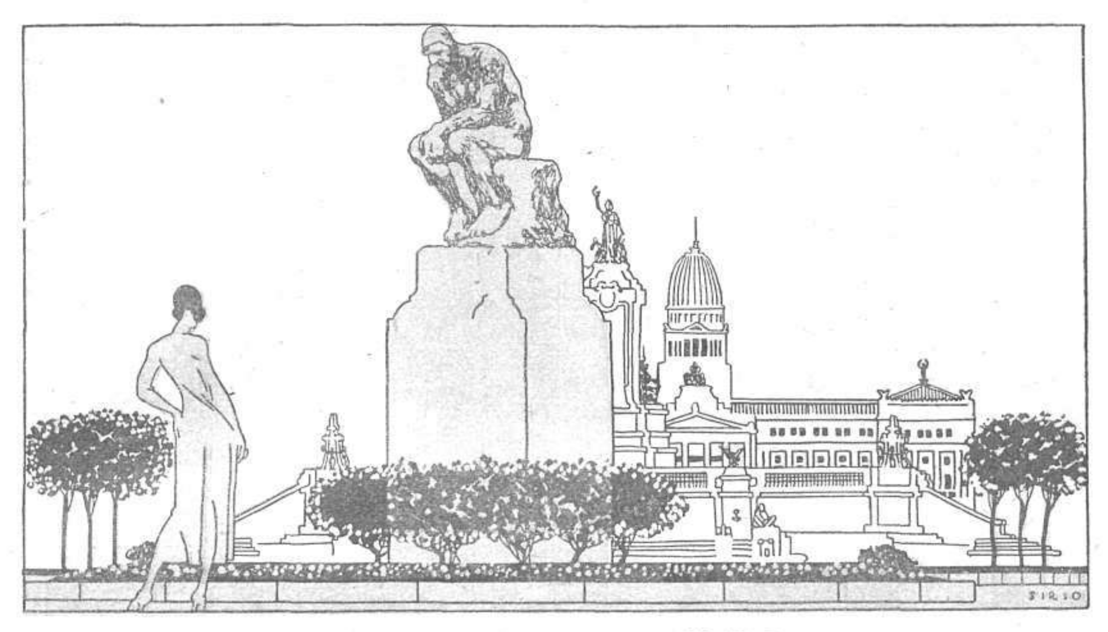
— ¿Beatriz, como ser corporal? ¿La Bice Portinari? Una linda criatura, por cierto; pero no mejor, a fe mía, que otras doncellas de Florencia.

— Figurábamelo así, y esta es la angustia de mi alma. ¿Cómo pudo, entonces, el poeta, ganar el cielo con la mentira de cantarla perfecta?

— ¿Mentira? Lo único falso que había en ella, al ser, por imperfecto, lo perecedero, era aquello que le faltaba para alcanzar la perfección. La verdad es el ángel que Dante inmortalizó en ella.



DIBUJOS DE LARCO



BUENOS AIRES

Buenos Aires amada, ciudad de mis quereres,
Ciudad de mis ensueños, ciudad de mi pasión,
Emporio de mis dichas, mis penas y placeres,
Ciudad donde aún palpita de amor mi corazón.

Amarte fuera poco con toda mi ternura.
Mi vida ante tus aras te diera con ardor.
Como a una amante regia me adhiero a tu dulzura
Formada con las mieles más finas del amor.

Ciudad maravillosa, viviente, bajo un cielo
Tendido como un manto mirífico de azul.
La pampa te vigila con inviolable celo,
El Plata te circunda y ampara como un tul.

Tus calles resplandecen de lujo y alegría.
En ellas se confunden las razas en tropel.
Pulula en tus arterias fecundas la energía;
Te yergues como nueva, fantástica Babel.

Me place inmensamente cruzar tus calles llenas
De vida, trepidantes, con ruidos de volcán,
Mezclarme en el enjambre de tus vastas colmenas,
Sintiendo, conmovido, tu infatigable afán.

Urbe ingente y radiosa, rival de las más bellas
De allende el mar inmenso, hermana de París.
Cual la ciudad latina adoras las doncellas,
Como París cultivas la noble flor de lis.

Buenos Aires amada, ciudad de mis ensueños,
Testigo de mis cuitas y mis ansias sin fin,
Cuna donde estallaron, magníficos, mis sueños,
Sonriente ante mis ojos como un claro jardín.

Jardines prodigiosos tus calles son, amada,
En que vence suprema, unánime, triunfal,
La sin igual belleza de tus mujeres-hada,
Huríes y sirenas de un encanto sensual.

Mujeres de mi tierra, sinuosas, ondulantes,
Deidades peligrosas como filtros de amor,
Hechiceras por quienes se matan los amantes,
Extraños vasos llenos de exquisito licor.

Los hombres que contemplan la lumbre de sus ojos
Perciben su deleite en lo íntimo del ser,
Y sus cabellos negros, radiantes, rubios, rojos,
Le embriagan, cual sus labios de incógnito poder.

Mujeres, otros bardos vendrán, estoy seguro,
Que en verso más vibrante que el mío cantarán
Tu hechizo indefinible, tu acento dulce y puro,
Las gracias que en tu cuerpo rimando siempre están.

Pero ninguno de ellos pondrá tanto ardimiento,
Ni en sus pupilas tanta dulcedumbre de luz
Como este peregrino nostálgico y sediento,
A quien la noche cubre ya un poco en su capuz.

Buenos Aires amada, ciudad de mis quereres,
Ciudad de mis ensueños, ciudad de mi pasión,
Emporio de mis dichas, mis penas y placeres,
Ciudad donde aún palpita de amor mi corazón.

EUGENIO DÍAZ ROMERO

DIBUJO DE SIRIO



VN ODIO BVRGVES

CUÁNDO tendremos siquiera una casa amplia, decente, y no este barracón viejo y destartalado?

Así decía la señora Luisa Moravit a su marido, el buen Eulogio Ansaldo, pacífico ciudadano que llevaba dentro el estoicismo de Zenón de Citio... Era el prototipo del hombre paciente, tranquilo, sin inquietudes espirituales. Llevaba ya veintisiete años de servicios en la administración nacional. En este largo tiempo sólo había faltado unos días a la oficina por causas fortuitas e inevitables. Una vez por el nacimiento de su hijo Leandro y otra cuando cogió un enfriamiento al salir del teatro.

Ganaba a la sazón sus trescientos pesos mensuales. Con el descuento de jubilación daba un neto de doscientos ochenta y cinco pesos, cantidad en extremo reducida para los gastos de una familia de la mesocracia, que se respeta y no quiere descender al trato de los vecinos pobres

Su mujer, la señora Moravit, le ayudaba encarnizadamente para ver de salir a flote, pensando en Leandrito, el chiquitín, que iba haciéndose hombre y ya tenía sus pretensiones.

La señora barría, cocinaba, daba vuelta a la casa de un extremo a otro. Con los trajes viejos de su marido confeccionaba la ropa de Leandrito, que, a la verdad, salía a la calle hecho un figurín. Era una mujer práctica, sin más defecto que un genio un tanto arrebatado y pronto.

A veces solía decirle a su marido:

— Mira, ponte a hacer algo por las mañanas, aprovecha el tiempo... ¡Fíjate en los de Barranza, en tu compadre Jerónimo!

Y uno a uno iba enumerando familias de su relación salidas a flote por un golpe de audacia o de fortuna.

Hasta que un día, estos ejemplos y consejos



fructificaron de pronto y Eulogio se resolvió a invertir sus ahorros, unos quinientos o seiscientos pesos, en la compra a medias con un socio de cierto comercio dedicado al reparto de carbón y de leña.

—¡Pero eso es muy sucio, muy «bajo»! —decía su mujer, desconsolada. — ¡Qué dirán los amigos de Leandrito, su padre carbonero!

Pero Eulogio, por vez primera sintióse inflexible.

— No importa, que digan lo que quieran...

El negocio se hizo y el hombre, desde las seis de la mañana hasta medio día, se hallaba en su sitio, atendiendo y despachando pedidos.

Y en poco tiempo se amoldó tan bien a su situación mixta de empleado público y de carbonero, como se hubiera amoldado el mismo Séneca.

II

Las nuevas actividades de Eulogio fueron motivo de reyertas continuas en su casa.

Su mujer no le perdonaba el haber escogido un negocio tan falto de tono, tan sucio. Esto afrentaba a la familia, impedía que se realizara su anhelo, consistente en disfrutar de buenas amistades, jefes de oficina y reparticiones, caudillos políticos, gente, en fin, que pudiera servir de algo cuando llegara el momento.

Pero, ¿qué diablo iban a conseguir ahora con un prestigio de carboneros y de leñeros?

— Confiesa, hombre de Dios, que has errado el golpe, que has fracasado; — decía Luisa Moravit a su marido — esa es la verdad... ¡Fracasar como un tonto!... ¿Qué importa que a fin de mes ganemos unos pesos?... Perdemos más en reputación, en concepto...

Eulogio trataba de disuadirla. Poníase doctrinario, evangélico, haciendo con frase simple el elogio de la templanza, de la humildad, de la limitación.

¿Qué importaba la opinión ajena? La cosa era vivir con desahogo. Sus buenas razones se estrellaban ante la ruda obstinación de su esposa.

— No, es inútil que te afanes por convencerme. Yo quiero que mi hijo lleve un apellido social... ¿Entiendes?... y no el mote de carbonero...

— ¡Bah!

— Sí, sí, no hay que hacerle; es necesario abandonar ese sucio negocio y mudarnos de casa.

— No, — respondió Eulogio — no transo: es un disparate... La cosa marcha bien, nos da dinero y eso basta. Lo que diga o no diga la gente me importa un comino... ¡Hala!... No hablemos más de eso...

III

Frente a la casa del matrimonio se desocupó un hotelito moderno de dos pisos, con terraza, subsuelo, balcones de estilo, jardín y verja al frente. Era la mejor casa de la cuadra.

— ¿Y si nos mudáramos allí? — insinuó Luisa.

— ¡Allí!... Pero, ¿sabes lo que cuesta?

— ¡Claro!... mucho, mucho...

— Pues nada, setecientos pesos cada treinta días... ¡Una bicoca!

Luisa, asombrada comprendió que era una locura pensar en ello.

A los pocos días vieron llegar unos carros de mudanza atestados de muebles.

— Se muda alguien — atisbó la señora... — ¿Qué familia será?

Dos o tres horas se las pasó a pie firme, en la ventana, curioseando lo que iban sacando de los carros. Eran muebles de estilos, amplias y fastuosas butacas, alfombras, regios cortinados, vitrinas, espejos...

Luisa contemplaba con cierto resquemor envidioso aquel desfile, al tiempo que su imaginación evocaba la imagen de sus modestos mueblecitos comprados a plazos, con la angustia de las interminables mensualidades.

Cuando llegó Eulogio, a la hora del almuerzo, Luisa corrió a darle la noticia:

— ¿Sabes que se ocupó la casa de enfrente?

— Sí, lo sé;... ¿a que no adivinas quién vivirá allí?

— Desde luego, un «ricacho» — contestó Luisa; — han estado entrando muebles toda la mañana... ¡ y qué muebles!

— Pues todo eso es de mi amigo, Moreas... ¿recuerdas?... el que estuvo en mi oficina...

— ¡De Moreas! — gritó la mujer, estupefacta. — ¿Y cómo?

— Ya lo ves... el hombre se retiró de la oficina para hacer su negocio y le ha ido espléndidamente...

— ¿Y en qué?... Supongo que no habrá puesto una casa de banca...

— No mujer, ni cerca; vende materiales usados para construcciones, puertas y ventanas viejas, lo que caiga... ¡Un verdadero pichinchero!... Doña Luisa Moravit se mordió los labios y no repuso. En su interior hervía una cólera sorda, un desprecio formidable por aquellos «arrivistas» que iban ahora, por obra de la casualidad, a desplegar frente a sus ojos las muelles comodidades que proporciona el dinero.

— ¡Qué imbéciles; estarán llenos de humo! — se atrevió a exclamar la señora. — ¡Como si los viera!

Y al tiempo que sumergía el cucharón en la sopa rebosante, añadió decidida:

— Te advierto que yo no he de saludarlos la primera. Si quieren amistad que nos ofrezcan la casa... Al fin, no son más que una porquería con plata.

Calló, hostigada por el silencio de su marido. Eulogio aparentó olvidar aquello y se puso a bromear con Leandrito.

Después del almuerzo, mientras su mujer le alisaba un pañuelo en un ángulo de la mesa, refunfuñando porque la plancha apenas se había entibiado, Eulogio se asomó a la puerta de calle.

Aun bajaban muebles de los carros. Sin duda, alguna ese Moreas tenía ya su posición hecha.

— ¡Buen muchacho; se lo merecía! — pensaba Eulogio. En eso llegó su mujer, con el pañuelo alisado, todavía húmedo.

— Toma, vete en seguida — exclamó, no vaya a ser que llegues tarde a la oficina...

Y aludiendo a la casa de enfrente, añadió:

— En cuanto a eso, nada de zalamerías... Para que le miren a una por encima del hombro, más vale no tener relación... ¿Me oyes?

— Sí, sí, como quieras, eso es cosa tuya...

Se marchó Eulogio y su mujer pasó aquella tarde enfurruñada, sin poder desechar la imagen del oficinista enriquecido, que iba a vivir a un palmo de sus narices haciendo ostentación de comodidades y de un lujo que a la señora Moravit se le antojaba chocante y sobre todo injusto...

IV

Como había prometido Luisa, el saludo primero a los nuevos vecinos, no se produjo, al menos por su parte. Naturalmente, el matrimonio Moreas hizo lo propio y desde el primer día quedaron rotas las hostilidades, si bien de una manera disimulada y discreta.

Eulogio, que se había propuesto permanecer al margen de esta rencilla, no pudo hacerlo.

Su mujer lo envolvió, lo aturdió con todo género de reflexiones y razonamientos, y al buen hombre no le quedó otro remedio que el de hacer causa común con su esposa.

— Puedes estar tranquila, — dijo — no le saludaré.

En efecto, pasaban uno al lado del otro muy tiesos, muy dignos, sin mirarse.

— ¡Esto es estúpido! — pensaba Eulogio. — Ese hombre no me ha hecho a mí nada...

Y Moreas, tentado de abrazar a su viejo compañero, se hacía objeto de idéntica recriminación... Pero allí estaba la imagen de la señora Moravit, con sus ojos brillantes de cólera y su sonrisa de burla y de reproche...

— No, no es posible; — se decía amargamente — las mujeres pueden más que nosotros.

Desde entonces se estableció una rivalidad sorda y desesperada entre las dos familias. Llegaron a cruzarse anónimos; intervinieron las criadas del matrimonio Moreas y la guerra se comentó risueñamente en el almacén cercano y en el corro de vendedores ambulantes que servían al barrio...

— No puedo luchar; — confesaba con angustia la señora Moravit — esos miserables me aplastan con su dinero... ¿Qué voy a hacer yo con una casa baja y vieja?... Ellos tienen un palacio...

Esta realidad la abrumaba, se le hacía intolerable. Además, la carbonería, el corralón de la esquina, donde oficiaba su marido de comerciante... ¡Dios mío, imposible! Llevaba la peor parte en la lucha y siempre «ellos» estarían por encima, por más que se afanara...

La idea fija, la ira sofocada, llegó a convertirse en un tormento.

— ¡Pero, mujercita, hazme el favor, eso no es correcto! — suplicaba Eulogio. — Ya alcanzaremos lo nuestro... Verás, verás...

La señora Moravit apenas le escuchaba. Una tarde vió un automóvil de marca europea a la puerta de la casa de los Moreas. Era un coche amplio, fastuoso, muelle, como una alcoba.

— ¿Será posible? — preguntóse Luisa, con temor angustioso. — ¿De ellos?...

No faltó quien se lo dijera; en efecto, el automóvil flamante y muelle era de los Moreas.

Fué el tiro de gracia para la buena señora Moravit. Desde entonces renunció a vigilar a los vecinos, eludió toda lucha, intentó barrerlos de su recuerdo, extirparlos...

Hasta que un día Eulogio Ansaldo trajo la magna noticia.

Acababa de celebrar contrato con una gran empresa ferroviaria para la provisión de leña, un magnífico negocio capaz de reportarles en poco tiempo ganancias incalculables...

Era menester ampliar el comercio, vigilarlo constantemente, tener allí una persona de confianza en las horas que él faltara para que todo marchara en orden.

La señora Moravit se entusiasmó. ¡Sí, ella estaba dispuesta a trabajar, a sacrificarse, a desechar inútiles escrúpulos, todo por levantar cabeza, por llegar de una vez a ese paraíso de abundancia que pintaba su marido! Volvió a florecer en ella, súbitamente, la voluntad de sus ascendientes gascones, la férrea decisión del espíritu de labor y de constancia.

Desde entonces, ni bien amanecía, vióse a la señora Moravit en el corralón, vigilándolo todo al lado de su marido, fiel al precepto de que «el ojo del amo engorda al ganado».

Los carros iban y venían, cargaban y descargaban en los galpones, bajo la mirada de la buena patrona, capaz de discutir hasta el cansancio una astilla minúscula de leña.

Don Eulogio Ansaldo no pudo haber soñado colaboradora más activa y experta. Fué una sorpresa, una transformación repentina.



Nada le importó ya que los Moreas, al pasar su regio automóvil por delante del negocio, la vieran arremangada hasta el codo, discutiendo con los carreros, anotando en la pizarra los viajes y las cargas.

Una fe grande en el porvenir le daba fuerzas para la lucha.

— Ten paciencia, Leandrito, estudia con entusiasmo; serás rico... — solía decirle a su hijo, sentenciosamente.

En efecto, los contratos se cumplieron y el matrimonio comprobó el primer año, al hacer balance, una extraordinaria ganancia.

— ¿Lo ves? — decía Eulogio, con cierto orgullo. — No me equivocaba.

A los tres años de brega, el ideal estaba logrado; tenían su «fortunita».

Sin esperar más, Luisa Moravit dispuso la adquisición de la vieja casa donde vivían. La hicieron demoler y en aquel mismo sitio levantaron un magnífico hotelito de riguroso estilo colonial.

La batalla se les presentaba ahora fácil y segura.

— Compraremos un automóvil — resolvió Luisa. — Es útil para ti y para todos, pero será mejor que el de «esos».

Y el automóvil se compró tal como lo quería la señora.

Con esta bonanza coincidieron la jubilación de Eulogio y el ingreso de Leandrito en la Facultad de Medicina.

— Ahora sí, ya no temo a nadie, no me importa de nadie. — Exclamaba la buena Luisa, estimulada por un éxito que apenas sospechara. — ¡Todo va bien!...

Los Moreas, que conocían estos progresos de sus enemigos, resolvieron de pronto cambiar de táctica, buscando claramente una reconciliación.

— ¡Ya ves! — gritaba ufana la señora Moravit. — Están vencidos; nos buscan.

— ¿Y qué hacemos? — preguntaba Eulogio siempre bonachón, deseoso de poner fin a unas hostilidades que siempre le parecieron absurdas. — Por mí no ha de quedar... en el el fondo, buena gente...

— Esperemos, — replicaba Luisa, gozándose en su triunfo — nadie nos corre. Deja que se humillen.

Y la circunstancia propicia no tardó en presentarse. Cierto día Leandrito cayó enfermo; tenía una fiebre muy alta, deliraba...

Los esposos Moreas enviaron diariamente a la criada a preguntar por el enfermo. Cuando la gravedad pasó, una tarde se presentó en la casa Enriqueta, hija única de los Moreas, a la sazón una linda chica de catorce años, rubia y esbelta, con un ramo de flores y unas confituras para el convaleciente.

— Mamá y papá se afligieron mucho con la enfermedad de Leandrito — declaró la niña, con aire contrito.

Esta deferencia obró de una manera decisiva en el ánimo de la señora Moravit. Todo fué olvidado. Los dos matrimonios se reunieron en una cena fraternal y del pasado se tuvo el buen tino de no hablar una palabra.

Dos años después, Leandrito y Enriqueta se comprometían en matrimonio y la señora Moreas lloraba de inefable alegría en brazos de la buena Luisa Moravit...

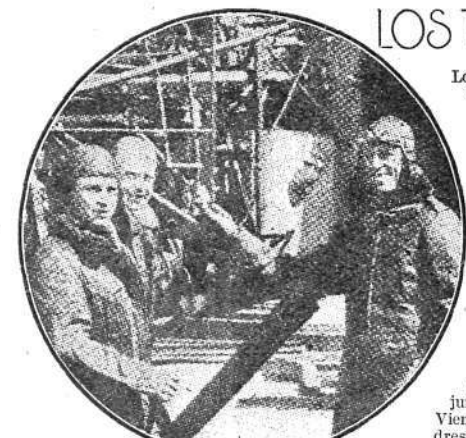
HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ

DIBUJOS DE MACAYA

ALASKA
SEWARD
CORDOBA
SITKA
AMERICA DEL NORTE
SEATTLE
PORT-LAND
SAN FRANCISCO
LOS ANGELES
OCEANO PACIFICO
QUEBEK
NUEVA YORK
WASHINGTON
AVIGTUT
RIGOLLET
THORSHAV
OCEANO ATLANTICO
AZORES
LISBOA
LONDRES
HULL
PARIS
VIENA
EUROPA
BELGRADO
ROMA
ALEPPO
BAGDAD
CAIRO
AFRICA
AMERICA
R U S I A
A S I A
KARAKI
MULTAN
DELHI
INDIA
CALCUTA
RANGON
BANKOK
CHINA
SANGHAI
HONGKONG
TSINTAU
TOKIO
JAPON
NASAGASKI
BETOBU
NAZAN
CHINGUIN
ALASKA
OCEANO PACIFICO

Planisferio con el trazado de las tres rutas a seguir por los aviadores que intentan la prueba de la vuelta al mundo en avión. La raya continua negra señala el camino que han emprendido los pilotos norteamericanos. La raya y dos puntos roja, indica el itinerario que sigue el aviador británico. La línea azul de punto y raya marca la ruta que seguirá nuestro compatriota el mayor Pedro A. Zanni.

LOS TRES VUELOS ALREDEDOR DEL MUNDO



El mayor Federico L. Martín jefe de la expedición estadounidense.

Los primeros en intentar la atrevida prueba han sido los norteamericanos. Su vuelo fué iniciado el 16 de marzo desde el aerodromo de Santa Mónica, cerca de la ciudad de Los Angeles, California, partiendo con dirección al noroeste, debiendo cruzar el Pacífico en una extensión de 2.000 kilómetros; volarán sobre el Japón, China, Indochina, India, Arabia y Persia, penetrando en Europa por San Stefano, cerca de Constantinopla, donde esperan llegar el 19 de junio. Con escalas en Belgrado, Viena, Strasburgo, París y Londres, cruzarán después el Atlántico, calculando llegar a Wáshington el 10 de julio, lo que hará cien días de viaje. Los aparatos empleados son aeroplanos Douglass, susceptibles de transformarse en hidroaviones, según lo requieran las necesidades. Los motores son marca Liberty, de 420 H. P., desarrollando una velocidad de 170 kilómetros por hora.



El mayor Pedro A. Zanni, jefe de la misión argentina.

El 25 de marzo montando un Anfibio de 450 H.P. partió de Londres rumbo al este el aviador inglés Mac Laren, quien desarrolla con gran éxito su programa, esperando llegar el primero.

El punto de partida del mayor Zanni será Londres utilizando un aeroplano Blacuburn Napier Lión, de 450 H.P., que llevará el nombre Ciudad de Buenos Aires, por haber votado la Municipalidad de la Capital la suma de 65.000 pesos que se destinan a su adquisición.



El aviador británico, Mac Laren y sus acompañantes.

Página Infantil

Shimgu

Alvarado Bianco

Juanita Honoria Colomo

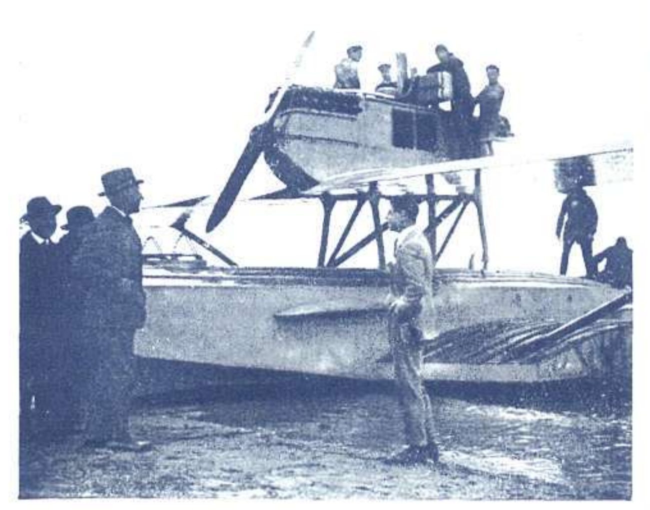
María Amelia Doeppler



VENECIA

ÓLEO DE DOMINGO MUÑOZ

DEL SALÓN WITCOMB



El famoso e intrépido hombre de ciencia noruego, presenciando el desembarco de los tripulantes de uno de sus hidroaviones que mide 32 metros de largo y cuya construcción es toda de aluminio. Los motores desarrollarán una fuerza de 360 H. P.



El buen humor del explorador es una constante esperanza para sus arrojados compañeros. Así se le ve en esta fotografía sonriendo amablemente al operador cinematográfico.



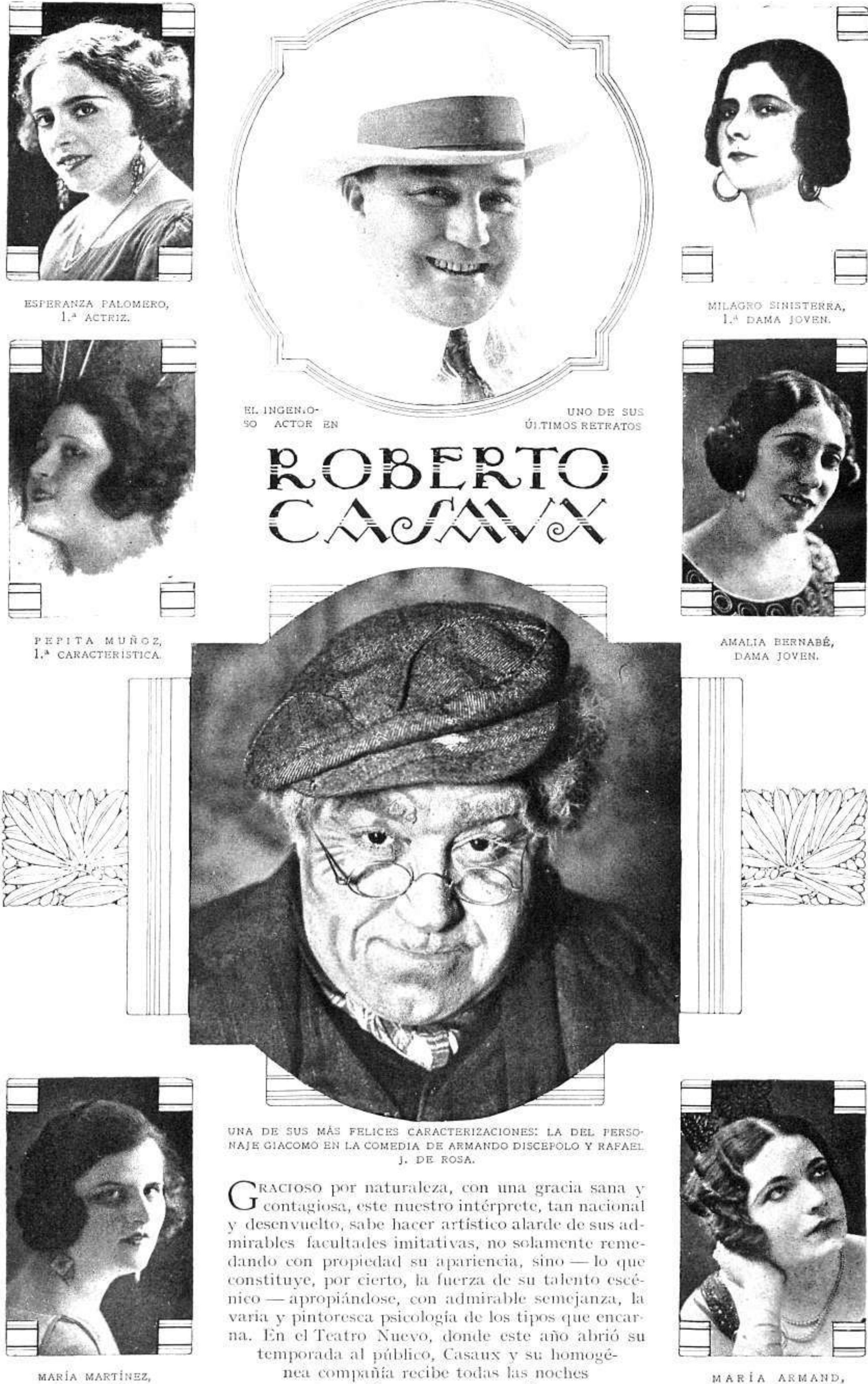
R. Dávidson, uno de los ases de la aviación norteamericana, que el Gobierno eligió, entre 35 postulantes, para que acompañara a Amundsen.



"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

El célebre explorador Amundsen prepara su viaje aéreo al Polo.

El célebre y experimentado explorador que, acompañado por varios entusiastas aviadores y técnicos profesionales, intenta ahora nuevamente una expedición polar, ha despertado el interés científico de todos los círculos europeos y americanos. Trátase de una expedición al Polo Norte que piensa recorrer un millón de millas cuadradas, realizando trabajos de orden geográfico que sin duda compensarán con creces los peligros de la simpática aventura civilizadora emprendida por el intrépido y perseverante marino noruego, del que todavía se esperan importantes descubrimientos.



ESPERANZA PALOMERO,
1.ª ACTRIZ.

EL INGENIOSO ACTOR EN UNO DE SUS ÚLTIMOS RETRATOS

MILAGRO SINISTERRA,
1.ª DAMA JOVEN.

ROBERTO CASAUX

PEPITA MUÑOZ,
1.ª CARACTERÍSTICA.

AMALIA BERNABÉ,
DAMA JOVEN.

UNA DE SUS MÁS FELICES CARACTERIZACIONES: LA DEL PERSONAJE GIACOMO EN LA COMEDIA DE ARMANDO DISCEPOLO Y RAFAEL J. DE ROSA.

Gracioso por naturaleza, con una gracia sana y contagiosa, este nuestro intérprete, tan nacional y desenvuelto, sabe hacer artístico alarde de sus admirables facultades imitativas, no solamente remedando con propiedad su apariencia, sino — lo que constituye, por cierto, la fuerza de su talento escénico — apropiándose, con admirable semejanza, la varia y pintoresca psicología de los tipos que encarna. En el Teatro Nuevo, donde este año abrió su temporada al público, Casaux y su homogénea compañía recibe todas las noches espontáneos y merecidos aplausos de sus muchos admiradores.

MARÍA MARTÍNEZ,
DAMA JOVEN.

MARÍA ARMAND,
2.ª CARACTERÍSTICA.



DANZARINAS DEL CURSO FINAL, EN ARTÍSTICO «PASEO» DURANTE UNA DE LAS MÚLTIPLES DANZAS PAGANAS.

LA ESCUELA DEL BAILE PLÁSTICO

LAS ARTÍFICES DE LA DANZA ESTÉTICA

TAMBIÉN la gran capital del Sur tiene su escuela donde las hijas de Terpsícore agilizan el cuerpo para ofrecer, como siluetas relámpagos, ante la mirada del espectador, la multiforme gracia del arte de danzar. A ciertas horas del día, bajo el proscenio del Colón, en lo que corresponde al subsuelo, vive y acciona ese indefinible gimnasio de bailes. Parece que la diosa no ha escogido sus herederas como se mira el montón: hay algo de refinamiento en los rostros, en las miradas, en la viveza corporal, en la intensísima alegría de unas almas todo resplandor y juventud.

Esta es la escuela en que el temperamento de las bailarinas adquiere sutileza, esa extraña sutileza que no reconoce silabarios ni está escrita en códigos ni versaciones; sutileza emanada del cotidiano choque entre los arranques populares y el noble esfuerzo de las artistas por superarse.

¿Quién comprende hasta el mismo fondo de la copa, el amargo trance de querer asomarse hasta



EL RITMO DE UN VALS LENTO CON FIGURAS IMITATIVAS DEL ALETEO DEL CISNE.

LA GRACIA DE UN GIRO SOBRE LAS PUNTAS DE LOS ZAPATITOS.

el ventanal de la turba que chilla, palmotea, delira, ruge, y hasta echa flores y besos entre ditirambos feroces?...

Antes de saborear este licor, o de mirar con propios ojos este raro panorama de la vida en las populosas ciudades; parece de ley el tenérselas que ver con los cánones de la bohemia, aunque trascienda a lociones finas y apañe muy luego un regio rincón en el más caro de los hoteles.

Bien es cierto, que para ellas nada ejerce tan prestigioso atractivo como su amor a la estética que las transforme en filigranas.

Hay en todo el pentágrama sentimental de su vida, tal unidad con esa manera de sentir, que aun cuando se las vea fuera del escenario, entre sus atavíos de calle, parece que de su



LA ARTISTA OLENEWA, DIRECTORA DE LOS BAILES, EJECUTANDO UNA CAPRICHOSA FANTASÍA DECORATIVA.

ser se expande un nimbo, como un rumor de gráciles músicas, como un eco que aun viene y perdura detrás de la ovación y del éxito.

¿Son hermosas? Su cara sabe «hacerse» divina. Todo su arte corporal obedece a los resortes del sentimiento, y ya sabemos el poderoso influjo que éste ejerce sobre las expresiones del rostro, mucho más cuando se producen las grandes excitaciones del arte, y parece que el sujeto cae totalmente bajo la borrachera de una sensibilidad que manda en todo él.

Es claro que las jóvenes vistas por mí en los ensayos de la dicha escuela de bailes que funciona en el Colón, forman tres grupos que definen claramente su carrera a través del aprendizaje: sin embargo, lo que ya realizan las que han tocado el término

BELLA FIGURA EN LA DANZA DEL CISNE.

ENLACES





SEÑORITA SUSANA DE ESCALADA CON EL INGENIERO CARLOS ALBERTO OCHOA, EN LA CAPILLA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA MERCEDES PODESTÁ CASARES CON EL SR. HÉCTOR MOLINA, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.



SEÑORITA ADELA DEL CASTILLO CON EL SEÑOR FORTUNATO GÓMEZ ROMERO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.


El aceite
COMPLETO
de jugo de oliva.
F
OLIO PURO D'OLIVA
COMMESTIBILE
NATURALE-OTTIMO
Freixas & Cia
NATURAL-OPTIMO



Razones por las cuales los ganaderos no deben de perder su confianza en la :: :: industria ganadera. :: ::

Cuando uno viene a considerar que la importación de carnes congeladas y «chilled» y de oveja y vacuna en la Gran Bretaña, durante el pasado año, alcanzó el más alto record, o sea 200.000 toneladas sobre el último año completo antes de la gran guerra; y se considera que la República Argentina se hallaba a la cabeza de la lista de los países exportadores de todo el mundo, lo mismo en calidad que en cantidad, se llega a la prueba innegable de que la población consumidora de carne en la Gran Bretaña y en todo el Continente ha venido aumentando considerablemente desde los tiempos anteriores a la guerra.

Cuando yo menciono el Continente, lo hago con todo conocimiento de causa, por la simple razón de que Inglaterra es prácticamente el mercado distribuidor para muchos puertos continentales, o, al menos, a partir del año 1923, viene desempeñando tal función comercial aunque durante los últimos tres meses se registraron varios directos embarques para Alemania, Bélgica, Francia, Italia y España, sin olvidar que los Gobiernos de casi todas las citadas naciones se hallan al presente tratando de concertar contratos directos con los frigoríficos argentinos y uruguayos, lo que indudablemente, significa un magnífico dato para los ganaderos sudamericanos.

Tomando por ejemplo a Weddel y Cía., de Londres, cuya firma es una autoridad en la materia, sin que nadie la posea mayor, el año pasado resultó insatisfactorio para la mayor parte de la gente ocupada en el comercio y preocupada en sus frecuentes fluctuaciones, y principalmente debido a la tendencia a la baja de las cotizaciones en todas partes durante casi todo el año de 1923, ocasionó fuertes pérdidas a aquellos comerciantes que se vieron obligados a satisfacer por adelantado sus compras.

De acuerdo con la citada firma Weddel y Cía., tomando la cifra 100 como término de comparación para fijar los promedios de los precios de las carnes congelada y «chilled» en 1923, he aquí estas otras cifras comparativas: 147 durante el año pasado; 146, para el año 1922; 181, para 1921 y 295 para 1918, año en que se alcanzó el precio más elevado.

Pero deberá entenderse bien que tales cifras representan únicamente el promedio de los mejores precios de las mejores calidades de carnes.

Si un general promedio de todas las calidades se hubiese obtenido, se advertiría que el aumento correspondiente a 1923 sobre aquellos más bajos de la pre-guerra hubieran sido mucho más bajos, y esto por la razón de que el margen de las diferencias entre los valores de las primeras calidades de carne y también de los grados inferiores, fué mucho más grande en 1923 que antes de la guerra. Además, según dicen los señores Weddel y Cía., «es deplorable que la mayor parte de las carnes que arriban a Inglaterra en estos tiempos sean de segunda categoría.»

Esta declaración que acotamos, proveniente de tal autoridad, debe de ser tenida en cuenta, en cierto sentido, por el hecho de que Gran Bretaña vióse obligada a tomar, tanto como le fué posible, sus necesidades de carne de sus dominios; y como yo ya he demostrado en anteriores artículos, los productos de esta clase de Nueva Zelandia y Australia no pueden compararse a la excelente carne argentina.

Por otra parte, la carne que importa Inglaterra del Brasil, Uruguay y Africa del Sur, tampoco nunca puede igualarse con la de alto «standard» producida en este país, y a este respecto debe hacerse notar que se nota un crecimiento paulatino en los embarques de carne «chilled» argentina.

Y es por esto por lo que los criadores de la Argentina deberán procurar por todos los medios conservar el «standard» de sus rebaños, y el que subscribe no vacila en profetizar que los hombres que pongan toda su fe en la industria ganadera, serán los que logren mayores provechos en la próxima década.

Siempre que no sobrevengan complicaciones legislativas a meterse con la industria, y siempre que los criadores continúen produciendo la alta calidad de vacunos por los cuales han adquirido justa fama universal, no existe razón alguna para esperar desmedro o disminución en la calidad y en la cantidad de las exportaciones de carne que verifica este país. Es muy probable que las exportaciones del año 1924 alcancen mayor crecimiento si hemos de deducir por el número de animales sacrificados en los mercados, Mataderos y otros locales similares que utilizan con dicho objeto los carniceros, lo que da un total no menor de 1.111.052 reses sacrificadas en los establecimientos de varios frigoríficos y saladeros, en tanto que el número de matanzas vacunas durante igual período del año pasado fué de 789.585, y en el año 1922 de 447.914. Según las informaciones de la prensa diaria, adviértese una mayor demanda de carne argentina y sus productos por parte de diversos puntos del Viejo Mundo, así es que no debe abrigarse temor alguno acerca de una superproducción durante muchos años venideros.

Esta seguridad del dominio de la República Argentina a este respecto, se ha manifestado en la declaración hecha esta semana por Mr. H. P. Williams, quien fué comisionado por la Junta de Carnes de Australia para estudiar las condiciones del mercado de ambas naciones, el cual ha dicho que si los criadores australianos no se hacen más conscientes de sus responsabilidades en el orden de producir mejores carnes, y no se procuran fondos para organizar en debida forma sus ventas en Londres y otros mercados del Continente europeo, tales productores llegarán a ser eliminados de tales mercados en una década, con la excepción de sus productos de lanas finas.

También, según noticias que nos llegan de Italia en los momentos en que escribimos estos comentarios, existe allí un excelente mercado deseoso de recibir carnes del Río de la Plata. Puede parecer que la mayor parte del volumen de los embarques se requiera desde el puerto de Montevideo, pero ello acaso consista en que los frigoríficos que los contratan, alarmados por la posibilidad de nuevas complicaciones legislativas en la Argentina, prefieran a Montevideo como puerto de exportación para mejor garantizarse de sus envíos.

Sin embargo, al fin y al cabo, este comercio volverá de lleno a este puerto, pero ello sucederá cuando se verifiquen los «funerales» de la ahora suspendida ley del precio mínimo.

Que el reino de Italia requiere envíos de carne, puede el lector imaginarlo muy bien por el hecho de que el general Marcozzi, representante de su Gobierno, arribará próximamente a Montevideo, trayendo la misión de buscar la fórmula más conveniente en que pueda ser enviada a su patria, mensualmente, carne industrializada en cantidad que corresponda a 8.000 vacunos.

Y antes de terminar estos renglones, me es grato reproducir aquí, para beneficio de mis lectores, lo que dicen los señores Weddel y Cía., con referencia al desarrollo de la carne de oveja y borregos argentinos.

He aquí el extracto: «En la producción de la carne de oveja y borrego, Nueva Zelandia ha sido siempre suprema, tanto en calidad como en cantidad. Analizando los resultados de 1923, se advierte, sin embargo, que tal supremacía se halla seriamente amenazada por Suramérica, de la cual fueron exportados el 38 % del total de dichas carnes durante el pasado año.

Así, recientemente — en 1920 — la proporción exportada por Suramérica representó un 16 %. Con respecto a calidad, Suramérica parece ser incapaz de producir carne de oveja y borrego de tan alto «standard» como la que cultivan los criadores de Nueva Zelandia, pero un gran desarrollo ha sido advertido en años recientes, y la carne de oveja argentina puede ahora exigir un considerable premio sobre el precio del mismo artículo australiano, aunque es todavía más barata que la de Nueva Zelandia.»

Los criadores de ovinos de la Argentina deberán tomar nota cuidadosa de los párrafos copiados, proviniendo como provienen de fuente tan autorizada como lo es la firma Weddel y Cía., y al mismo tiempo releer un artículo mío publicado hace algunas semanas y que trata del mismo asunto.

Geo. A. J. Peters



NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Qué haces que no te pones el impermeable?

—Se me va a mojar...

De Bahía Blanca

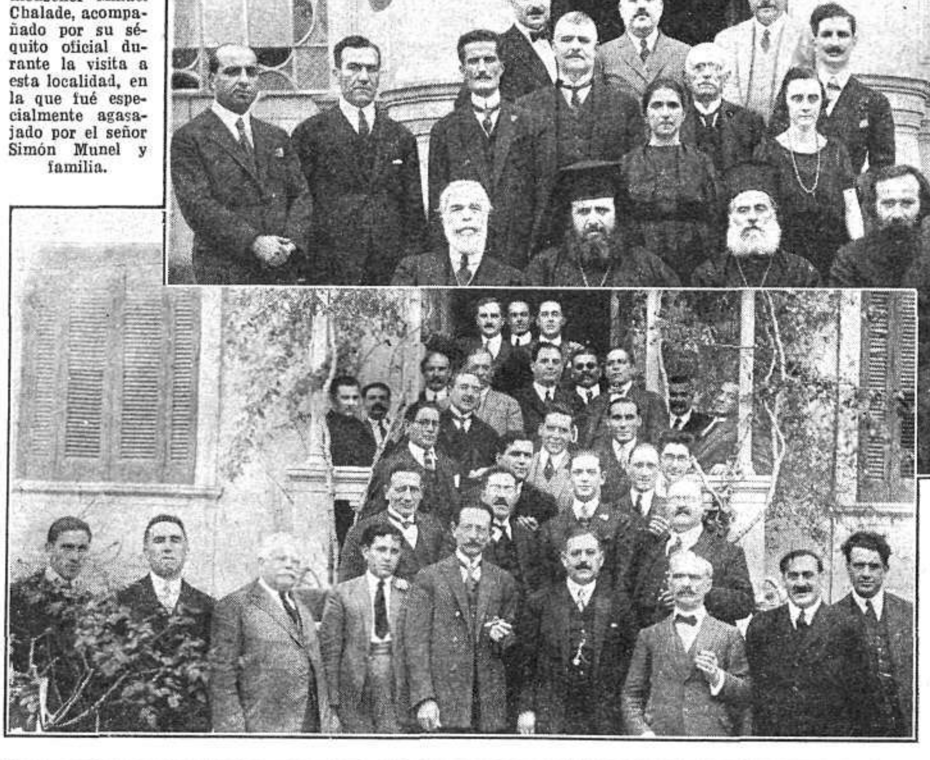


Parte de los concurrentes al XVI Xantar dado por la filial de la "Casa de Galicia" en homenaje al general don Bartolomé Mitre.

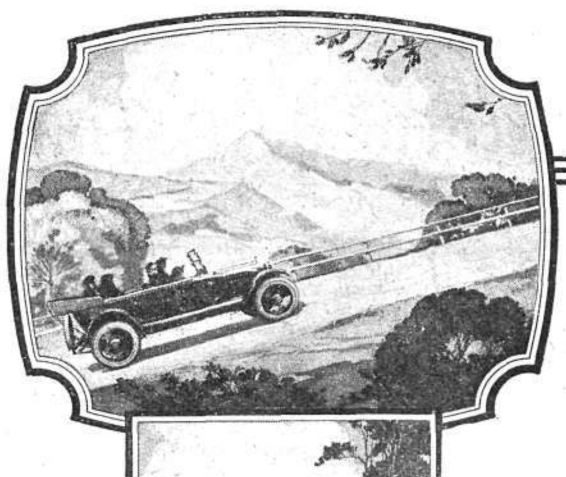
Aspecto que presentaba la tradicional procesión de Viernes Santo a su paso por la calle Chiclana.

De Ramos Mejía

El obispo ortodoxo del Brasil, monseñor Mikael Chalade, acompañado por su séquito oficial durante la visita a esta localidad, en la que fué especialmente agasajado por el señor Simón Munel y familia.



El señor Nicolás Broncini, rodeado por un núcleo de amigos que lo hizo objeto de una demostración de aprecio con motivo de su próximo viaje al extranjero.



¿Cuál fué el primer Automóvil?



En 1905 dos pequeños Oldsmobiles monocilíndricos pasmaron el mundo cruzando en los Estados Unidos los 5.000 kilómetros de montañas, llanuras y desiertos que separan el océano Atlántico del Pacífico, y demostrando así el valor práctico del automóvil como medio de transporte. El viaje se hizo en 44 días.

EL PRIMER AUTOMÓVIL que dió buenos resultados en manos de conductores ordinarios, y el primero que se fabricó en grandes cantidades fué el Oldsmobile.

En 1887 se construyó el primer Oldsmobile—un triciclo con ruedas de madera. En 1897 se erigió una fábrica para producir Oldsmobiles en gran número. Muchos de los antiguos Oldsmobiles monocilíndricos, con palanca de dirección, hechos entonces, están funcionando aún — tal era su resistencia.

El Oldsmobile moderno lo usan hoy los personajes importantes de todos los países.

Los fabricantes del Oldsmobile están respaldados por la General Motors, la mayor empresa automovilística del mundo, que fabrica además otros cinco automóviles famosos, así como piezas y accesorios corrientes adaptables a casi todos los automóviles de marcas distintas.

Así la casa Oldsmobile dispone de recursos financieros, elementos de fabricación y servicio técnico muchísimo mayores que los de una compañía aislada. El hecho de que el Oldsmobile es un "Producto de la General Motors," es garantía adicional de su mérito.



Para mayores detalles relativos a la General Motors, escríbase a General Motors Export Company, Casilla de Correo 745, Buenos Aires

GENERAL MOTORS

FABRICANTES DE AUTOMÓVILES, CAMIONES, EQUIPOS Y ACCESORIOS

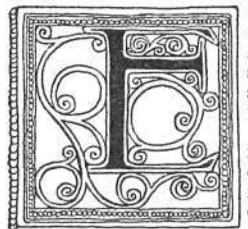
BUICK · CADILLAC · CHEVROLET · OAKLAND · OLDSMOBILE · CAMIONES GMC

Nueva York . Londres . París . Copenahgue . Surabaya . Bombay . Calcuta . Shangai . Yokohama . Honolulú
Sydney . Melburna . Wéllington . Constantinopla . Johannesburgo . México . Río de Janeiro . Buenos Aires



El Real Conservatorio de Parma

Por el Dr. A. VACCARI



El R. Conservatorio de Parma se levanta a unos cien metros de la Universidad, y su aspecto exterior no deja sospechar por cierto la vastedad de sus patios interiores.

No tiene nada de la mole imponente y severa del palacio de la Universidad y, a no ser por el escudo que cuelga del portón de entrada, el edificio del Conservatorio podría confundirse con una de las tantas casas burguesas, que pasan inadvertidas por no ofrecer ningún detalle que valga la pena.

Los parmesanos son por lo general muy amables. Se diría que andan orgullosos de su ciudad y especialmente de la fama artística que han sabido crearse en los últimos cien años.

Es suficiente manifestar interés para conocer algo de su historia o de los monumentos que abundan en todas partes, para verlos dejar los quehaceres, salir a la calle solícitos, prodigando todos los detalles posibles sobre las indicaciones requeridas y que pueden facilitar la visita a la querida Parma o «Perma», como dicen ellos. Con la «e» muy abierta.

— ¿Es visible el Conservatorio?

— ¡Cómo no, señor!...

Dos porteros se levantaron, disputándose el honor de acompañar al forastero. Comprendo que habrá habido en ese afán de servir al recién llegado la legítima esperanza de ganar unos centavitos, pero en la Casa de Reposo de los artistas de Milán, desde el portero al director todos son personajes inabordables.

Por supuesto, mi guía no era gran cosa como «cicerone».

Me hizo recorrer la galería del primer piso, indicándome los bustos de Bottesini y Boito.

— Bottesini, el concertista de contrabajo... Lo habrá oído nombrar...

— ¡Cómo no!

— Este otro es Boito... Escribió poco, pero ese poco, bueno... Podríamos pasar a la biblioteca... Hay que pedir permiso... Vamos a ver si está el director...

Mientras el portero estaba por llamar a la puerta de la dirección, salían dos señores, uno envuelto en un sobretodo de pieles y el otro sin sombrero. El del sobretodo, en cuanto supo que se trataba de un periodista porteño, quiso tomarse él mismo la molestia de acompañarme y al mismo tiempo me presentó al otro:

— El señor Guido Gasparini, bibliotecario del Conservatorio... Cuánto me alegro que haya usted tenido la buena idea de visitar nuestro Conservatorio... Lamento no tener mi tarjeta... Soy Guillermo Zuelli, director del...

— ¿El maestro Zuelli?... Pero entonces nos conocemos desde años... El año 88 usted estaba en Bolonia cuando las fiestas del centenario de la Universidad...

—Exactamente...

— Dió usted su primera ópera, «La fata del Nord», el año 84, y ganó el concurso de la Casa Sonzogno... Vea si tengo buena memoria... Usted consiguió el primer premio en un Concurso Internacional con una fuga para órgano, sobre un tema de Arrigo Boito...

Total, el maestro Zuelli no tardó en llamar a la memoria los años en que los dos habíamos sido jóvenes y es de imaginar si se sintió dichoso al encontrar un antiguo compañero de locuras juveniles.

— Mire un poco a donde hemos vuelto a encontrarnos... Pues aquí me tiene de director del Conservatorio desde el año 1911, después de haber dirigido por diez y ocho años el Conservatorio de Palermo.

— Este de Parma es un Instituto de mucho renombre.

— A través de todas las alternativas, ha podido disponer siempre de un personal muy competente... Ahora, por ejemplo, yo no sabría decirle quién, entre los del cuerpo docente, pudiera considerarse no muy a la altura de su misión. Todos los maestros son excelentes... De primer orden... Attilio Brugnoli, para el piano; Renzo Bossi, órgano; Rosalinda Sacconi de Anna, arpa; Romeo Franzoni, violín; luego tenemos Conti, Cristoforetti, Casinelli, Cassani, Jori, Trapani...

— ¿Es muy antiguo el Conservatorio?

— Muy antiguo, no. Sus principios remontan al 1818. Aquí existía un asilo para huérfanos y la Corte Ducal quiso que un cierto número de muchachos fueran educados en el canto, al objeto de que pudieran servir en la capilla de Palacio... Poco a poco, con mil dificultades, se ensancharon los programas y fueron admitidos al estudio niños que no pertenecían al Asilo.

Pero resultaba siempre un inconveniente: los chicos, con el cambio de la edad, cambiaban también la voz y ya no podían servir en la Capilla Ducal. Dedicándose a la música hacían caso omiso del oficio que se enseñaba a los huérfanos, de ahí que los pobres no sirvieran ya ni para una ni para otra cosa. Recién desde el 1840 empezó el Conservatorio a merecer el nombre de tal y con los años adquirió el nombre que todavía conserva.

Pero, ¿qué hacen de todo este inmenso local?

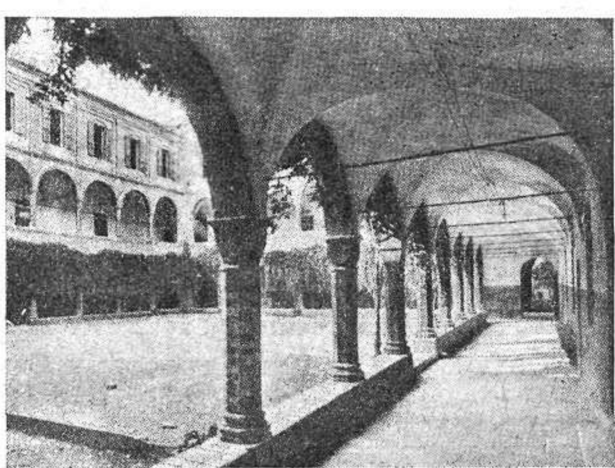
— ¿Qué hacemos?... El Conservatorio de Parma tiene alumnos internos... Es decir, volverá a tenerlos, porque el año 13 dejó de aceptar alumnos internos y así siguió hasta ahora. Pero, gracias a la iniciativa de un ente autónomo, podemos realizar otra vez nuestro sueño y tendremos internos. Muchachos que se dedican exclusivamente al estudio de la música como otros se dedican al de las armas.

— ¿Cuántos directores ha tenido el Conservatorio desde su fundación?

— Espérese... Simonis, Alinovi, Rossi, Dacci, Botesini, Faccio, Boito, Gallignani, Tebaldini, Zanella, Fano... Todos nenes...

— Debe ser interesante la biblioteca...

— La biblioteca es relativamente reciente. Fué fundada el año 1889. Antes lo que había era un archivo. Pero, cuando de R. Escuela de Música, se transformó en R. Conservatorio, entonces se pensó en la necesidad de una biblioteca en forma. Para realizar es-

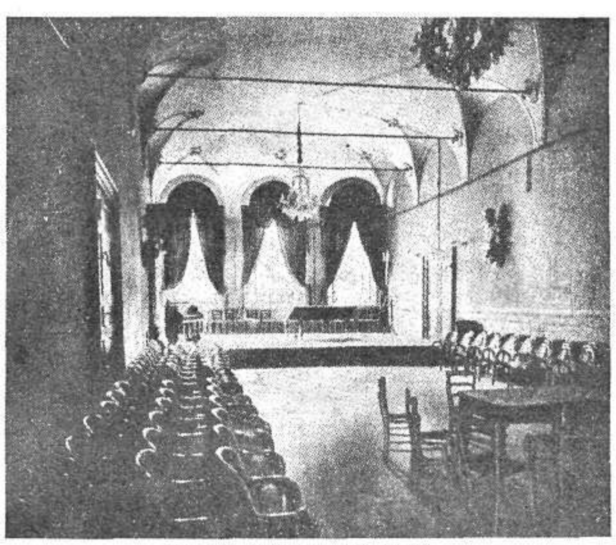


Pórtico del Conservatorio.

te proyecto se han reunido en el local del Conservatorio las colecciones musicales existentes en la biblioteca palatina parmesana. El conde San Vitale también concurrió ofreciendo en regalo al Conservatorio; óperas teatrales de la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX. Así que hay óperas en Cimarosa Paisiello, Piccinini, Bianchi, Mayr, Paer, Guglielmi, Tritto, Morlacchi, etc.

— ¿Son muchos volúmenes?

— Entre todo — dice — son unos sesenta mil... Muy interesante esta colección de óperas vagnerianas y de críticas e ilustraciones sobre la obra de Wágner... La adquirí yo mismo a la señora viuda del maestro Bassi. Lo que es interesante es el museo de instrumentos, medallas, cuadros, trofeos artísticos... Tenemos el órgano que perteneció a Claudio Merullo, artista de gran valor, y una serie de recuerdos personales del maestro Bottesini, el famoso concertista de contrabajo...



Salón de conciertos. (Sala Verdi).

— He visto un cuadro en que figuran muchos nombres...

— ¿A dónde? ¿En la sala de la dirección? Es el elenco de los alumnos egresados del Conservatorio desde el año 1865... Hay nombres que pueden interesarle: Ahí tiene: Toscanini Arturo, violoncello y composición; Cattelani Ferruccio, violín... Los dos salieron el mismo año 1885... Cattelani debe encontrarse en Buenos Aires, si no me equivoco...

— En Buenos Aires...

— Yo también tuve muchos años atrás ofrecimientos tentadores para trasladarme a Buenos Aires... Lamento no haberlo hecho...

— Buenos Aires hoy día se ha vuelto un ambiente artístico de primer orden. Se dan audiciones magníficas con elementos de un valor indiscutible.

— Lo sé... ¡Qué quiere!... En la vida las oportunidades se presentan una o dos veces y hay que saberlas aprovechar... Pasado el momento, es inútil insistir... Pero usted que escribe para diarios americanos, haga saber que nuestro Conservatorio admite alumnos internos... Es una gran ventaja para los que tienen disposición a la música... Las familias pueden vivir tranquilas, sabiendo que los muchachos están confiados a personas que, no solamente vigilan sus estudios, sino también su conducta privada... Además, es otra cosa dedicarse al estudio como interno que como externo.

— Supongo que el salón para conciertos del Conservatorio será imponente.

— No. Es una sala graciosa, simpática, la sala Verdi, en la planta baja del edificio... Iremos a verla. No contiene más de 400 personas. En esa sala han dado audiciones Busoni, Becker, Thomson, Serrato; han desfilado los más celebrados cuartetistas de Europa... Hemos tenido el cuarteto de Colonia, Rosé, Sevik, el Bohemo, Polo... Pero para las grandes orquestas no sirve... Es muy pequeño el local... Hoy día sirve para música «da camera» y ensayos de fin de año. Cuando queremos hacer algo más grandioso tenemos que pedir el Teatro Regio.

— Así que falta al Conservatorio un verdadero salón para conciertos.

— ¡Qué quiere!... Antiguamente el Conservatorio era un monasterio. Hay dos patios muy grandes, muchas galerías, muchísimas piezas... El actual saloncito de conciertos era el comedor del convento... Sin embargo, confío lograr mi objeto y conseguir que la antigua iglesia del convento se pueda transformar en el local que necesitamos para un Conservatorio como el nuestro que dispone de elementos para grandes audiciones orquestales. Por otra parte, no es un lujo, es una verdadera necesidad. Sin contar que los alumnos se forman, tocando en conjunto y en grandes orquestas, la música moderna.

— ¿Quién fué el primer director del Conservatorio?

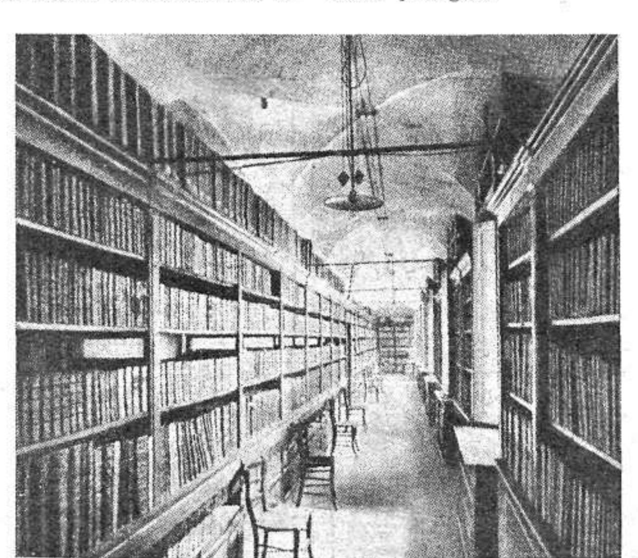
— Fernando Simonis fué el primer maestro que tuvo la escuela cuando estaba aún bien lejos de ser Conservatorio. El conde Neipperg, ministro de la duquesa María Luisa, fué el que encargó a Simonis la tarea de preparar unos seis o siete muchachos para que cantaran en la capilla de la Corte. Pero la escuela no poseía ni instrumentos, ni local propios. Los principios, como usted ve, fueron muy modestos, pero poco a poco llegó a formarse este instituto que es orgullo de los parmesanos y que ha dado al arte maestros como un Campanini, un Toscanini, un Zamnella, etc.

Creí oportuno no abusar más de la bondad del maestro Zuelli y empecé a agradecerle las atenciones que me había prodigado.

— No crea usted de marcharse así no más... Deje su firma en el álbum de los visitantes... Pero antes de la firma puede escribir lo que quiera...

Y después de haber contemplado largo rato el cielo raso, escribí:

« Hago votos por» que el maestro » Zuelli, autor de » La Fata del Nord», » llegue algún día a « realizar «fatalmen« te» los sueños que « acaricia respecto « al porvenir de este « Conservatorio, « afamado vivero « de artistas « de la más « musical de « las ciuda« des de « Italia».



La Biblioteca.



Miembros de la Comisión de Fiestas de Carnaval, que fueron obsequiados con un banquete en aplauso al éxito que coronó sus tareas.

NO ES LA VERDAD EL FIN DEL ARTE...

No es la verdad el fin del arte. Debemos exigir la verdad a las ciencias, porque se proponen investigarla, pero no lo pidamos a la literatura, cuya misión consiste en crear belleza.

La Cloe de la novela griega, no fué jamás una verdadera pastora, y su Dáfnis jamás fué un verdadero pastor; a pesar de lo cual nos agradan todavía. Al griego sutil que nos refirió su histoira, no le preocupaban los establos ni los carneros, atento sólo a la poesía y al amor; y como se propuso entretener gratamente a los ciudadanos con el cuento de un amor sensual y gracioso, lo anidó en los campos, adonde sus lectores no solían ir porque eran viejos bizantinos encanecidos en el fondo de su palacio entre feroces mosaicos, detrás del mostrador sobre el cual habían amasado enormes riquezas. Para divertir a esos viejos taciturnos, el cuentista les presentó dos hermosas criaturas, y para que no confundieran su Dáfnis y su Cloe con los pilluelos y las muchachitas viciosas que abundan en las calles de las poblaciones, tuvo la preocupación de advertir:

«Estos de que os hablo vivieron tiempo atrás en Lesbos, y su historia fué pintada en una tabla consagrada a las Ninfas».

Se anticipó a tomar la útil precaución que las viejas toman siempre al principio de un cuento: «En la época en que Berta hilaba» o bien «cuando hablaban los animales»... Para interesar y emocionar con una historia, es necesario substraerse algo a la experiencia y a la costumbre.

ANATOLIO FRANCE.

El primer paso del Bebe.

Es el anuncio señora de que el "pequeño tirano" exige que usted fortifique aun más su organismo con una bebida reconstituyente como es

Africana Extracto Doble

a la que millares de madres bendicen porque se traduce en bienestar para ellas y sus pequeñuelos.

Usela en las comidas, y como tónico y refrescante a cualquier hora del día.





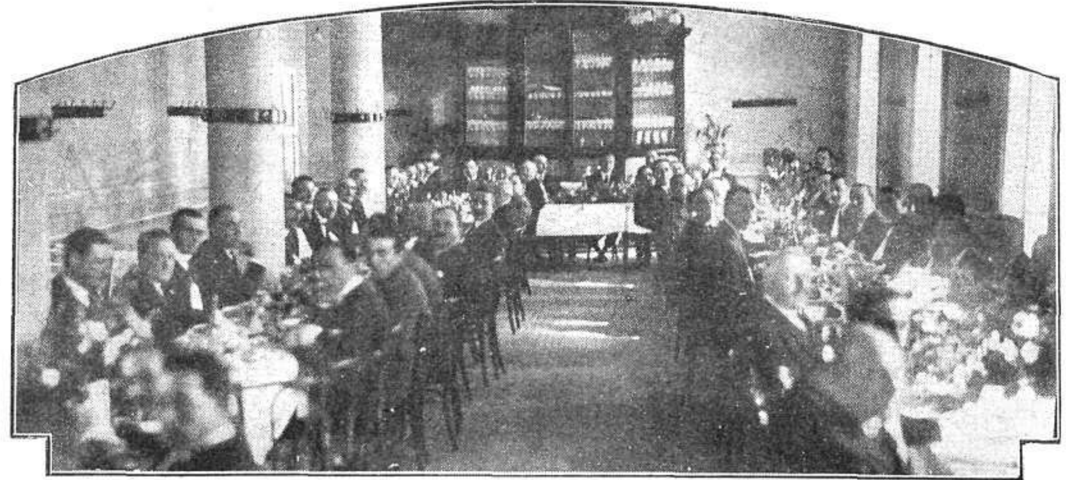
De venta en todas partes.

Elaborada por la

Cía. CERVECERIA BIECKERT Lda.

San Juan, 3334. Buenos Aires.

De Necochea



El diputado nacional, doctor Leopoldo Bard, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por el "Centro Comercial e Industrial", durante su reciente estadía en esta ciudad.

YO NO TE DIGO...

Yo no te digo que la Esfinge no se levante en la desembocadura de todos los caminos; lo que te digo es que aunque aparentemente torva, la Esfinge tiene piedad de nosotros.

Yo no te digo que no hay más dolores que alegrías; lo que te digo es que los dolores nos hacen crecer de tal manera y nos dan un concepto tan alto del universo, que después de sufridos no los cambiaríamos por todas las alegrías de la tierra.

Yo no te digo que no haya hombres malos y mezquinos: lo que te digo es que son hombres inferiores, hombres que no comprenden todavía, almas subalternas a quienes debemos elevar, seres obscuros que no saben dónde está la luz y con los cuales una claridad lúcida, paciente, blanda, todo lo puede.

Yo no te digo que la riqueza sea un mal: lo que te digo es que quien vive simplemente, en divorcio total de las vanidades, siente que le nacen alas.

Yo no te digo que el amor no haga daño: lo que te digo es que estoy resuelto a amar mientras viva, a amar siempre, siempre... siempre...

AMADO NERVO.

Todos los actos de un gobierno deben estar en perfecta correspondencia; la contradicción repugna, la parcialidad irrita. — S. CÁMARA.

PASAJES
PARA TODAS
PARTES DEL MUNDO
MUY CONVENIENTES
VACCARO
AV. DE MAYO 638



Lavando a la antigua

el trabajo resulta muy doloroso, pesado, fatigoso y largo.

Pero lavando a la moderna, Vd. no se moja las manos y le resulta un pasatiempo descansado, agradable y cómodo si emplea el

Lavandero

PRACTICO

Es el aparato más sencillo que se ha inventado para lavar la ropa. Es el más económico.

Evita los reumatismos y demás enfermedades que acarrea el lavado.

En 5 minutos hace el trabajo de 2 horas y deja la ropa más blanca y limpia que a mano.

Precio Completo $ 17.— c/l.

Corte, llene y mande este cupón.

Sres. M. G de la TORRE y Cía.
SALTA, 1081 **BUENOS AIRES**

Sírvanse mandarme GRATIS el libreto ilustrado "LAVANDERO PRACTICO".

Nombre..............................

Calle........................*N.º*.......

Localidad................*F. C.*.......

Escríbase muy claro.

RELATO SOMBRIO, NARRADOR MAS SOMBRIO

Fuí invitado oficialmente a asistir a un banquete de autores dramáticos, reunidos para festejar el éxito de un compañero. Era en casa de B..., el fondista de moda entre los escritores.

La comida, desde luego, fué naturalmente triste.

En seguida, después de haber bebido algunas copas rebosantes del viejo «leoville», la conversación se animó. Tanto más, versando sobre los duelos, tema inagotable de las conversaciones de salón.

Cada uno recordaba, con la obligada desenvoltura haber esgrimido la espada, y procuraba insinuar una idea de valor personal que intimidase en el fondo a los demás, aunque eso muy envuelto, y bajo pretexto de teorías juiciosas y de guiños sobreentendidos, con motivo de la esgrima o del tiro de pistola. El más sencillo, el más gris de los comensales parecía absorbido en la combinación de un golpe cruzado de segunda que imitaba encima de su plato, con su tenedor y su cuchillo.

De pronto, uno de los invitados, M. D..., hombre experto en las tramas del teatro, que ponía buen remate a todas las situaciones dramáticas, aquel, en fin, que entre todos había probado su sabiduría en el arte de «provocar un éxito», exclamó:

—¡Ah, señores, ¿qué diríais si os hubiese ocurrido mi aventura del otro día?

—Es verdad,—respondieron los concurrentes.—¿Eras el segundo testigo de ese señor Saint-Sever?

—¡Veamos si tú nos refieres, pero francamente, cómo sucedió eso!

—Lo intentaré — respondió D...— aunque todavía se me oprime el corazón pensando en ello.

Después de algunas silenciosas chupadas al cigarro, D... comenzó en estos términos. (Le dejo rigurosamente la palabra.)

—En la última quincena, un lunes, a la siete de la mañana, me desperté sobresaltado. ¿Quién llamaba a mi puerta a esa hora tan nerviosamente? Creí que sería Peragallo. Pero en la tarjeta que me pasaron leí: Raoul de Saint-Sever.—Era el nombre de mi mejor camarada de colegio. No nos habíamos visto hacía diez años.

Mandé que pasase.

Entró.

¡Era él!

—¡Cuánto tiempo que no nos damos un abrazo!—le dije.—¡Cuánto me alegro volverte a ver! Hablaremos de otros tiempos. ¿Llegas de Bretaña?

—Ayer llegué—respondió.

Me puse un traje de casa, escancié vino de Madera y una vez sentado:

—Raoul — continué — tienes un aire preocupado, un aspecto pensativo. ¿Es que has variado de carácter?

—No, es que estoy emocionado.

—¿Emocionado? ¿Has perdido a la Bolsa?

Movió la cabeza.

—¿Has oído hablar de los duelos a muerte?—me preguntó muy resueltamente.

La pregunta me sorprendió, lo confieso. ¡Fué tan brusca!

Le miré.

Recordando sus gustos literarios, creí que venía a someterme el argumento de un drama concebido por él en el silencio de la provincia.

—¡Sí, he oído hablar de ello! ¡Mi oficio de autor dramático me obliga a urdir, desarrollar y desenlazar asuntos de este género! Los duelos son mi fuerte, y se me concede que sobresalgo al tratarlos. ¿Pero tú no lees nunca las críticas de teatros?

Le examiné. Raoul parecía pensativo, distraído. Tenía la mirada y la voz tranquilas, normales. Se parecía mucho a Turville en aquel momento...A Turville, en sus buenos papeles. Me dije que estaba bajo el fuego de la inspiración y que podía tener talento... naciente... pero, en fin, eso ya era algo...

—¡De prisa—grité con impaciencia,—la situación! ¡Cuéntame la situación! Tal vez ahondándola.

—¿La situación?—respondió Raoul abriendo mucho los ojos,—es de las más sencillas. Ayer mañana, a mi llegada al hotel, encuentro una invitación para un baile para la noche, calle Saint Honoré, Debía ir. Allí, en el curso de la fiesta (¡juzga lo que debió pasar!), me vi obligado a arrojar públicamente un guante al rostro de un hombre.

Comprendí que me trazaba la primera escena de su «trama».

—¿Y cómo desenlazar eso?—dije—¡En ese comienzo hay juventud, hay fuego! Pero, ¿la continuación? ¿el motivo? ¿la elocuencia de la escena? ¿el pensamiento del drama? ¡El conjunto, en fin! ¡A grandes rasgos!... Vamos a ver... venga...

—Se trata de un insulto a mi madre, amigo mío — respondió Raoul, que parecía no escucharme. — ¡A mi madre! ¿Es un motivo suficiente?

Aquí D... calló, mirando a los concurrentes, que no pu-

dieron evitar una sonrisa al oir estas últimas palabras.

—¿Sonreís, señores?—dijo.—También yo sonreí. El «me desafío por mi madre» lo encontré sobre todo de un efecto anticuado y deplorable. Era anodino. ¡Yo veía la cosa teatralmente! El público se desternillaría de risa. Deploré la inexperiencia teatral del pobre Raoul, e iba a disuadirle de lo que yo tomaba por el plan *non nato* del más indigesto de los mamotretos que puedan escribirse, cuando añadió:

—Abajo me espera Próspero Vidal, un amigo de Bretaña, que vino de Rennes conmigo; me espera en el coche ante la puerta. En París no conozco más que a ti. Por eso ¿quieres servirme de segundo? Los testigos de mi adversario estarán en mi casa dentro de una hora. Si aceptas, vístete en el acto. Tenemos cinco horas de ferrocarril de aquí a Erquelines.—¡Sólo entonces me apercibí de que me hablaba de un hecho de la vida, de la vida real!

Quedé aturdido. No fué sino pasados unos momentos cuando estreché su mano. No carezco de presencia de ánimo en estos casos; el ser testigo de un duelo es algo usual, pero en este caso hubiese estado menos conmovido tratándose de mí mismo.

—¡Es verdad! ¡Se comprende!—exclamaron los comensales, queriendo dar a entender que apreciaban lo que había subrayado el dramaturgo.

—¡Debiste decirme eso en seguida!—le respondí. No te haré más frases. Eso sólo es bueno para el público. Cuenta conmigo. Baja, que yo me reuno en seguida con vosotros.

Aquí D... se detuvo, visiblemente turbado por el recuerdo de los incidentes que nos hacía revivir.

—Una vez solo, hice mi plan vistiéndome precipitadamente. No se trataba aquí de combinar los acontecimientos; la situación (banal ciertamente para el teatro) me parecía archisuficiente para la realidad. A su lado *Closerie des Genets*, sin ofensa, desaparecía a mis ojos, cuando pensaba que lo que iba a jugarse era la vida de mi pobre Raoul. A los pocos minutos saltaba del portal al coche *del duelo*.

El otro testigo, M. Próspero Vidal, era un joven médico, prudente y de comedidas palabras: una cabeza distinguida que recordaba los viejos de Mauricio Coste. Me pareció el tipo conveniente para las circunstancias. Estáis de acuerdo en esto, ¿no es cierto?

Todos los comensales, muy atentos, hicieron el signo de cabeza que la pregunta requería.

—Terminada la presentación, rodó el coche hacia el hotel de Raoul. Subimos y encontramos en su cuarto a dos señores, abotonados de alto a bajo, con un aspecto también ligeramente anticuado. (¡Aquí, entre nosotros, considero que estos tipos están ya un poco fuera de la vida real!) Nos saludamos. Diez minutos después las condiciones estaban convenidas: pistola, veinticinco pasos, a la voz de mando. En Bélgica. Al día siguiente. A las seis de la mañana. En fin, todo lo más usual y de rúbrica.

—Tú hubieras podido buscar algo más nuevo—interrumpió, insinuando una sonrisa, el convidado que combinaba estocadas secretas con su tenedor y su cuchillo.

—¡Amigo mío—replicó D... con una amarga ironía,—eres maligno! ¡No es momento de hacer frases! Ves siempre las cosas al través de unos gemelos de teatro. Pero si hubieras estado allí como yo, te habrías abandonado a la sencillez. No se trata de escoger como arma de combate el cuchillo de papel de *l'Affaire Clemenceau*; es preciso entender que no todo es comedia en la vida. ¡Yo me apasiono fácilmente por las cosas que suceden!... ¡Todo no ha muerto en mí, que diablo!... Os aseguro que «no fué chusco del todo» cuando, media hora después, tomamos el tren de Erquelines con las pistolas en caja. ¡El corazón me latía! ¡palabra de honor! Más que me ha latido en ninguno de mis estrenos.

Aquí D... se interrumpió, bebió de un golpe un gran vaso de agua; estaba pálido.

—¡Continúa!—dijeron los convidados.

—Os omito el viaje, la frontera, la aduana, el hotel y la noche—murmuró D... con voz ronca.—Jamás sentí por Saint Sever una amistad más sincera. No dormí un segundo a pesar de la fatiga nerviosa que experimentaba. En fin, el día apareció. Había llegado el momento. Me levanté, me eché agua fría en la cabeza. Mi *toilette* no fué larga. Entré en la alcoba de Raoul. Había pasado la noche escribiendo. Todos hemos madurado escenas semejantes. No tenía más que recordar para ser natural. Dormía cerca de la mesa, en un sillón. En las velas, el pábilo humeaba aún. Al ruido que hice entrando se despertó y miró el reloj. Me lo esperaba; conocía este efecto.

—Gracias, amigo mío—me dijo.—¿Está dispuesto Próspero?

—Tenemos media hora de camino. Así es que voy a llamarle.

Instantes después bajamos los tres, y sonando las cinco estábamos en el ancho camino de Erquelines. Próspero llevó las pistolas. Yo tenía positivamente «miedo», ¿comprendéis? El y Próspero hablaron de asuntos de familia, como si no sucediese nada. Raoul estaba soberbio, todo enlutado, el aire grave y decidido, muy tranquilo, ¡imponiéndose a fuerza de naturalidad!... Era un actorazo en su papel... ¿Habéis visto a Bocage en Rouen, en las piezas del repertorio 1830-1840? ¡Tuvo allí efectos... quizás más bellos que en París!

—¡Oh! ¡Eh!—objetó una voz.

—¡Oh! ¡Oh!... ¡Que te alejas!—interrumpieron dos o tres comensales.

—En fin, Raoul me entusiasmó como jamás me he entusiasmado—prosiguió D...;—creédmelo. Llegamos al terreno al mismo tiempo que nuestros adversarios. Yo sentía un triste presentimiento. El adversario era un hombre frío, de aspecto militar, género «hijo de familia», una fisonomía a lo Landrol, pero con menos firmeza.

Las divagaciones eran inútiles,

las armas fueron cargadas. Me correspondió contar los pasos, y tuve que meterme el alma en un puño (como dicen los árabes) para no dejar ver mi interior; opté por ser un clásico. Dominé mi temperamento. No vacilé. Al fin, la distancia fué fijada. Volví hacia Raoul, le abracé y le estreché la mano. Había lágrimas en mis ojos; no las de rigor, sino las verdaderas.

— Vamos, vamos, mi buen D...—me dijo con calma.— ¿Qué es eso?

Contestando a esas palabras le miré.

El señor de Saint-Sever estaba sencillamente magnífico. ¡Se hubiese dicho que estaba en escena! Le admiré. Hasta entonces había creido que sólo se encontraba esa sangre fría en el escenario. Los dos adversarios se colocaron frente a frente el uno del otro, el pie sobre la señal. Hubo una especie de tránsito. ¡Mi corazón había llegado al *trémolo*! Próspero entregó a Raoul la pistola cargada y preparada; después volví la cabeza con angustia espantosa.

¡Y los pájaros cantaban! ¡veía flores al pie de los árboles! Jamás ningún paisajista ha firmado una más bella mañana! ¡qué terrible antítesis!

— ¡Uno!... ¡dos!.... ¡tres!... — gritó Próspero, a intervalos iguales, dando las palmadas respectivas.

Yo tenía la cabeza tan turbada, que creí oir los tres golpes que anuncian la subida del telón en nuestros teatros. Una doble detonación estalló a un tiempo. ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

D... se interrumpió cogiéndose la cabeza con las manos.

— ¡Acaba, acaba! Ya sabemos que tienes corazón... ¡Acaba!—gritaron de todas partes los comensales, muy emocionados a su vez.

— ¡Y bien, he aquí el final!— dijo D...

Raoul había caído en la hierba, sobre una rodilla después de haber dado una vuelta sobre sí mismo. La bala le había dado en pleno corazón; aquí— y D... se golpeó el pecho.—Me precipité hacia él.

— ¡Mi pobre madre!—murmuró.

D... miró a los oyentes; éstos, gentes de tacto, comprendieron esta vez que hubiese sido de bastante mal gusto reiterar la sonrisa ante él «lo juro por mi madre». El «mi pobre madre» pasó, pues, como una carta del correo. La frase, estando realmente en situación, se hacía posible.

— Esto fué todo—añadió D...;— un vómito de sangre fué su última elocuencia.

Miré del lado del adversario: tenía la espalda rota y le curaban.

Cogí a mi pobre amigo en brazos. Próspero le sostenía la cabeza.

En un minuto ¡figuraos! recordé nuestros buenos años de la infancia: los recreos, las risas alegres, los días de salida, las vacaciones: ¡cuando jugabamos a *los bolos*!

Todos los invitados inclinaron la cabeza para indicar que se daban cuenta de todas las evocaciones que pudo tener en aquel momento.

D... que se transfiguraba de un modo visible, se pasó la mano por la frente. Continuó con un tono extraordinario manteniendo los ojos fijos en el vacío.

— ¡Todo pasaba como un sueño! El recuerdo y la realidad... Le miré más fijamente para salir del sueño. El no me veía ya; expiraba. ¡Y tan sencillo! ¡Tan digno! Ni una queja. Todo en él era hermosa sobriedad... ¡Dos gruesas lágrimas me rodaron por los ojos! ¡Dos lágrimas verdaderas! Sí, señores; dos lágrimas... Si Federico las hubiese visto. ¡Las habría comprendido! Murmuré un adiós a mi amigo Raoul y le tendimos en tierra.

Rígido, en una actitud nada forzada, ¡nada de *pose*! Estaba muerto de verdad. ¡La sangre manchando su vestido! ¡Los puños rojos! ¡La frente ya muy blanca! Los ojos cerrados. Yo no tenía otro pensamiento que el de encontrarle sublime. Sí, señores; ¡sublime! ¡Es la palabra!... ¡me parece... que le veo todavía! ¡No podía sentir más admiración! ¡Perdí la cabeza! ¡No sabía ya de qué se trataba! ¡Me confundía!... ¡Aplaudía! Yo... yo quería volver a llamar...

Aquí D... que se había exaltado hasta gritar, se detuvo bruscamente. Después sin transición, con una voz muy tranquila y con una sonrisa triste, añadió:

— Ay, sí, hubiera querido volverle a llamar... a la vida.

Un murmullo de aprobación acogió esta frase feliz.

— Después Próspero me condujo como un lazarillo.

Aquí D... se enderezó, los ojos fijos: parecía realmente penetrado de dolor; después, dejándose caer sobre su butaca:

— ¡En fin! ¡somos todos mortales!— añadió con voz muy baja.

Luego bebió una copa de ron que dejó ruidosamente sobre la mesa como rechazando un cáliz amargo.

D... que había terminado su relato con una voz rota, había conseguido cautivar tan bien a sus oyentes, tanto por lo impresionante de la historia como por la vivacidad de su recitado, que cuando calló, los aplausos estallaron. Yo me creí en el caso de juntar mis humildes felicitaciones a las de sus amigos.

Todo el mundo resultaba muy emocionado. Muy emocionado.

— ¡Exito de público!—pensé.

— Este D... tiene realmente talento—murmuró cada uno al oído de su vecino.

Todos vinieron a estrecharle la mano calurosamente. Yo salí.

A los pocos días encontré a uno de mis amigos, un literato, y le narré la historia de M. D... *tal como yo la había escuchado*.

— ¡Y bien! — le pregunté al acabar — ¿qué piensa usted de ella?

— ¡Sí, es casi una novela! —me respondió después de un silencio. — ¡Escríbala usted!

Le miré fijamente.

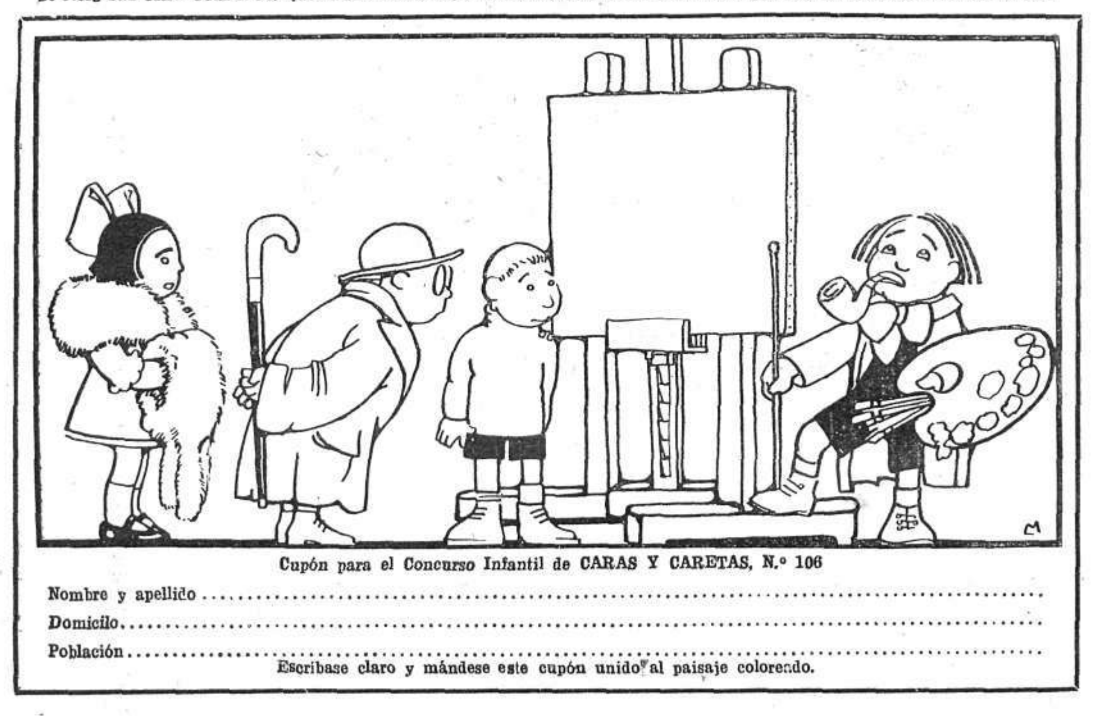
— Sí — le dije — *ahora* puedo escribirla: está completa.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de *CARAS Y CARETAS.* — Chacabuco, 151-155, *Buenos Aires.*

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, N.º 106

Nombre y apellido ....

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Sus travesuras la hacen feliz...

porque ella sabe que eso significa que su hijito es sano, pues la alegría no habita en un organismo anémico, en una criatura enfermiza.

Al contemplar a su adorable tesorito, no puede menos que sentirse orgullosa, pues ella es quien le comunicó esa alegría; es ella quien lo cría, quien le dió la vida; ¡es obra suya! Y tal vez se acuerda agradecida de aquella amiga que le recomendó la MALTA PALERMO.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS.

CERVECERIA PALERMO S. A. - Buenos Aires

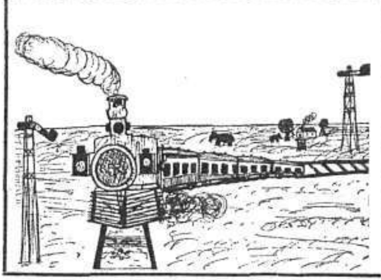




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



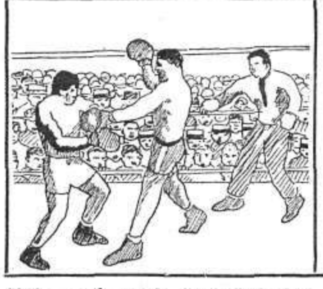
1693 — El tren que trae CARAS Y CARETAS. FABIER TOTARO.



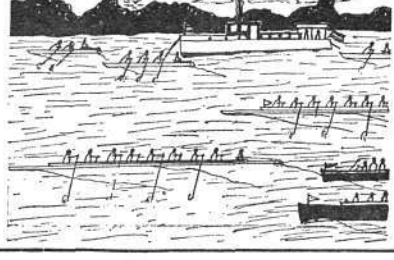
1694 — Mientras llueve... MARCELA ISOLA.



1695 — Jugando al gallo ciego. RAMÓN DOPAZO.



1696 — El match Guerrini-Benigni. E. CASAJÚS.



1697 — Las regatas del Tigre. EWARD WEYLAND.



1698 — José pidiendo perdón. MARIO HEREDIA.



¿Quiere que su cuerpo adquiera líneas seductoras?

Visite usted la

CASA IZQUIERDO

CARLOS PELLEGRINI, 490

y adquiera uno de sus famosos modelos de **CORSE** o **FAJA**, únicos que por su calidad y científica confección, dan al cuerpo comodidad y soltura, conservando siempre la característica de

Belleza y Distinción.

CANOL

La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba. Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura CANOL y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República...... $ 8.–

Unico Concesionario para la América del Sud.
CASA IZQUIERDO
Carlos Pellegrini, 490. — Bs. Aires.

N.º 550. — **Faja para embarazo,** abierta en los costados y cerrada atrás, modelo muy cómodo y práctico, toda de elástico de hilo satinado y de gran duración. **Por esta semana solamente,**

$ 22.-

Solicite Nuestro Nuevo Catálogo

Casa IZQUIERDO

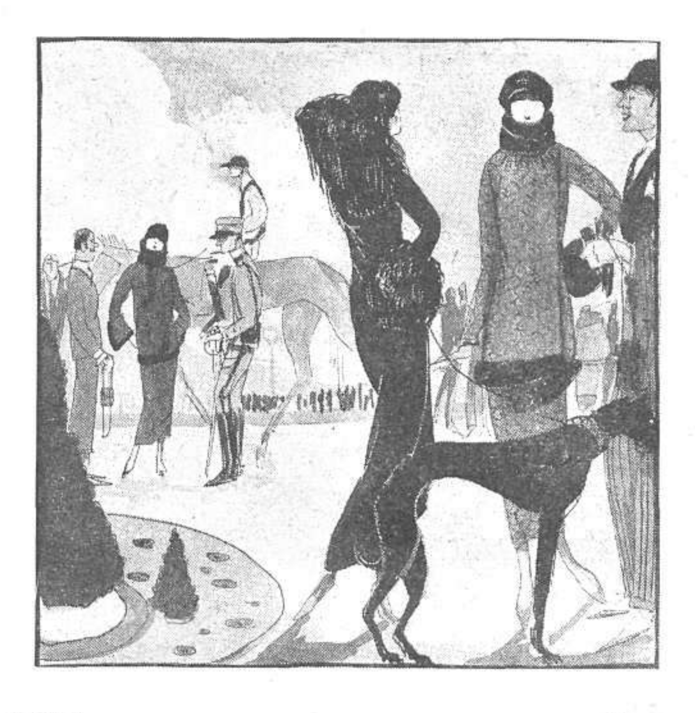
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490, CARLOS PELLEGRINI, 490

UNIÓN TELEFÓNICA MAYO, 0313. — BUENOS AIRES

Los pedidos del interior los despachamos en el día, siendo por nuestra cuenta los gastos de envío.

Si París y Viena lanzan en estos meses sus «tailleurs» de la nueva primavera, ¿por qué no aprovecharíamos nosotros de las ventajas de nuestro clima para lanzar en nuestro otoño las mismas primicias? ¿Por qué no apoderarnos de aquellas sabias y primorosas combinaciones de cintas, flores, pieles, plumas y suavísimos géneros? ¿Por qué no trasplantar la primavera de París en nuestras Avenidas sobre la melancolía de nuestras hojas muertas?



PRIMAVERA EN OTOÑO

POR

LUZ Y SOMBRA

El «tailleur» de fantasía, así como el «tres-piezas», se nos anuncia largo. No falta la casa que nos muestra unas polleras llegando casi hasta el pie, mientras otras intentan mantener el largo hasta la terminación de la pantorrilla, pero escasas son estas últimas, y de todo esto saldrá una medida intermedia, no diferente de la que ha sido adoptada por las elegantes porteñas en las pasadas estaciones.

Las polleras no llevan vuelo, pero no son angostísimas, y hasta hay quien presenta unos bien acogidos modelos con el falso «ampleur», o sea con tabloncitos interiores que empiezan a la altura de la rodilla.

La mayor característica del nuevo «tailleur» consiste en el saco, que es largo.

Cuando no toma las dimensiones de un «tres-cuartos», y en este caso la pollera es lisa o puede ser un cualquier vestido sencillo de satin y el saco es adamascado o broché o estampado, llega por lo menos al largo de los sacos de hombre. A veces termina con una tira ancha, del mismo género, fajando las caderas y cerrada por tres botones que son los únicos que lleva; (en este caso el cuello es «chale») o bien termina con un ancho volado del mismo género, que empieza desde el cinturón colocado debajo de las caderas, y termina en anchos festones poco arriba de la rodilla; o bien es un saco suelto, cerrado sobre la izquierda, y en el que la gracia brilla por su ausencia, como en ciertos «matinées» de nuestras abuelas.

Raras veces no se comprueba un violento y rebuscado contraste de tonalidades en esos «tailleurs»; sólo recuerdo haber visto un precioso modelo de «drap» color habano, cuya pollera era plegada finísima y el saco, casi «tres-cuartos», era del mismo color, con unos motivos negros en «soutache» y una cinta negra atada por cinturón, muy bajo. Pero el contraste fuerte es el preferido, ya sea representadó por un galón o un ribete de gamuza o de cuero, ya sea por las solapas o las aplicaciones. En el «tailleur» no hay bordados; cuando el género no es trabajado de por sí, hay los adornos ya dichos. Las tonalidades se juntan, se sobreponen, se funden o contrastan: azul marino y colorado; gris-plata y fantasía; verde-almendra con gamuza blanca y negra; verde-pimpollo y azul obscuro; galón con relieves colorados, amarillos, verdes y grises sobre fondo gris; negro y blanco con aplicaciones en verde, colorado y azul marino; «beige» y rojo laca; verde-Nilo con blanco; blanco con negro; «henné» con negro, y así hasta el infinito.

La capita se ve en uno que otro modelo, pero no tiene aceptación; es una moda que ha existido, y en la próxima estación no la veremos más que formando conjunto con alguna creación de noche, de grande excentricidad.

El talle en los «tailleurs» es exactamente en las caderas, cuando no es más bajo, quiero decir, que vuelve a bajar ligeramente, y no subirá tan pronto. Así como el franco, quizás...

He dicho que hay sacos sueltos, pero se me olvidaba añadir que ellos son la minoría, pues casi todos llevan su cinturón, no muy ancho, de cuero o de piel, o cinturón de seda, o si no el talle viene marcado por los galones o por la forma del saco.

Raras veces el «tailleur» moderno lleva cuello cerrado; hay cuellos-smoking, los hay a saco de hombre, hay cuellos levantados de atrás, pero muchísimos son cuellos redondos, dobles, tipo «sport», debajo de los cuales pasa una corbata de crepé.

También hay quien luce al cuello, con un saco de forma smoking, un fulard estampado como la faja negra de los apaches parisienses; pero, a la verdad, se necesita ser bella y tener valor...

El «tailleur» de «sport» ostenta líneas severas, mucho más puras que las del «tailleur» fantasía; generalmente no lleva ningún adorno, porque el género es escocés o, por lo menos, a cuadros.

El cuello es de saco de hombre, deja libre la nuca, y las solapas no excesivamente anchas, se abren sobre la blusa-sport.

También se usa el «jabot», o pechera blanca con volados, que sienta particularmente con el «tailleur» de cuadros finitos.

Los géneros «quadrillés» de todas las variedades son los más en boga para los «tailleurs» de sport; en los de fantasía se usa el «quadrillé» en las solapas, o para una pollera que acompañe un saco liso.

Los colores preferidos como fondo en el «tailleur» fantasía son colores discretos; el «arena», gris, «beige», marrón claro, y las tonalidades de azul, desde el marino hasta el «azul-bandera», nuevo matiz, menos obscuro que el azul marino, destinado a ser el preferido por las elegantes rubias.

Y ahora, lectoras amables, decid: ¿qué es la felicidad?

La misma pregunta fué dirigida por un diario a ciertos grupos de personas de diferente actuación social.

Bueno; los financistas dijeron consistir en el trabajo; los jockeys en el descanso; los directores de cárceles en la libertad; y, si hubiesen preguntado a una coqueta, hubiera contestado seguramente que la felicidad es la elección acertada de un vestido.



siempre que queràis escapar
de los peligros del **frio**, de la **humedad**,
del **polvo** y de los **microbios**; cuando
os molesten los **estornudos**, ô **tengàis** carraspera
e **opresiõn** de pecho; cuando os sintais **constipados**,

UNA PASTILLA VALDA

cuyos vapores **balsàmicos** y **antisépticos**
fortificarán, acorazarán,
vuestra **GARGANTA**, vuestros **BRONQUIOS**, vuestros **PULMONES**.
Niños, Adultos, Ancianos,
PARA EVITAR, PARA CUIDAR
las Enfermedades de las Vias Respiratorias
tened siempre â mano

PASTILLAS VALDA

pero sobre todo no empleéis más que
LAS VERDADERAS
que son sólo las que se expenden
EN CAJAS
y llevan en la tapa el nombre
VALDA

FIRMEZA Y PERSEVERANCIA, GRANDES REMEDIOS

La mayor parte de la humanidad doliente son víctimas de su propia impaciencia, de su nerviosidad. Buscan remedios, y cambian todos los días de ellos, prejuzgando sobre su bondad. No han tenido tiempo de observar sus efectos y ya abandonan tal tratamiento. Con ese sistema jamás curarán sus males; antes bien, los agravarán.

Numerosos son los enfermos que están muy preocupados de sus molestias, de las que hablan incesantemente y que constituyen para ellos una verdadera obsesión. Constantemente procuran indagar tratamientos nuevos, sometiéndose preferentemente a los más extravagantes y mostrándose sumamente crédulos... Se encaprichan con un médico durante ocho días y lo denigran al noveno, en que están persuadidos de la incurabilidad de su mal y no cesan de repetir, en el interrogatorio a que se les somete, que es inútil tratar de curarlos, que saben muy bien que no hay nada que hacer; lo cual está en contradicción con su farmacomanía, con sus investigaciones incesantes de nuevos medicamentos.

El tipo de éstos gastrópatas era Voltaire, que difamaba a los médicos; pero que constantemente iba en busca de nuevos remedios y empezó a quejarse del estómago a la edad de 26 años.

¡Qué contraste con los enfermos que han remediado sus males con las

PILDORITAS REUTER



Ellos no cambiaron, fueron perseverantes en su uso y hoy la vida les sonríe. A medida que transcurren los años se afianzan más y más los prestigios que las Pildoritas Reuter han conquistado como tonificantes del estómago e intestinos, estimulantes del hígado y por expulsar del organismo las bacterias que pululan en nuestros intestinos al producirse la digestión.

Siendo la ESTANCACION de los productos digestivos en el intestino uno de los factores más esenciales de la autointoxicación, se comprenderá la alta utilidad que prestan las Pildoritas Reuter con sus seguros efectos laxativos.

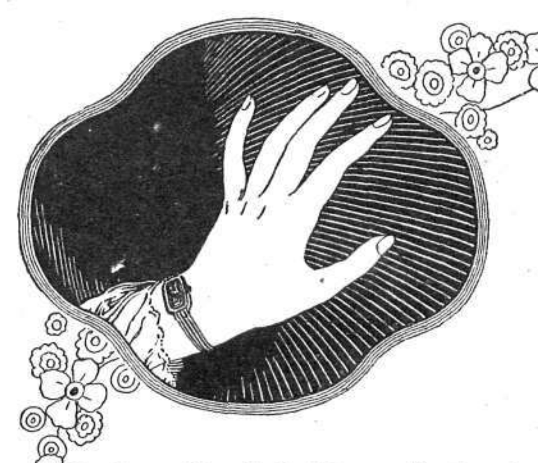
Unicos Importadores: ILLA & Cía. — CALLE MAIPU, 73. - BUENOS AIRES



El profesor Pablo Pizzurno, rodeado de entusiastas admiradores, después de haber cerrado la serie de conferencias dadas en el Colón.

La doctora Ida Bondoreff de Kanton y la Comisión que organizó el beneficio "pro niños Alemanes" patrocinado por el Partido Comunista.

Inauguración del gimnasio en la escuela Juan F. Seguí, cuyos elementos educacionales han sido donados por la Municipalidad.



Mantenga el brillo de sus uñas por muchos días.

El continuo arreglo de las uñas se hace para que éstas presenten siempre un hermoso brillo. Contemplando esta necesidad y la más importante de ahorrar un tiempo considerable, **Cutex** ha preparado su notable **líquido para pulir** que satisface a la dama más exigente.

Con este líquido las uñas parecen durante muchos días que recién hubiesen sido manicuradas. Su brillo hace relucir toda la belleza de la suave cutícula y de la bien formada uña, dándole ese exquisito tinte rosa tan de moda.

Cutex Liquid Polish se extiende sobre la uña, pareja y suavemente. No es pegajoso, razón por la cual se corre fácilmente sin dejar marcas del cepillito. Este toma líquido para una uña solamente. Antes de que se haya arreglado la segunda uña, la primera ya está tan seca que no podrá dañar su superficie.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías al precio de $ 1.90. Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.

NORTHAM WARREN CORPORATION

New York, E. U. A.

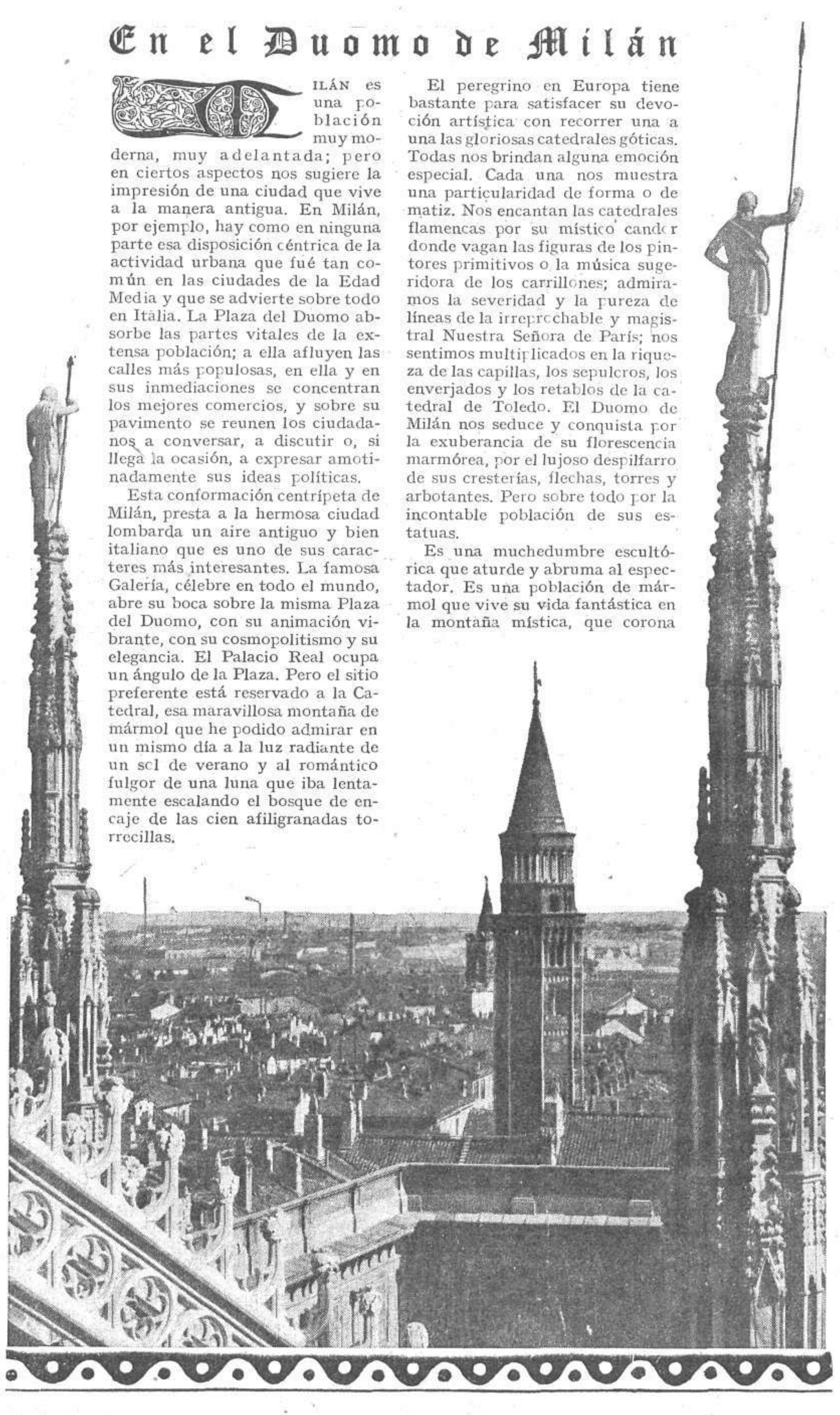
Unico Concesionario: E. HERZFELD. — Maipú, 533. — Buenos Aires.

CUTEX

LIQUID POLISH



En el Duomo de Milán



Milán es una población muy moderna, muy adelantada; pero en ciertos aspectos nos sugiere la impresión de una ciudad que vive a la manera antigua. En Milán, por ejemplo, hay como en ninguna parte esa disposición céntrica de la actividad urbana que fué tan común en las ciudades de la Edad Media y que se advierte sobre todo en Italia. La Plaza del Duomo absorbe las partes vitales de la extensa población; a ella afluyen las calles más populosas, en ella y en sus inmediaciones se concentran los mejores comercios, y sobre su pavimento se reunen los ciudadanos a conversar, a discutir o, si llega la ocasión, a expresar amotinadamente sus ideas políticas.

Esta conformación centrípeta de Milán, presta a la hermosa ciudad lombarda un aire antiguo y bien italiano que es uno de sus caracteres más interesantes. La famosa Galería, célebre en todo el mundo, abre su boca sobre la misma Plaza del Duomo, con su animación vibrante, con su cosmopolitismo y su elegancia. El Palacio Real ocupa un ángulo de la Plaza. Pero el sitio preferente está reservado a la Catedral, esa maravillosa montaña de mármol que he podido admirar en un mismo día a la luz radiante de un sol de verano y al romántico fulgor de una luna que iba lentamente escalando el bosque de encaje de las cien afiligranadas torrecillas.

El peregrino en Europa tiene bastante para satisfacer su devoción artística con recorrer una a una las gloriosas catedrales góticas. Todas nos brindan alguna emoción especial. Cada una nos muestra una particularidad de forma o de matiz. Nos encantan las catedrales flamencas por su místico candor donde vagan las figuras de los pintores primitivos o la música sugeridora de los carrillones; admiramos la severidad y la pureza de líneas de la irreprochable y magistral Nuestra Señora de París; nos sentimos multiplicados en la riqueza de las capillas, los sepulcros, los enverjados y los retablos de la catedral de Toledo. El Duomo de Milán nos seduce y conquista por la exuberancia de su florescencia marmórea, por el lujoso despilfarro de sus cresterías, flechas, torres y arbotantes. Pero sobre todo por la incontable población de sus estatuas.

Es una muchedumbre escultórica que aturde y abruma al espectador. Es una población de mármol que vive su vida fantástica en la montaña mística, que corona



todos los pináculos, que se incrusta en todas las paredes, que escala las más atrevidas alturas o invade las bóvedas y las columnas del interior. Leo en alguna parte que esa población de estatuas de la Catedral milanesa, alcanza al número de siete mil. Lo cierto es que su abundancia produce asombro, y su belleza maravilla.

Lo que más sorprende es la diversidad de tipos, actitudes y calidades de esa población escultórica. Realmente es una sociedad plástica que cumple sus funciones ciudadanas en la montaña mística con una perfección admirable. Están ahí los Santos; están los obispos y los mártires y los predicadores. Pero después ocupan sus sitios convenientes los señores, los burgueses, los caballeros, los artesanos, los guerreros, los heraldos, los juglares, los bufones, los monstruos, más las doncellas y las aldeanas y las brujas. Nadie falta ahí. Todos los personajes de una ciudad de la Edad Media se han dado cita en el Duomo de Milán, al conjuro de un gran aliento de arte.

Yo me complazco en sorprenderlos uno a uno, y soy dichoso cuando al vagar en torno a la montaña mística descubro una nueva figura interesante, una nueva actitud curiosa. Después asciendo por la escalerilla a la cumbre de la montaña, y entonces la admiración llega al extremo. Toda la techumbre de la Catedral está, como diríamos en lenguaje de ahora, urbanizada. Se puede caminar cómodamente por cornisas, pasillos y explanadas bien pavimentadas; se puede recorrer los diversos pisos y subir a todas las torrecillas, en virtud de una previsión y un cálculo arquitectónico que sorprenden. Desde los huecos de las ojivas, desde los balcones, a través de los arbotantes, la ciudad con sus arrabales, la llanura lombarda y los Alpes remotos, aparecen a la vista en un cuadro magnífico.

Pero todavía entonces son las estatuas las que preferentemente absorben mi atención. Aquí las puedo admirar de cerca, palparlas. Aquí puedo detenerme ante ese caballero que en la punta de esa flecha hace un gesto tan gracioso y elegante empuñando en el espacio el asta de una lanza; aquí puedo aproximarme a esa doncella que en el ángulo de un soporte me mira con su rostro dulce y amable, vestida a la moda del quinientos. Y en esta parte del Duomo las estatuas viven en compañía de una vegetación exuberante, en medio de un jardín, en pleno bosque; los árboles son las torrecillas y las flechas innumerables, y hacen el papel de la hojarasca toda esa vegetación de flores de acanto con que se adornan los pináculos y las cresterías de los arbotantes.

De los tiempos medioevales se han dicho muchas palabras apasionadas, erróneas y también estúpidas. Lo que no se ha dicho bastante es en qué grado sería intensa, nutrida y fervorosa con toda clase de fervores la vida de una ciudad en la Edad Media, cuando todo giraba alrededor de una catedral que era a la vez un templo, un sitio de reunión, un motivo de orgullo y una escuela de arte. La plaza, los comercios, el mercado; los palacios de los próceres y las casas de los ricos burgueses; los soportales de las loggias donde el pueblo se reunía a comentar los acontecimientos; allí los desfiles de los magnates con su séquito o de los soldados en formación; allí los aldeanos con sus frutos, y a la tarde, con sus mejores galas, las damas pasando entre filas de caballeros galanteadores.

Y en frente, como suprema aspiración del alma que busca la luz, sea de la fe o sea del arte, la Catedral que vibra con el acento agudo de sus torres y con la pasión de sus innumerables estatuas...

José María Salaberría

De Rosario

Diversos aspectos de la ciudad durante el paro general de protesta contra la ley 11.289. El mercado central de abastos cerrado a pedido de los huelguistas.

Los guardias y vigilantes son los únicos que turban el silencio en las calles por las que transitan muy contados ciudadanos.

De Rosario

CARRERA MOTOCICLISTA ROSARIO, LAS ROSAS, ROSARIO. — Los corredores listos para emprender la prueba, en la que debido a un accidente, perdió la vida el señor Nicolás Checchia.

El motociclista Blas Persia y su acompañante J. Pérez, que resultaron vencedores.

Señor Aníbal Pasini, que ocupó el segundo puesto.

El prestigioso corredor Lamiano Saione que se destacó en la carrera.

VINOS

ARIZU

EL ORGULLO DE LA PRODUCCION NACIONAL

Soc. An. VIÑEDOS Y BODEGAS ARIZU
AV. DE MAYO 1035
RIVADAVIA 1032

RESERVA

PROLIJAMENTE EMBOTELLADOS LLEVAN LA MARCA "ARIZU" ESTAMPADA EN LAS ETIQUETAS, CAPSULAS Y CORCHOS





LA NUEVA CAMPAÑA SELECCIONADORA

Han salido por segunda vez a campaña las máquinas seleccionadoras de semilla de trigo, del Ministerio de Agricultura de la Nación, a cargo de otros tantos Agrónomos regionales, que tienen la misión de conducir la máquina, ofrecerla a los agricultores, en servicio gratuito y hacerles conocer las ventajas y beneficios de la selección mecánica de la semilla.

Este año, con la práctica adquirida en el anterior, los funcionarios mencionados han de encontrar el camino más expedito, más fácil la ejecución de su tarea y, por consiguiente, más rápido el conseguimiento de sus fines y la realización de sus resultados; y como trátase de una misión de enseñanza, han variado de ruta; van, este año, por otras líneas ferroviarias, por donde no anduvieron antes; y así ha de ser para que vaya difundiéndose en zonas nuevas el uso y la práctica de este procedimiento en el cual, en verdad, tenemos la más amplia confianza, sobre todo por la rapidez y seguridad de sus resultados.

La máquina del colono: clasifica tres bolsas de trigo por hora.

Porque, naturalmente, hay tantos y variados métodos o procedimientos para mejorar la semilla, como elemento reproductor, como ser la selección fisiológica, o en masa, la selección de «pedigrée» o de «puras líneas», la hibridación etc.; pero, mientras estos procedimientos, aunque de eficacia indiscutible, exigen una técnica especial que no está al alcance de todos los agricultores y un período de tiempo relativamente largo para comprobar sus resultados prácticos, la selección mecánica de la semilla es una operación fácil y elemental a efectuarse, sencilla y barata en su costo y de resultados evidentes, visibles e inmediatos.

Cuando un chacarero siembra diez bolsas de semilla de trigo, clasificado y limpio, a la cosecha recoge con toda seguridad y sin vueltas, un veinte o treinta o más por ciento de lo que recoge con la misma semilla no pasada por la máquina; y esto no necesita nuevos comentarios para explicarlo, ni muchas experiencias para comprobarlo, porque los agricultores más rutinarios comprenden que la buena semilla forzosamente da una buena cosecha y esto se ha probado y comprobado toda vez que se ha puesto en práctica el sistema.

La máquina del industrial: clasifica más de 200 bolsas de trigo por hora.

Sin ir más lejos, tenemos una prueba evidente, clara e irrefutable en la clasificación amplia y difusa que han efectuado las 8 máquinas oficiales el año pasado y todas las demás que las casas del ramo han mandado también a campaña para hacerlas conocer y apreciar; en los resultados que se han comprobado y que la estadística oficial ha revelado, esto es, con la óptima cosecha última, cuyos rendimientos medios, han sido tan altos, como en ningún año anterior lo fueron, desde que se hace estadística; en toda la extensión cultivada con trigo, se ha obtenido un promedio superior a mil kilogramos por hectárea, sin que la marcha de la estación haya sido del todo superior o excepcionalmente favorable, sin que haya intervenido algún factor o elemento extraordinario, de modo que, lógica y evidentemente y sin esfuerzo de dialéctica, podemos convenir que el resultado excepcional y extraordinario de la cosecha del año pasado, en su rendimiento y calidad, se debe atribuir, en especial modo, a la difusión que ha tenido, en la siembra, la práctica de la clasificación o selección mecánica de la semilla.

Ante resultados tan evidentes y de alcances y proyecciones tan incontrastables, no cabe admitir otra cosa que la bondad del procedimiento y formular otro augurio que se difunda y extienda cada día más en todo el territorio del país, hasta que no haya chacra donde no se adopte, hasta que podamos decir, como los americanos del norte, que no se conoce en ninguna parte «quien no seleccione su semilla» porque, dicen: «cuesta muy caro no limpiarla».

Con eso está dicho todo: cuesta caro no limpiar y clasificar la semilla, porque, no haciéndolo, se paga con tanto de menos que se cosecha y, por tanto, no hay allá quien no limpie y seleccione su semilla antes de sembrarla; ese es el *desiderátum* a que debemos forzosamente llegar, sin demorar más tiempo.

Y para eso van las máquinas oficiales en misión de enseñanza práctica y demostrativa, con el órgano parlante de sus agrónomos, que explican, que discuten, que comprueban y que, con el prestigio de su autoridad y la persuasión de los hechos, han de catequizar a los incrédulos, excitar a los remisos; van con sus máquinas, prestándoselas un poco a todos, para que el beneficio sea más extenso, para que clasifiquen cuando más, diez bolsas cada uno, con lo que tiene el chacarero un lote bueno de seleccionada simiente; no se trata de especular con un instrumento de enseñanza y beneficiar con ello a pocos privilegiados, sino que, la prueba convincente de la bondad del sistema preconizado, alcance al mayor número de agricultores y se haga conocer en la totalidad del territorio de la zona cerealista.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



El doctor Pío Gandolfo, presidente del Consejo General de Educación de la provincia, rodeado de los asistentes al homenaje que le fué ofrecido en la Municipalidad.

COSTUMBRES TÍPICAS DE CHINA

Al contrario de lo que pasa en otros pueblos, entre los cuales, en tiempos primitivos, la endogamia, es decir, el matrimonio entre miembros de una misma estirpe, estaba muy difundido; — en China la exogamia o matrimonio fuera de la estirpe, fué y es severamente practicado. Desde los tiempos más remotos, el matrimonio entre elementos de un mismo «clan» era considerado como un delito. Sucedía a veces que los cónyuges eran castigados con 60 golpes de bambú y se nulificaba el matrimonio. El fin del matrimonio en China, dice el periódico «Minerva», es tener hijos, pero sobre todo criaturas del sexo masculino, porque las hembras no producen ninguna ventaja a la familia. Por esto el infanticidio de las niñas se practica mucho, aunque los chinos lo niegan sabiendo que los occidentales ven esa práctica con repugnancia. La forma más usual es esta: en cuanto nace la niña, la ahogan. Por eso en muchos ríos de China, hay letreros que dicen: «Chin-ni-niu». (Se prohibe ahogar niñas). Si crecen las muchachas y la gente es pobre, las venden, pues la muerte y la venta son derechos indiscutibles de los padres. Un diplomático mejicano establecido en China escribía hace algunos años a un amigo suyo estas palabras: «Los padres de una muchacha me ofrecen a ésta en venta. Me la venden porque está completamente tuberculosa, y con el dinero de la venta desean poder pagar los gastos del entierro». Las leyes chinas no persiguen nada de eso, porque el criterio de los gobernantes es muy particular. Según él, todas esas cosas pertenecen a la vida privada, y el Estado no puede intervenir cuando se trata de cuestiones que afectan al régimen interior de las familias.

1799 ATKINSON 1924

J. & E. Atkinson saludan muy atte. a su distinguida clientela de la República Argentina y se complacen en hacerla saber que para la mejor vigilancia y mayor atención de su Perfumeria han establecido su propio depósito en Buenos Aires, calle Salta, 470, a fin de proveer al Comercio en general donde podrá obtener nuestros productos legítimos a precios acomodados

J. & E. ATKINSON Ltd.

24, OLD BOND STREET, LONDON

PARFUMEURS A LEURS MAJESTÉS LE ROI ET LA REINE D'ANGLETERRE

JOSE GONZALEZ Y Cª
DEPOSITARIOS
SALTA, 470

Enlaces



Señorita María F. Caino con el señor José De Gaetano.—Capital.



Señorita Amanda Bollini con el señor Juan Rinaldi. — Capital.



Enlace Hoffman-Devoto. — Rosario.

Señorita Rosita Calegaris con el señor Héctor Campana. — Rosario.



Señorita Selva E. García con el señor Dalmacio Ramirez. — Santiago del Estero.



DISCOS DOBLES VICTOR DE SELLO ROJO

6 4 2 9 30 ctms. $ 7.70 m/n	**Fausto.** Dio possente. (Gounod). En italiano. Titta Ruffo. **Cristoforo Colombo.** Dunque Oh Sognato? (Franchetti). En italiano. Titta Ruffo.
9 5 3 25 ctms. $ 5.80 m/n	**La Serenata.** (Tosti). Geraldine Farrar. **Madrigal.** «Tes doux Baisers». (Van Ormelingen-Chaminade). Geraldine Farrar.
6 4 2 7 30 ctms. $ 7.70 m/n	**Waltz.** (Tschaikowsky). Mengelberg y Orq. Filarmónica New York. **Tales From The Vienna Woods.** Wals. (Strauss). Willem Mengelberg y Orq. Filarmónica New York.
9 2 9 25 ctms. $ 5.80 m/n	**Quiéreme Mucho.** (Gonzalo Roig). Tito Schipa. **A la Orilla de un Palmar.** (M. M. Ponce). Tito Schipa.

REPERTORIO NACIONAL

Discos dobles «VICTOR», de 25 centímetros, a $ 3.— m/n

Para Baile

77292	**Bien Frapée.** Tango. (A. Maffia). Orq. Típica Fresedo. **Loca Pasión.** Tango. (M. L. Michaelsen). Orq. Típica Fresedo.
77293	**Chafalonia.** Tango. (Vanzina Pacheco). Orq. Típica Pereyra. **La Llorona.** Tango. (E. de Caro). Orquesta Típica Pereyra.
77295	**Solitaria.** Tango. (E. Maciel). Orquesta Típica Fresedo. **Encantito.** Tango. (A. Maffia). Orquesta Típica Fresedo.
77342	**En el Fango.** Tango. (Luis D'Andrea). Orq. Típica Pereyra. **Buena Sombra.** Tango. (J. Galarza). Orquesta Típica Pereyra.
77343	**Rosa Marchita.** Tango. (J. M. Rizzutti). Orq. Típica Fresedo. **Luis María.** Tango. (M. Francia). Orquesta Típica Fresedo.

Cantados

77290	**Crepúsculo Pampeano.** Estilo. (R. Costa Oliveri). Vega-Díaz. (Dúo). **Tesoro Mío.** Vals. (Velich-Correa). R. Díaz. (Solo).
77291	**El Encuentro.** Tango. (Chapela-Ferrer). R. Díaz. (Solo). **Ingrata.** Maxixa. (F. Brancatti). Vega-Díaz. (Dúo).
77294	**Te Acordarás de Mí.** Tango. (Troysi-Numa Córdoba). R. Díaz, con orquesta. (Solo). **Palomita del Pinar.** Tango. (Delfino-Numa Córdoba). Vega-Díaz. (Dúo).

Bailables

POR FAMOSAS ORQUESTAS INTERNACIONALES

Discos dobles «VICTOR», de 25 centímetros, a $ 3.— m/n

19245	**La que yo Quiero es de otro.** Fox Trot. (The One I Love). Paul Whiteman y su orquesta. **Arrullo de Shanghai.** Fox Trot. (Shanghai Lullaby). Paul Whiteman y su orquesta.
19246	**Lléname de Besos.** (Cover me With Kisses). Fox Trot. Orq. Waring de Pensilvania. **Para Siempre.** (Forever). Fox Trot. Orquesta Waring de Pensilvania.
19258	**La Inolvidable Sonrisa.** (A Smile Will Go a Long, Long Way). Fox Trot. Ted Weems y su orquesta. **A las Nueve Volverás.** (Nine O'clock Sal). Fox Trot. Ted Weems y su orquesta.
19237	**Pasto Azul.** (Blue Grass Blues). Fox Trot. Orquesta Silverman. **Tristezas de Honolulú.** (Honolulu Blues). Fox Trot. Jack Chapman y su Orq. del Drake Hotel.
19234	**Lovey Volvió.** (Lovey Came Back). Fox Trot. Orquesta Garber-Davis. **Suaves Cantos Maternales.** (When Mother Sings «Sweet and Low»). Fox Trot. Orquesta Garber-Davis.



Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas

Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.

Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

Distribuidores: TOMAS y Cía. - Bmé. MITRE 1976. - Bs. Aires.

VENTAS UNICAMENTE AL POR MAYOR

EL AMOR DE LOS "MATREROS"



ON la terminación de la guerra había abandonado el monte, donde se refugiara para eludir el servicio militar, junto con otros gauchos, nómadas como él, aficionados a la penumbra y la maraña de los grandes bosques, ya que el campo, aun en estado silvestre, si puede ser un símbolo de libertad, no constituye un seguro refugio para los que huyen de la justicia o de las persecuciones de la autoridad arbitraria; y Fulgencio Luces, que nunca sintió los efectos estimulantes del trabajo, «tiraba al monte» apenas olfateaba en el ambiente algún indicio peligroso para su vida aventurera.

Los tiempos eran duros en la edad de hierro de las tierras vírgenes y las tupidas selvas, donde cada uno atacaba o se defendía para vivir, sin mucho respeto por la personalidad humana, y en que, a veces, los éxitos del «facón» o del «trabuco» iban modelando la ruda plástica del caudillo guerrillero.

Fulgencio no era ni más bueno ni más malo que sus selváticos compañeros, inclinados, por instinto, al merodeo, bajo la sombra de las noches lóbregas, cuando los rancheríos cerraban sus endebles puertas, y las haciendas, sin cuidado alguno, rumiaban echadas en el pasto; pero, como gaucho mozo, fuerte y audaz, sus pasiones tenían impulsos omnímodos, e iban más allá de las grutas hojosas, donde laten existencias desconocidas, y como el perro cimarrón — su convecino — hacía sus excursiones en el poblado, a la búsqueda de la presa, aunque tuviera que conquistarla violentamente.

Cuando el comisario del «pago» le vió en la «pulpería», le dijo con encono:

— Esta ocasión te escapastes, pero tené por siguro qu'en otra no vas a tener tanta suerte. Por lo pronto, te doy la orden de que te mandés mudar de la sesión hoy mesmo.

— Ta bien, comisario — respondió él, al parecer resignado, — pero vea que tengo el mesmo derecho a vivir aquí como los demás...

— No tenés derecho ninguno, porque vos sos un vagabundo lleno e visios.

Fulgencio movió la diestra nerviosamente, pero se contuvo al ver los «milicos» que rodeaban

a su jefe, y contestó con humildad, pero sin modificar el torvo ceño:

— Si usté lo dise, será ansina.

Y agregó, como único desahogo a su cólera no bien disimulada:

— No se olvide, comisario, que la rasón está del lao del más juerte.

Y montó en su «pingo» criollo — robado seguramente, — dándole un rebencazo furibundo en el anca.

— Ahura va — dijo el comisario, riéndose — a despedirse e la prenda.

— O a llevarselá en ancas — agregó el pulpero.

— Yo lo digo en broma, porqu'ella no lo puede ver ni pintao, y el padre y los hermanos ya li han notificao que no se aserque al rancho.

— Y él, ¿se ha mostrao obediente?

— Como e costumbre; contestó que «estaba güeno», pero ¿quién va a discubrir sus intenciones? Es retobao como plomo e boliadora, pero sabe esconder el arma.





Fulgencio pertenecía a la clase de gauchos que hablan más consigo mismo que con las personas, constituyendo un caso de degeneración de la raza, que siempre fué, aunque valiente y heroica, locuaz y dispuesta al holgorio. Todavía existen esos ejemplares ensimismados, cerriles, «chúcaros», que si sus acciones no desmintiesen su carácter, se les creería vivir en continua observación de la psiquis. Hay que desconfiar de estos «documentos humanos», porque si ríen solo haciendo una mueca, en un pliegue forzado de la boca, es porque en su interior se agitan sentimientos repulsivos o trágicos, y Fulgencio hasta para manifestar su cariño era reservado y silencioso.

En una «hierra» conoció a María Juana, la hija del «puestero» Silvestre González, una moza simpática y divertida — la ansítesis, precisamente de su cortejador. — Primero miró a la joven con insistencia comprometedora, sin dulcificar, por supuesto, la fisonomía, para luego acercársele y decirle con cierto tono de imperio:

— Estoy prendao de usté y le pido la preferensia...

Ella, que se hallaba en compañía de Fermín, el hijo del patrón de la estancia — un mocetón más fino y más amable que los demás, — no hizo gran caso de aquella declaración imprevista, y se rió, haciendo un mohín gracioso, revelador, al mismo tiempo, de coquetería y desahucio.

Fermín, que había oído las palabras de Fulgencio, se rió, también, por contagio. Fulgencio palideció de ira y de despecho, volviendo a enmudecer, no sin antes mirar a los jóvenes tan duramente, que ambos perdieron, momentáneamente, las ganas de reírse.

Desde entonces inició el asedio a la muchacha, de un modo tan expresivo que el padre y los hermanos tuvieron que intervenir, notificando al galán que si no cesaba de incomodarlos tomarían medidas serias en contra suya. El se sonrió — a media sonrisa, porque no podía hacerlo de otro modo, — y contestó con mala intención:

— De juro que he llegao tarde, pero pa'l amor el tiempo es obligao.

— Ni ahura ni nunca — dijo el viejo, de mal humor por la tenacidad del mozo.

— El campo es ancho — replicó Fulgencio, — y es de tuitos, y naide me va a privar...

— Pero este campo — arguyó el padre — no es calle, y naide pasa por él sin mi permiso o el del patrón...

— O el del hijo del patrón — interrumpió Fulgencio, con retintín, agregando: — Pidalén permiso e mi parte, aunque es mejor que se lo pida yo... cuando lo encuentre...

— Pidaseló no más — dijo uno de los hermanos de la moza — cuando guste, que de siguro no va a temblar como vara verde, pa dicirle lo mesmo que li ha dicho mi padre...

— Nunca acostumbro a pedir nada... pero esta ocasión... es diferente...

Ellos diéronle la espalda y se retiraron, para evitar un grave incidente, pues conocían las «agallas» de Fulgencio, habituado a la violencia, a pasar por encima de toda consideración y todo escrúpulo. Nativo iracundo y voluntarioso, familiarizado con el peligro, propio del ambiente en que se había criado, libre en el seno de la naturaleza, casi montaraz y cimarrón, no tuvo sin embargo nunca la sinceridad de ésta, cuando muestra sus cuadros de alegría o de furor, en la tempestad de las llanuras, en el dislocamiento de sus montañas o en la belleza inaudita de sus paisajes.

Poco después de esta enojosa escena, empezaron a circular rumores de revuelta. La policía practicaba la «leva» en su vasta sección, y el campo se despoblaba rápidamente, castigado por las persecuciones políticas. Fulgencio, antes que el comisario pensara en él, ya había rumbeado hacia su vieja guarida casi impenetrable, y aunque constantemente partidas de hombres armados registraban los sitios inextricables de la selva y fogueaban los lugares inaccesibles, nunca pudo darse con el paradero de aquellos hombres «vaquianos», que solamente salían a las abras cuando estaban bien seguros de no ser sorprendidos. Y así pasó el mozo todo el tiempo de la guerra, en unión de muchos otros que, como él, aprovechaban las conmociones revolucionarias para entregarse a la depredación y al crimen.

En el silencio y la soledad de su refugio, su amor infortunado creció avivado por el rencor y el sentimiento vengativo, que en su alma echaba raíces como aquellos árboles centenarios de recios y «cascarudos» troncos que el viento huracanado no podía mover sino en los ramajes de las altas copas.

La paz era un perdón para los temerosos de la guerra y para los delincuentes. Desertores y asesinos resultaban, así, amparados por la amnistía, y cuando Fulgencio volvió al «aire libre», llevaba en la mente su plan de desquite. El comisario, que bien lo conocía, había malogrado, temporalmente al menos, sus propósitos. Tenía que irse a la fuerza. Si no le prenderían, y sería peor.

Desapareció, por consiguiente, del «pago» ese mismo día. ¿Había vuelto a su escondrijo? En el se encontraba, contento, a no mediar la circunstancia de que, esta vez, le habían impuesto la madriguera.

Una noche, mientras «churrasquiaba», recibió una inesperada noticia:

— Sabés — le dijo un matrero que acababa de regresar de una correría — ¿quién se casa mañana?

— Algún sonso — dijo él, sin manifestar interés ninguno.

— Ansina es, porque con la plata que él tiene podía haber encontrao más linda prenda.

— ¿Y quién es el mozo, pues?

— El es Fermín, el hijo del estanciero, y ella, María Juana...

— ¡Indina! — exclamó, tirando el churrasco que iba a llevar a la boca. Y agregó, para disimular: — La mejor carne se la comen los perros.

— Buscáte otra, hermano — dijo uno de los presentes, — o hacé matrero al novio... El monte es güeno pal olvido... y aquí se engorda más mejor qu'en el rancho, y hasta hay postre variao de guayaba, chalchal y ñangapiré.

La estancia estaba de fiesta, pues en ella se casaba el «gurí» — como le llamaban los amigos — con la hija del «puestero». Eran muchos los invitados, y desde lejos se veían las luces y se oían los acordes de las guitarras. El comisario hacía acto de presencia en la ceremonia, pues se trataba del estanciero más pudiente de la comarca, y, además, gran amigo del gobierno.

Cuando los concurrentes se hallaban más entretenidos el patio fué invadido, de pronto, por numerosos jinetes, que al principio se supuso invitados.

Fué en virtud de esa creencia que pudieron penetrar en las «casas» sin impedimento alguno. Una vez adentro, las luces fueron apagadas inmediatamente.

— ¡Naide se mueva! — dijo uno de los atacantes con voz estentórea. Los hombres, en medio de la obscuridad, estaban imposibilitados de aprestarse para la defensa. El mismo comisario—tan hábil, en otros casos, para imponerse,—esta vez no pudo evitar los efectos de la sorpresa. Sonaron varios tiros en el corral. Eran los «milicos» que se defendían; y, en medio del tumulto, se vió una figura blanca, llevada rápidamente por un hombre. Nadie pudo perseguir al raptor. El espanto había aflojado todos los brazos y frenado todos los ímpetus.

Se encendieron algunas luces, notándose entonces la desaparición de María Juana. El novio, herido, se hallaba en un rincón de la pieza, y cuando el comisario y sus milicos montaron a caballo para iniciar la persecución de los bandidos, allá lejos, en el camino, se vió al grupo que huía «a todo lo que daban las patas de los caballos», y «cortado», adelante, un jinete que llevaba en brazos una figura blanca.

DIBUJOS — BESARES

SANTIAGO MACIEL


La suavidad incomparable y deliciosa frescura que dan al cutis los PRODUCTOS SUPREMA, son una garantía de su pureza y bondad.
SUPREMA
AGUA COLONIA
De perfume sutil. El frasco............ $ 2.65
POLVO GRASOSO
De gran adherencia y finura. La caja...... $ 1.70
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. Gral. de PERFUMES PRODUCTOS
SUPREMA
P. BURS y Cía.
BOLÍVAR, 1725. - BUENOS AIRES.
EN CORDOBA:
Ruggieri Hnos. - Santa Rosa, 35.
GRATIS remitimos muestra del Polvo GRASOSO SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
Suprema
2.65
PRODUCTOS
SUPREMA

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse á las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

TECNICA

Continuamos con la publicación de la técnica moderna sobre diversas clases de pasatiempos, la que podrá servir de base a los numerosos aficionados al arte enigmático.

Nota de la redacción. — En la página de hoy no se incluye ningún pasatiempo de concurso, pero aún así, los que nos envíen soluciones para el concurso del mes corriente, deberán acompañar a la lista, el cupón que va al final.

Resultados de concursos. — En el próximo número publicaremos los resultados de varios concursos, por no haber sido posible hacerlo antes.

PALABRAS A PARALELOGRAMO

EJEMPLO N.º 56

Indicación

```
      × × × × ×
    × × × × ×
  × × × × ×
× × × × ×
```

Solución

```
      M A R E A
    M E R I N
  L I R O N
P A L O S
```

Lectura horizontal y vertical de diferentes significados.

PALA RAS A TRAPECIO

EJEMPLO N.º 57

Indicación

```
      × × × × ×
    × × × × ×
  × × × × ×
× × × × ×
× × × ×
× × ×
× ×
×
```

Solución

```
      I D O L O
    A R A D O
  A R A Ñ A
I R A D O
D A Ñ O
O D A
L O
O
```

Lectura horizontal y vertical.

EJEMPLO N.º 58

Indicación

```
× × × × ×
× × × × ×
× × × × ×
× × × × ×
× × × × ×
  × × × ×
    × × ×
      × ×
        ×
```

Solución

```
A R A D O
A N I M O
T R A T O
A R E N A
A N A N A
  R I T A
    A M O
      D O
        O
```

Lectura horizontal y transversal.

PALABRAS A LOSANGES

EJEMPLO N.º 59

Indicación

```
      ×
    × × ×
  × × × × ×
× × × × × × ×
  × × × × ×
    × × ×
      ×
```

Solución

```
      T
    S U D
  S A C A R
T U C U M A N
  D A M A S
    R A S
      N
```

Lectura horizontal y vertical.

EJEMPLO N.º 60

Indicación

```
      ×
    × × ×
  × × × × ×
× × × × × × ×
  × × × × ×
    × × ×
      ×
```

Solución

```
      L
    B I S
  B A T A S
L I T E R A S
  S A R A O
    S A O
      S
```

Lectura horizontal y vertical.

LOSANGE SILABICO

EJEMPLO N.º 61

Indicación

```
            × ×
        × ×     × ×
    × ×     × ×     × ×
  × ×   × ×   × ×   × ×  × ×
× ×   × ×   × ×   × ×   × ×
  × ×   × ×   × ×   × ×
    × ×     × ×     × ×
        × ×     × ×
            × ×
```

Solución

```
            DO
        PA      PA
    CO      MI      NO
  PA    NO    RA    MA
DO    MI    NA    CI    ON
  PA    RA    BO    LA
    NO      CI      VO
        MA      LA
            ON
```

Lectura horizontal y vertical.

PALABRAS A EXAGONO

EJEMPLO N.º 63

Indicación



Solución

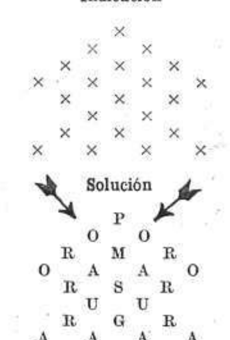
```
A R M A
R E A T O
M A L E V A
A T E L A N A
O V A L A R
A N A N A
A R A S
```

Lectura horizontal y diagonalmente.

PALABRAS A EPTAGONO

EJEMPLO N.º 64

Indicación



Lectura diagonal.

PALABRAS A OCTAGONO

EJEMPLO N.º 65

Indicación



Solución

```
    A R A
  A M E N A
A M A P O L A
R E P O N E R
A N O N I M O
  A L E M A
    A R O
```

Lectura horizontal y vertical.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, y de pasatiempos para el concurso del mes corriente.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

MAYO DE 1924.

CUPON N.º 1337.

A los colaboradores. — Se recomienda especialmente a los colaboradores cuando envíen pasatiempos en que intervengan dibujos, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma. En nuestros próximos números publicaremos pasatiempos más fáciles que hasta el presente.

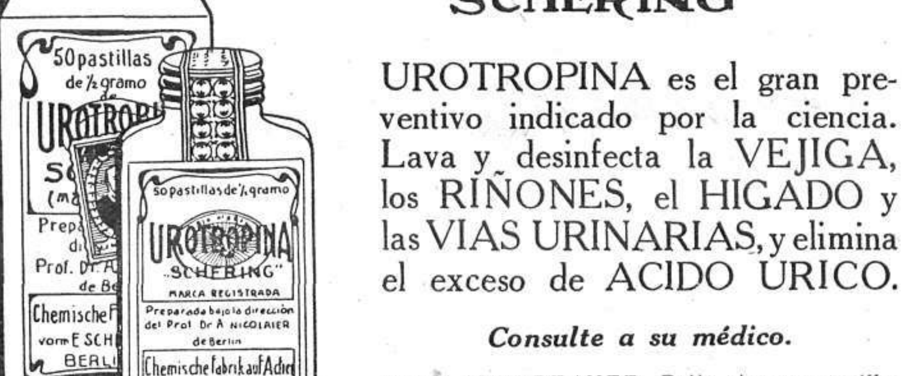
Concurso de mayo. — Se reciben soluciones hasta el 14 de junio inclusive.



A fin de prevenirse contra las enfermedades endémicas propias del cambio de estación, limpie y desinfecte su organismo tomando

UROTROPINA

"SCHERING"



UROTROPINA es el gran preventivo indicado por la ciencia. Lava y desinfecta la VEJIGA, los RIÑONES, el HIGADO y las VIAS URINARIAS, y elimina el exceso de ACIDO URICO.

Consulte a su médico.

NOTA IMPORTANTE: Exija siempre pastillas UROTROPINA en frascos originales **"Schering"** *que contiene 50 comprimidos de 1/2 gramo.*



GRAMOFONO "SPORT"

Se remite con 6 piezas y 200 púas, a cualquier punto de la República

POR SOLO $ 28.—

LIBRE DE TODO GASTO

Caja 32 ½ × 27 × 17 ctms., de metal charolado de muy buen efecto de sonoridad.

Pedidos a **"CASA CHICA"** de **A. Ward.**

CALLE SALTA N.° 674-676 BUENOS AIRES

CATÁLOGOS Y FOLLETOS ILUSTRADOS GRATIS



ECOS DE LA VISITA DEL DOCTOR LOZA. — El Ministro de O. P. de la Nación, doctor Loza, con la comitiva oficial que lo acompañó durante su visita al Ingenio Bella Vista.

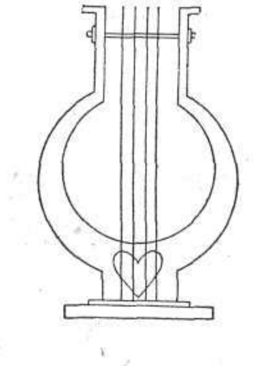


El doctor Loza con el Interventor doctor Gondra y personal superior del Gobierno, después del banquete que le fuera ofrecido durante su visita a esta ciudad.

REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO

Las impresiones de Darío le inspiran un cuento. — Ese cuento al través de treinta años resulta profecía.

Los sucesos de El Salvador dejaron en el alma de Darío una huella profunda. El crimen de traición y los hechos de sangre, sobre todo, lo obsesionaban con un delirio trágico. Evocaba sin cesar las escenas que atormentaban su mente y parecía sentir una voluptuosidad dolorosa con la evocación de esos recuerdos. Bajo esa impresión escribió un cuento que no he visto reproducido en ninguno de sus libros y al cual, acontecimientos posteriores, le han dado la ejecutoria de una profecía:



V

EL BUEN DIOS

CUENTO QUE PARECE BLASFEMO, PERO NO LO ES

«Todos los niños del Hospicio habían ya rezado después de la taza de chocolate. A los más pequeñitos les habían persignado las Hermanas de Caridad. En la gran sala alumbrada por una farola de gas, colocada en un extremo, flotaba el aliento acompasado del sueño, en las camitas que tenían de nido y de cuna. La hermana Adela vigilaba. ¡La buena hermana Adela! Al muchacho que tenía descubiertos los piececitos, se los cobijaba con la sábana blanca. Al que se había acostado con una mano en el corazón, se la quitaba de ahí y le ponía tendido sobre el lado derecho, porque así se duerme bien y no se tienen pesadillas. A cada cual vigilaba la hermana con gran cuidado; el rubiecito Jorge que tenía los cabellos dorados y las más preciosas manos infantiles; al gordinflón Roberto, una delicia por su gracia; a la dulce perlita Estefanía, que era la que con lindos dientes reía en el jardín, los brazos al cielo, fresca, tierna y alegre bajo un rosal; ¿a cuántos niños más? ¡Ah, la incomparable Lea, que era pálida y apacible, y en el juego del recreo la más formal, y rezaba más bellamente, como un pequeño ángel, con las manos juntas, al buen Señor Dios, a la hora de acostarse, cuando su espesa cabellera negra manchaba con su negrura la cándida camisa de la chiquilla escuelera.

¡Ninguna como esta adorable pequeña! Era la más amada de las huérfanas inocentes que vivían en aquella Casa de Caridad, bendito «kindergarten» de miniaturas humanas, donde las risas desbordadas, sonaban como canciones locas de pájaros nuevos, en una pajarera encantadora. El día domingo, cuando iban de paseo todos los chicos del Hospicio, llamaba la atención Lea, seria, cuellierguida, sonriente, con una suave e innata majestad de princesa colibrí. Y era de verla a la vuelta, cómo traía sus naranjas doradas, sus ramos de flores del campo, sus lirios y sus rosas. La hermana Adela la quería mucho, porque no era como otras que le decían impertinencias: «Hermana Adela, ¿por qué tenéis la cabeza rapada como el mozo que nos trae la leche?» Antes bien le decía cosas sensibles y puras: «Hermana Adela, ¿me permitís dar mis violetas a la cieguecita que está en la esquina cantando su canción?» Otras veces, cuando iban a la misa, en la capilla fragante de incienso, donde estaba el altar flamante y el órgano místico y sonoro y donde el cura viejo y santo alzaba la custodia, Lea estaba inmóvil, fija en el altar. Allá arriba, en el coro, sonaban los himnos religiosos; el sacerdote vestido con su casulla de blanco y oro, bebía en un cáliz de oro también. Todos estaban de rodillas ante él.

«Lea decía, allá dentro de su cabecita de gorrión, recién nacido al sol: «La hostia es santa, blanca y redonda; el padre tiene en la cabeza una corona como la hostia; él bebe en una copa de oro; cuando él alza la custodia tres veces sobre su frente, me está mirando el buen Dios, que me ama y me ha dado mi cama suave, la leche fresca por la mañanita, la muñeca en el día, el chocolate por la noche; así dice la hermana Adela. ¡Oh, buen Dios!

«¡Y cuando la plática del señor cura! Era siempre después de la comunión. Allí él, sencillo, ofreciendo sonrisas, procuraba llegar con sus palabras a la comprensión de aquellos pequeñines. «Tenéis todos una madre, hijos míos, aunque os falte la natural. Es una divina mujer que está allá en el cielo y también en el altar donde digo la misa. Es aquella que está sobre una media luna, con un manto azul, rodeada de cabecitas de niños rosados como vosotros y que tienen alas. Ella es amorosa, es maternal y os bendice. Vuestro Padre es el el Padre celestial, el Buen Dios.»

«Cómo amaban y comprendían ellos al «Padre celestial», a la dulce María santa, bella y gloriosa, imaginada por el gran Murillo. Y Lea, sobre todo, se fijaba en el «Buen Dios» que estaba allá en la capilla, en un retablo, todo soberbio y venerable; un gran anciano de barbas blancas, el Padre Eterno, que tenía los brazos abiertos sobre el mundo, un triángulo de luz en la cabeza, los pies sobre las nubes, lleno de ternura y de majestad, como un abuelo.

«Cuando ella iba a su lecho pequeño y tibio, como para que se echase en él una paloma, pensaba en todos los bienes de que gozaba por el abuelo del cielo, el de la capilla; el que había creado el azul, los pájaros, la leche, las muñecas, la casulla del cura y a la hermana Adela que la persignaba y arrullaba también a modo de una madre de verdad.

«¡Las doce! ¡Clara noche! La hermana se ha-

bía puesto a rezar: «¡Por la guerra; porque nos quites, ¡oh Dios! esta horrible tormenta; porque cese la furia de los hombres malos; porque respeten nuestra capilla, nuestra bandera con su cruz!»

«La bandera estaba ya puesta desde el principio de la toma de la ciudad en lo alto del Hospicio. La guerra era la más sangrienta y horrorosa que había visto el país. Se sabía de saqueos, de incendios, de violaciones, de asesinatos horrorosos. Las Hermanas de Caridad que dirigían el Hospicio habían pedido a los devastadores que se le respetase con sus niños. Así se les había ofrecido. Habían, pues, colocado su bandera blanca con una cruz roja.

«Cuando al caer la tarde, la hermana Adela supo la noticia de que había bombardeo, a la hora del chocolate, dijo a todos los chiquillos: «¡Hijos míos, oremos!» Siempre oraban antes de comer. Juntaron las manos y alzaron los ojos. De pronto, se empezaron a oir lejanos cañonazos. Todas las niñas estaban alegres en la mesa, menos Lea. A poco dijo a la hermana: «¡Oye, hermana! Truena». Otra dijo: «¡Es la guerra!» La hermana volvió a ordenar: «Niños míos, oremos.»

«A lo lejos se oían gritos, ruido de gente en lucha; retumbaba la voz del bronce. Arriba en el cielo, en la pureza del azul infinito, una luna clara y argentina, en todo su esplendor, derramaba su luz, pálida, indiferente, alumbraba las miserias de la tierra.

«Dios te salve María, llena de gracia...» Ya se había levantado a media noche la hermana Adela, cuando vió caer la primera bomba en el patio del Hospicio. ¡El bombardeo! ¡Luego esos bandidos esos Herodes, sacrificarían en su furia y en su venganza a los inocentes! Pasaban con ruido siniestro e infernal las granadas en el aire. La bandera con la cruz que estaba sobre el Hospicio, era como una pobre y grande ave ideal, delante del espantoso proyectil del bronce inicuo. En tanto los niños dormían. Allá, no lejos, se oían estallar las bombas y vibrar tristemente los ayes de los heridos.

«Una, otra casa se envolvía en llamas. El cielo reflejaba el incendio. «Dios te salve María...» La hermana Adela fué y vió las camas de los niños, donde en cada una de ellas, alentaba una delicada flor de infancia, llena de aroma divino.

«Abrió una ventana y vió cómo por la calle iban en larga carrera, gentes sangrientas y desesperadas, soldados heridos que desfallecían, mujeres desmelenadas con sus hijos en brazos, a la luz implacable del incendio. Entonces fué cuando comenzaron a caer granadas en el recinto en que dormían los niños. ¡Qué respeto a la bandera blanca! ¡Qué cruz roja! ¡Qué la inocencia! Cayó la primera y saltaron dos camitas despedazadas, dos niños muertos en su sueño. Y siguieron cayendo en lluviatremenda las balas criminales; y la hermana Adela gemía, porque la muerte no viene nunca así para los pobres inocentes y porque eso era como un olvido del cielo para con las rosas vivas que perfuman aquellas cunasnidos. Despertaron los chicos al estruendo y se pusieron a llorar, en tanto que la hermana Adela oraba con su rosario en la mano. Granada tras granada, el edificio se iba destruyendo por partes. Al fin se incendió el Hospicio. Locas todas las guardianas y maestras de los niños quisieron salvar a los que pudieran tomar en brazos, azorados en su súbito despertar, soñolientos, desnudos.

«La hermana Adela corrió a la camita de Lea, donde ya la niña estaba de rodillas, orando al Señor Anciano de la capilla, que es tan bueno, que hizo el sol y la leche y las frescas flores de mayo; orando por aquello que no comprendía, por aquella tempestad de fuego, por aquella sangre, por aquellos gemidos... ¡Oh, el «Buen Dios» no permitiría que fuese así, como ella se lo rogase!...

Pero al acercarse la hermana que la iba a socorrer, cayó cerca otra bomba que hirió a la religiosa, ensangrentando su traje de algodón azul y su corneta de lino blanco. Con los ojos abiertos en redondo, poseída de algo sobrehumano, la pequeña Lea, se alzó de pronto sobre su colchón, y con una voz que helaría de espanto a un hombre de piedra, exclamó retorciendo sus bracitos y mirando hacia arriba: «¡Oh, «Buen Dios», no seas tan malo!...»

Este cuento lo escribió Darío el 14 de agosto de 1890. Treinta años después, el 12 de abril de 1920, una escena casi semejante a la imaginada por el poeta, tenía lugar en Guatemala.

Una revolución justificada en absoluto por sus finalidades, no así por sus medios, ya que la alimentaron traiciones, si no tan negras como la de Ezeta, siempre cargadas de tintas obscuras, dió en tierra con el gobierno existente. El mandatario derrocado vivía en los alrededores de la población; en la ciudad estalló el movimiento. Creyendo intimidar a los rebeldes, Estrada Cabrera, tal el nombre del presidente, inició un bombardeo. Los enemigos se hallaban acantonados hacia el Poniente, donde se encuentra la Casa Central, nombre con que se conoce un Asilo de Huérfanos. Era de noche y las cosas pasaban como las pinta el poeta. Sobre el sagrado recinto giraban silbando las granadas. Los grupos de niños se arremolinaban con miedo en torno de las hermanas. Estaban en el dormitorio. Cada silbido del ave siniestra, era un grito. De pronto un estruendo, el techo se abre, hay un silencio de sorpresa. En medio del salón ha caído una granada. De tal modo paraliza el espanto que nadie corre. Pero la granada permanece también muda. Pasan uno, dos, tres minutos y es un cuerpo inerte e inofensivo. Felizmente la profecía se redujo al escenario y no se representó la tragedia.

Las hermanas dijeron que se trataba de un milagro; el presidente caído, en sus declaraciones evacuadas en el juicio que se le siguió, ha dicho que mandó quitar las espoletas a las granadas, porque su intención era sólo amedrentar a los enemigos.

(CONTINUARA)





De Tucumán



Núcleo de ingenieros civiles agrónomos y geógrafos que se reunió con el fin de sentar bases para la fundación de un Centro de Ingenieros. Esta loable iniciativa encontró caluroso eco entre los numerosos profesionales de esta ciudad.



Estudiantes de ingenieros de la Universidad de Bs. As. que recorre en jira de estudio el norte de la República.

Concurrentes al Concurso realizado en el Tiro Federal celebrando la inauguración de la temporada.



ARIAS. — El obispo de Córdoba, monseñor Dávila, rodeado por los miembros de la familia del señor Bouvier, después de la recepción ofrecida al ilustre prelado.

SI AMAS A DIOS

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque El estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque a pesar de la diaria tragedia El llena de júbilo el Universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie, porque nada puedes perder, y las fuerzas del Cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas, porque le llevas a El, que es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte, porque en El estás y El permanece incólume a través de todos los cambios.—A. NERVO.

ESTADO CIVIL

Llegó cierto borracho a la comisaría entre dos guardias y el comisario se dispone a llenar el formulario:

— ¿Su nombre? — le pregunta.
— Hilarión López...
— ¿Profesión?
— Albañil.
— ¿Estado?
— Ya lo ve usted... e...bri...o.



CORRIENTES 1172-80

BUENOS · AIRES

GRANDES ALMACENES DE MUEBLES

POR REEDIFICACION DE NUESTROS LOCALES

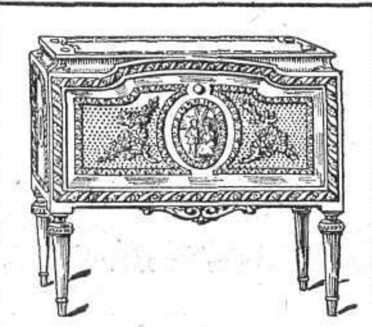
estamos vendiendo a precios extraordinariamente rebajados. Si Vd. desea instalar o renovar el moblaje de su hogar, aproveche ahora las ventajas que ofrecemos.



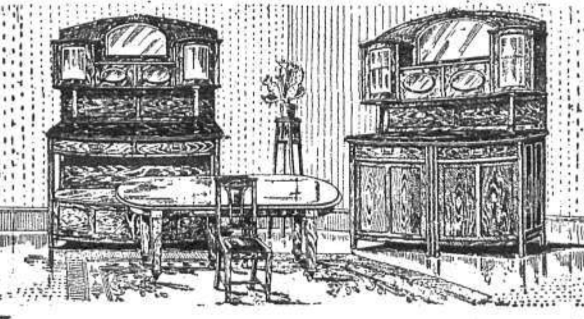
JUEGO DE DORMITORIO, construído en roble norteamericano, amplio formato de 3 cuerpos, cuerpo central entrante. Compuesto de 1 ropero, una «toilette», forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama 2 plazas con elástico reforzado, lunas Saint Gobain biseladas, aplicaciones y herrajes de bronce cincelado, mármoles de color seleccionado. **El juego completo** ...... $ **500.—**



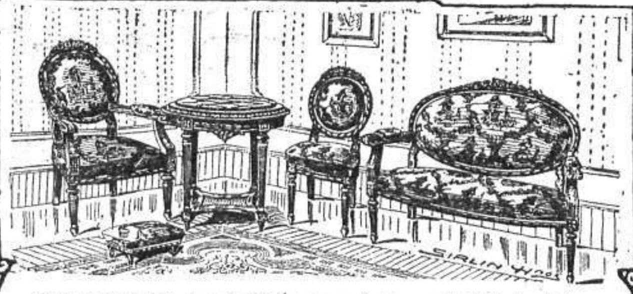
GUARDARROPA, construído en nogalina, maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame,** a...................... $ **85.—**



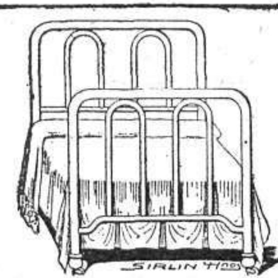
MUSIQUERO de fantasía, dorado «París», con artístico «panneau», adornos tallados bajo relieve, amplio formato; rebajado a......$ **140.—**



JUEGO DE COMEDOR, bombée, construído en roble norteamericano, lunas biseladas, mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas roble tapizadas en búfalo y 1 mesa con tabla de agregar. **El juego completo, $ 485.— Aparador y trinchante $** **375.—**



JUEGO DE SALA, dorado «París», armazón de nogal tallado, tapizado en lampás de seda. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. **El juego completo**.................... $ **320.—**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al laqué, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, pesos **45.—**; 1 ½ plaza, pesos **35.—**; 1 plaza, a.................. $ **25.—**

PEDIDOS. — Los pedidos que recibimos por carta, merecen toda nuestra atención, y los atendemos en la misma forma como si nos fueran hechos personalmente.

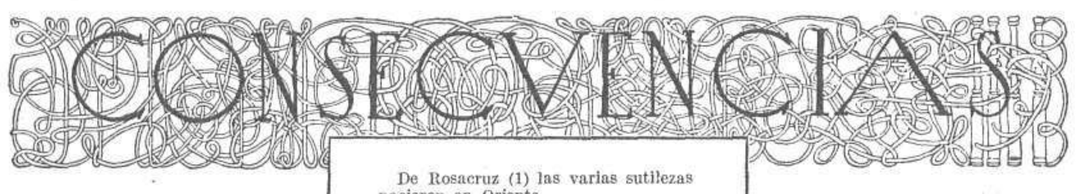
CATALOGOS
General de MUEBLES, edic - Nº 9.
CAMAS de BRONCE " " Nº 2.
CAMAS de HIERRO esmalt " Nº 1.

CATALOGOS. — Al solicitarlos, rogamos mencionar el artículo que se desee, a fin de remitir el catálogo correspondiente.

De Corrientes

Aspirantes a oficiales de Reserva del Regimiento 5.° de Infantería que juraron la bandera, realiznádose con este motivo una interesante fiesta militar.


Sastreria de Lujo
TRAJES Y SOBRETODOS HECHOS, LISTOS PARA VESTIR
elegantes, prácticos y de calidad, al
PRECIO-RECLAME
de $ 60. c/u.
Es una ocasión digna de ser aprovechada, pues son todos trajes y sobretodos finísimos y bien terminados.
No basta "QUERER": hay que "SABER" ser elegante.
Si Vd. no selecciona el sastre que se hará cargo de sus prendas, correrá el riesgo de que estas sean de estilo vulgar y completamente faltas de «chic» y originalidad.
No sufrirá Vd. tal decepción tratándose de nuestra amplia Sastrería de Lujo, la más grande en Sud América, y la mejor dotada de todos los elementos más modernos y competentes en el ramo.
Nuestros cortadores dan principio a su obra efectuando un estudio de la persona que deben complacer, reunen detalles, toman medidas y aconsejan con conocimiento de causa el estilo y modelo que hará resaltar elegantemente las líneas del cuerpo.
Al confeccionar el TRAJE o SOBRETODO, nuestros especialistas siguen punto por punto y con toda exactitud, las indicaciones del cortador. Arman y cosen las prendas de manera que se ajusten al cuerpo sin violencias y sin defectos y efectúan las costuras en forma delicada pero que ofrecen la mayor resistencia. Así se explica la ilimitada duración de los TRAJES y SOBRETODOS que entrega la Casa M. Alvarez.
A título de presentación hemos marcado precios módicos como nunca y puede Vd. encargar un exquisito TRAJE o SOBRETODO DE MEDIDA en fino casimir liso o fantasía; y sólo le cobraremos el precio de $ 130.
SE REMITEN GRATIS MUESTRAS DE CASIMIRES
SASTRERIA DE LUJO
(La más grande en Sud América)
M. ALVAREZ
B. AIRES
B. MITRE ESQ. ESMERALDA
NO TIENE SUCURSAL
Se remite gratis al interior nuestro Album de figurines.



De Rosacruz (1) las varias sutilezas
nacieron en Oriente
y al pie de Jacatala, el indio siente
al sectario que canta sus grandezas.
Busca, lector a Paracelso; admira
cómo Flood ha descrito
aquél Poder ignoto e infinito
que en el cielo eterno con los soles gira!...
Lee después esta historia, pues deseo
que admires a la luna en su apogeo

Hay en Sinla comisiones por un año, por dos, por cinco; y las hay también, o las había vitalicias, con las cuales se vive el término natural de la vida, asegurándose unos buenos mofletes y una buena renta.

Es inútil añadir que durante los meses de invierno, se puede abandonar la ciudad, que está entonces algo tristona.

Tarrión llegó, sabe Dios cómo, de algún lugar apartado de la India Central, donde a Pachmari (2) le consideraban como un sanatorio, y donde se viajaba en carreta.

Pertenecía a un regimiento; pero lo que deseaba ardientemente, era salir de él y venirse a vivir para siempre a Sinla.

No tenía preferencia por nada en particular, aparte un buen caballo y una buena compañera, porque creía que era apto para todo; creencia que cuando está profundamente arraigada, es una bendición de Dios.

Entendía de muchas cosas, tenia buena presencia y se hacía simpático a todos hasta en la India Central.

Subió a Sinla, y como era inteligente y divertido, gravitó hacia Mrs. Hauksbee, que podía permitirlo todo menos la estupidez.

Una vez hizo a esta señora un inmenso servicio, cambiándole la fecha de la invitación para un gran baile al que quería asistir y no podía, porque habiéndose peleado con el ayudante de campo que era hombre mezquino, éste en venganza le invitó a la fiesta pequeña y no a la grande del día 26.

El trabajo fué obra maestra de falsificación, y cuando Mrs. Hauksbee enseñó al ayudante su invitación, y le regañó suavemente por no saber preparar las *vendettas*, el creyó que en efecto había cometido un error y juzgó además — pensando prudentemente — que no se debía luchar con aquella señora, la cual agradecida, preguntó a Tarrión qué podía hacer por él.

Este respondió sin titubear:

— Soy un escotero que está con licencia a fin de ver lo que puede pescar. No tengo en Sinla interés de ninguna clase; no conozco a ninguno de los que pueden dar empleos y necesito un sueldo bueno y saneado. Creo que usted es capaz de hacer todo lo que se le antoje. ¿Quiere usted ayudarme?

Mrs. Hauksbee se quedó pensativa durante un minuto; pasó por sus labios la extremidad del látigo de montar, como solía hacer cuando reflexionaba, sus ojos centellearon y al fin dijo:

— Sí, quiero — y alargándole la mano, se la estrechó.

Tarrión tenía tan absoluta confianza en esta gran mujer, que ya no volvió a ocuparse de aquello: lo único que le preocupaba era qué clase de nombramiento lograría.

Mrs. Hauksbee, comenzó calculando el valor de los jefes de los departamentos y de los miembros del Consejo a quienes conocía, y cuanto más pensaba en ellos más se reía porque su corazón tenía que entrar en juego y esto le gustaba.

Después cogió una lista de empleos civiles y comenzó a examinarla. Hay algunos destinos muy hermosos.

Provisionalmente decidió que aunque Tarrión era demasiado *bueno* para el departamento de política, sería lo mejor empezar por tratar de meterlo allí. ¿Qué plan era el suyo, al intentar esto? No nos importa.

La suerte o la desgracia trabajaron por ella, así que no tuvo que hacer más que esperar el curso de los acontecimientos y aprovecharle.

Los virreyes, cuando lo son por primera vez, sufren la monomanía de los *misterios diplomáticos*. Esto pasa con el tiempo, pero todos lo atrapan al principio porque no conocen el país.

El Virrey, que en aquel momento sufría tal enfermedad (hace de esto mucho tiempo: antes de que Lord Dufferin viniera del Canadá y Lord Ripon del seno dela iglesia de Inglaterra), estaba múy malo y el resultado fué que cuantos eran novatos en guardar los secretos oficiales, estuvieron a punto de considerarse desgraciados, mientras él se vanagloriaba creyendo que había introducido nociones de prudencia en su Estado Mayor.

El gobierno supremo tiene la irreflexiva costumbre de confiar lo que hace a documentos impresos, en los que se consignan las cosas más variadas. Desde la orden de pago de 200 rupias a la policía secreta del país, hasta las soflamas administrativas a Vakils y Motamids de los diversos Estados, y las cartas un tanto ásperas dirigidas a los príncipes indios, encargándoles que pongan orden en sus casas; que se refrenen en lo de robar mujeres y no incurran en la manía de atracar de pimienta roja a los prisioneros o en otras excentricidades de esta clase.

Por supuesto, estas cosas jamás puden hacerse públicas, porque los príncipes indígenas nunca yerran *oficialmente*, y sus Estados, oficialmente también, están tan admirablemente administrados como nuestros territorios. Además las licencias que privadamente se toman algunos seres raros, no son cosas que deban publicarse aunque muchas veces diviertan.

Cuando el gobierno supremo está en Sinla, estos documentos son preparados allí y se llevan a la mano a los que debían recibirlos o en cajas oficiales o por el correo.

Para aquel Virrey, los principios en cuanto a los secretos de Estado, eran tan importantes como la práctica y sostenía que un despotismo benévolo como el *nuestro*, jamás debe permitir que ni aún las cosas más pequeñas como el nombramiento de un escribiente se publique antes de tiempo.

Era un hombre notable por sus opiniones.

En aquellos días se preparaba una gran hornada de documentos, y tenían que viajar de un extremo a otro de Sinla, llevados a la mano. Ni siquiera se les puso en un sobre oficial, sino en uno largo, cuadrado, de color de clavel pálido.

¡Tratándose de servicio público un papel fino y serpenteado!

Estaba dirigido al jefe de ofici-

(1) Secta que se jactaba de conocer todas las ciencias. — (*N. del T.*).

(2) Puebo indio. — (*N. del T.*).

na, etc., etc. Ahora bien: entre el jefe de la oficina, etc., etc. y Mrs. Hauksbee y un rasgo de pluma, no hay gran diferencia si la dirección ha sido escrita por mano muy inhábil como aquella lo fué (1).

El *chaprassi* que cogió el sobre no era ni más ni menos idiota que los demás *chaprassis*, y lo único que hizo fué olvidarse de a quién tenía que llevar aquel pliego, de aspecto no oficial, por lo que se lo preguntó al primer inglés que halló al paso y que era un jinete que se dirigía con mucha prisa a Annandale.

El inglés, apenas miró el sobre y dijo: Hauksbee... *sahiba ki*... (2) y siguió andando. Lo mismo hizo el *chaprassi* porque la carta era la última del mazo y quería terminar.

No tenía que pedir recibo, así que dió el pliego al mandadero de Mrs. Hauksbee y se fué a fumar con un amigo.

Mrs. Hauksbee esperaba unos patrones, hechos en papel muy fino, que debía remitirle una amiga, así que apenas le entregaron el pliego grande y cuadrado, exclamó:

— ¡Oh, excelente persona! y con una plegadera rompió el sobre cayendo al suelo y esparciéndose por él todos los pliegos oficiales.

Inmediatamente los recogió y comenzó a leerlos.

Ya he dicho que la remesa era importante y con esto basta. Se trataba de alguna correspondencia, dos disposiciones, una orden perentoria a cierto jefe indígena y algunas otras cosas más.

Mrs. Hauksbee se quedó con la boca abierta cuando comenzó a leer.

Uno solo de aquellos rasgos que ponían al desnudo la máquina que gobierna la India; de aquellos legajos, saliendo de sus sobres amarillos, verdosos y pintarrajeados, habrían asombrado al hombre más estúpido, ¿qué no sucedería a mujer tan inteligente?

Al principio se asustó como si un rayo hubiera caído a sus pies y no sabía qué podía hacer con aquello.

Al margen de uno de los documentos había iniciales y hasta observaciones algo más severas que la misma orden. Las iniciales pertenecían a hombres que, unos han muerto, otros se han ido, pero todos eran importantes en aquel tiempo.

Siguió Mrs. Hauksbee leyendo y pensando con calma a medida que leía, hasta que acabó por apreciar el valor de su hallazgo y discurrir los medios de aprovecharse mejor de él.

En aquel momento Tarrión llegó como llovido del cielo, y los dos juntos leyeron todos los documentos de cabo a rabo.

Como Tarrión no sabía la forma en que habían llegado a poder de su protectora, la creyó desde aquel instante la mujer más grande de la tierra, lo que era verdad o casi verdad.

— El camino recto es siempre el mejor — dijo Tarrión después de hora y media de estudio y de conversación.

— Bien considerado todo, la Sección de noticias está apropiada a mis condiciones tanto como la de Negocios Extranjeros. Voy a poner sitio a los dioses superiores en sus templos.

Y no buscó a un cualquiera, ni a un hombre de pequeña importancia; ni siquiera al jefe sin prestigios de algún departamento importante, sino que se fué a ver al hombre más grande, más influyente que el gobierno tenía, y le dijo que necesitaba en Sinla un destino con buen sueldo.

La tranquila insolencia de la petición hizo gracia al personaje, y como por el momento no tenía nada que hacer, oyó las proposiciones del audaz Tarrión.

— Supongo — le dijo — que además del mérito de su propia afirmación, tendrá usted otras cualidades que justifiquen sus pretensiones.

— Estas, señor; júzguelas usted. — Y como tenía buena memoria, comenzó a citar las notas más importantes consignadas en los documentos; haciéndolo lentamente y una por una, como si estuviera echando gotas de ácido clorhídrico en un vaso. Cuando llegó a la *orden perentoria*, que lo era mucho, el gran personaje se turbó.

— Supongo — añadió Tarrión, con tono insolente — que el conocimiento especial de casos como éste, vale por lo menos tanto — digámoslo claramente — para ser empleado en el Departamento de Negocios Extranjeros, como el hecho de ser sobrino de la mujer de un oficial distinguido.

La alusión dió en el blanco, porque el último nombramiento había sido un acto de nepotismo y Tarrión lo sabía.

— Ya veré lo que puedo hacer por usted — dijo el personaje.

— Muchas gracias — respondió el escotero — y se retiró mientras el otro fué a ver cómo podía poner sitio al nombramiento pedido.

Transcurrieron unos días con truenos, relámpagos y sendos telegramas.

No se trataba de un nombramiento importante, sino de uno de 500 a 700 rupias mensuales; pero, según decía el Virrey, lo que había que mantener era el principio del *secreto diplomático*, aunque fuera más que probable que a un mozo tan bien provisto de informaciones especiales se le creyera digno de cambiar de puesto.

Cambió, pues, y eso que debieron sospechar de él, a pesar de decir que aquellas noticias las había adquirido por méritos de su singular talento.

Debo advertir que mucha parte de esta historia, incluso lo que siguió a la pérdida del pliego, debe imaginársela el lector porque hay poderosas razones que no permiten que se escriba, aun cuando si no está enterado de las cosas del Olimpo no sabrá completarla y hasta dirá que es imposible.

Cuando Tarrión fué presentado al Virrey, S. E. dijo:

— ¿Con que este es el mozo que atacó violentamente al gobierno de la India? No olvide usted, caballerito, que esto no se hace dos veces.

Sin duda sabía algo.

Al ver Tarrión su nombramiento publicado exclamó.

— Si Mrs. Hauksbee tuviera veinte años menos y me casara con ella, antes de quince, llegaba a ser Virrey de la India.

Mrs. Hauksbee, por su parte, al darle el escotero las gracias, casi con las lágrimas en los ojos, exclamó:

— Ya se lo había dicho a usted —

y al quedarse sola añadió:

— ¡Qué tontos son los hombres!

(1) La equivocación sólo es explicable, escritas ambas frases en inglés...—(*N. del T.*).
(2) Señora de. — (*N. del T.*).




ROQUE SAENZ PEÑA (CHACO). — Excursión de empleados de los ferrocarriles del Estado. Los excursionistas saboreando algunos platos regionales, que les fueron servidos durante su visita a esta localidad.

UN PRÍNCIPE QUE VESTÍA DE «ARRIBA»

El príncipe Michel Murat se ha distinguido siempre por la elegancia exquisita de su vestido. Nuevo Brummel, el príncipe Murat, en sus trajes de calle, lo mismo que en los de sport y de noche, llamaba la atención por lo irreprochable del corte y la perfección de las líneas.

A nadie podía ocurrírsele que aquella extremada elegancia, le salía al príncipe poco menos que de balde.

Y, sin embargo, así era. El tribunal correccional del Sena acaba de condenar en rebeldía al príncipe Michel Murat a dos meses de prisión y 200 francos de multa, en virtud de la denuncia contra él presentada por un sastre de Piccadilly Circus.

Ya en 1921, el príncipe Murat fué condenado a pagar al sastre londinense 11.700 francos y en 1922 quedaron incautados numerosos trajes, maletas, camisas, calcetines y una pitillera, del uso del citado aristócrata, el cual se apoderó indebidamente de los objetos y prendas incautados, marchando en dirección desconocida.

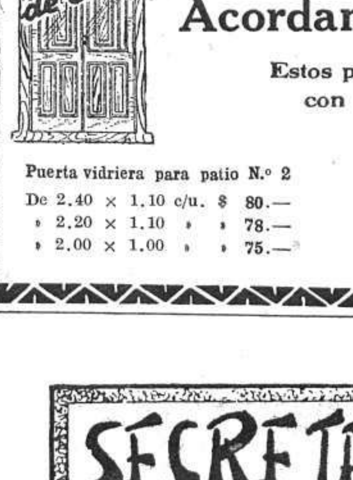


A todos los ámbitos de la República llegan nuestras sólidas puertas y ventanas de cedro

de mano de obra y estética perfectas, solidez a toda prueba y más baratas que las de madera inferior.

Puerta vidriera para patio N.º 2

Ventana N.º 14



Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:
1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52

SOLICITE CATALOGO

Acordamos 5 % de descuento

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Ventana N.º 14
De 2.00 × 1.00 c/u.... $ 66.—
De 1.80 × 0.90 c/u.... $ 61.—
De 1.60 × 0.80 c/u.... $ 57.—

FABRICANTES E IMPORTADORES

Puerta vidriera para patio N.º 2
De 2.40 × 1.10 c/u. $ 80.—
» 2.20 × 1.10 » » 78.—
» 2.00 × 1.00 » » 75.—

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 - Buenos Aires







LA NOCHE

UNA HISTORIA DE APARECIDOS

Por

AMBROSIO BIERCE





UNA noche de verano el hijo de un granjero residente a una decena de millas de Cincinnati, caminaba por un sendero trazado en una selva espesa y sombría. Había salido en busca de unas vacas ariscas escapadas de la granja, y poco hábil en el conocimiento del lugar, presto desorientóse y perdió el rumbo. Mas, el pequeño tenía el corazón bien templado. Sin la menor vacilación se adentró en la floresta guiándose por las estrellas, hasta que cayendo al fin sobre el sendero y tomando una dirección que conceptuaba buena, decidido, la siguió.

A pesar de la noche clara, una profunda obscuridad reinaba en el bosque. Ayudándose con el tacto más que con la vista, el niño hacía lo más que podía para mantenerse en el buen camino. Por lo demás, harto difícil se hacía que pudiera apartarse del sendero, porque a uno y otro costado la vegetación lujuriante y enmarañada ofrecíale un obstáculo impenetrable. Habría avanzado algo así como una milla a través del bosque cuando, con gran sorpresa, columbró una débil claridad entre el follaje que limitaba el camino a su derecha. Estremecióse; su corazón comenzó a latir con tal violencia que escuchaba sus palpitaciones.

—La casa de los Breede se debe encontrar por este lado — díjose. — Estoy, sin duda, en el final del camino que comienza frente a casa. Pero... ¿para qué esa luz a estas horas?

Sin embargo, siguió avanzando. Un instante más tarde penetraba en un claro invadido por las zarzas. Distinguió perfectamente los restos casi informes de un seto. A algunas yardas del sendero, en el centro del claro, se levantaba la casa en la cual, a través de una ventana sin cristal, brillaba la luz que llamara su atención pocos minutos antes. La ventana, no cabía duda alguna, en sus buenos tiempos había poseído un cristal, pero aquél, así como el marco, tiempo hacía que había resultado excelente blanco para los proyectiles arrojados por los pilletes del lugar, empeñados, sin duda, en testimoniar su valor y su hostilidad hacia todo lo sobrenatural. Conviene anotar aquí que la vieja casa de los Breede gozaba de una malísima reputación entre la gente del lugar. Decíase de ella que se hallaba embrujada. Quizás en todo aquello nada extraordinario existía; pero el escéptico más acérrimo no hubiera podido negar que ella se hallaba abandonada, cosa que, en el campo, poco más o menos, implica lo mismo.

Al contemplar la débil y misteriosa luz que temblaba detrás de la ventana derruída, el muchacho recordó con espanto que él mismo había participado eficazmente en aquella destrucción. Desde aquel instante sus remordimientos fueron tan intensos y sinceros como tardíos e ineficaces. Ya se veía en poder de todos los espíritus incorpóreos y malévolos a quienes ultrajara rompiendo a pedradas la ventana y arrancándoles de su tranquilo reposo. Y, no obstante, el obcecado muchacho, aunque manteniéndose dificultosamente sobre sus piernas temblorosas, no consintió en batirse en retirada. La sangre que por sus venas corría era rica y pujante, digna del heredero de sus mayores, los vaqueros de la frontera que, dos generaciones antes, habían limpiado de pieles rojas la comarca. El chiquillo quería a todo trance pasar por delante de la casa.

Al avanzar no apartó la vista del cuadro de la ventana. Y fué así cómo llegó a ver algo extraño y aterrador: un hombre, sentado en el centro de la habitación, ante una mesa atestada de papeles. Sus codos apoyábanse sobre el tablero, sus manos sostenían la cabeza que se hallaba descubierta. Los dedos de ambas manos desaparecían entre los cabellos desordenados. La luz del candil, colocado a un lado, daba un tinte amarillento al rostro del hombre: hubiérase dicho que era un cadáver por lo inmóvil y macilento. Sus ojos desorbitados se dirigían hacia la ventana cual si anhelaran interrogar al vacío y en aquella mirada fija un observador más tranquilo y experimentado que aquel muchacho campesino, hubiera descubierto un terror indecible. Pero la inmovilidad de aquellas pupi-

las hízole creer al muchacho que el hombre se hallaba muerto.

Por horrible que fuera el trance, no dejaba de ejercer sobre el chicuelo una cierta fascinación. Se detuvo para observar todos los detalles de la escena. Se sentía debilitado, la cabeza dábale vueltas y temblaba azorado: la sangre afluyó a su rostro. No obstante, apretando los dientes, avanzó resueltamente hacia la casa aunque sin tener conciencia de lo que hacía: sólo obedecía simplemente a esa especie de coraje que suele infundirnos el terror. Su macilento rostro se aproximó al vano iluminado. En el mismo instante, un grito extraño, agudo, una especie de lamento desgarrador, rompió el silencio de la noche. Era el maullido de un gato espantado. El hombre se puso de pie bruscamente y arrojó al suelo la mesa. La luz se apagó. Y el muchacho echó a correr todo lo que sus piernas le permitían.

LA VISPERA

BUENOS días, Colston. No me encuentra usted en mal momento... Suele decir que los elogios que yo hago de sus trabajos literarios no provienen sino de mi excesiva amabilidad, y he aquí que me halla completamente enfrascado en la lectura de su último cuento aparecido en el «Messager». Ha sido preciso que me golpeara el hombro para que volviera a la realidad

—La prueba es más fuerte de lo que usted cree —respondió el hombre a quien se dirigían aquellos elogios. — Su deseo de devorar mi prosa es tan irresistible que se ve usted obligado a sacrificar toda consideración de orden más o menos egoísta. Si algún placer saca de esto sólo a usted se lo debe y de usted depende...

—No comprendo, no llego a enterarme de lo que usted con esas palabras me quiere decir —replicó el otro a la vez que doblaba el diario y lo guardaba en su bolsillo. — Por lo pronto, ustedes los escritores son unos tipos interesantes. Dígame, pues, se lo suplico, qué es lo que he hecho o debido dejar de hacer en estas circunstancias. ¿De qué manera el placer que yo extraigo o pienso extraer de la lectura de su novela puede depender en absoluto de mí?

—De muchísimas maneras. Permítame que le pregunte cómo apreciaría su desayuno si lo tomara en el tranvía. Supongamos que el fonógrafo llegara a un perfeccionamiento tal que en él se pudiera reproducir una ópera completa — canto, orquesta y todo; — ¿Cree usted que experimentaría algún placer haciéndole funcionar en su oficina durante las horas de trabajo? ¿Gustaría verdaderamente una serenata de Schubert si la escuchara en una Avenida, ejecutada por cualquier músico ambulante? ¿Acaso estamos siempre dispuestos y en condiciones de saborear un placer? ¿Tenemos, por ventura, el buen humor siempre listo y en condiciones de endulzar nuestra vida?... ¡Permítame que le repita, amigo mío, que el cuento que me ha dispensado el honor de comenzar a leer con el propósito de aminorar y olvidar las molestias inherentes al tranvía, es nada menos que una historia de aparecidos!

—Y bien... ¿qué?

—Pues bien... ¿El lector no tiene, acaso, deberes correspondientes a sus privilegios? Para poseer este periódico ha tenido que desembolsar la pequeña suma de diez centavos. La hoja, ciertamente, es de su exclusiva propiedad. Su derecho de leerla tiene dónde y cuándo se le ocurra y le plazca. La mayor parte de la materia que contiene esa hoja no desmerecerá ni mejorará su contenido sea cual fuere el lugar, el tiempo o el humor del lector; algunas de esas informaciones, para decir lo que conviene, pasarán inadvertidas para usted y para todos los lectores. Pero mi historia es de una especie muy diversa. No es para leída en un tranvía... Permítame que se lo diga... No es posible extraer de ella cuanto encierra de interesante aunque fuera usted el único pasajero. ¡Qué diablos! Un autor, a veces, tiene un determinado derecho que importa que el lector respete.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el de poseer en absoluto e indivisa su atención. Retirarle semejante respeto no me parece digno. Repartir esa atención que se merece esta índole de obras con el traqueteo del tranvía, el espectáculo de la multitud recorriendo las calles, las casas y comercios que bordean el camino, conjuntamente con los mil y un motivos de distracción que constituyen el cuadro de nuestra existencia habitual, es hacerle la más grande e injusta de las ofensas. ¡Por Dios! ¡Es una cosa infame!

Al pronunciar aquellas palabras, Colston se levantó; para mantenerse en equilibrio se agarró de una de las correas que pendían del techo del vagón. Su interlocutor levantó hacia él los ojos llenos de súbita estupefacción. Preguntábase cómo tan pequeña discrepancia podía haber suscitado y justificado la violencia de aquellas palabras. Entonces pudo observar que el rostro de su amigo se cubría con una extraña palidez y que sus ojos brillaban como carbones encendidos.

—Usted sabe bien lo que quiero decirle —continuó el escritor hablando impetuosamente, — usted sabe bien qué es lo que quiero decirle, Marsh. Mi artículo del «Messager», publicado esta mañana, lleva como subtítulo, y bien claro, estas palabras: «Historia de aparecidos». Eso ya constituye un aviso suficientemente explícito. Todas las personas honorables, creo yo, habránse percatado que él prescribe por introducción las circunstancias en las cuales mi obra debe ser leída.

El hombre a quien Colston había dado el nombre de Marsh hizo un gesto de sorpresa. Pero se contentó con preguntarle sonriendo:

—¿Y cuáles son esas circunstancias, si no le es molesto? Usted sabe perfectamente que no soy más que un vulgar hombre de negocios y que pocas veces salgo del círculo de mis preocupaciones financieras... ¿Cómo, cuándo y en qué condiciones debo leer su historia de aparecidos?

—En medio de la soledad, de noche y a la luz de una vela. Hay emociones que el escritor puede despertar sin grandes dificultades, tales como la compasión o la alegría. Me comprometo a hacerle reír o llorar en cualquier circunstancia y lugar, aquí, en este tranvía, en su casa, en su despacho. Mas para que esta mi historia de aparecidos pueda ejercer sobre usted todo su efecto, es preciso que experimente la angustia del miedo o cuando menos su influencia sutil y sobrenatural... ¡Y eso sí que es difícil! Yo tengo el derecho de esperar, puesto que me dispensa la atención de leer mis escritos, tengo el derecho de exigirle, digo, un estado que le torne accesible a esas emociones especialísimas que emanan de mi historia.

El tranvía había llegado al punto terminal de su recorrido. Se detuvo. El viaje que acababa de efectuar era el primero del día y la conversación de ambos viajeros aún no se había interrumpido. Las calles se hallaban aún desiertas y silenciosas. El sol naciente recién aparecía dorando los tejados de las casas. Como los dos descendieron juntos del tranvía, Marsh tuvo oportunidad de observar de reojo a su compañero, del cual se decía — acusación que se arroja sobre la mayoría de los literatos de talento, — que era presa de vicios a cual más

terrible y funesto. Este, después de todo, es el desquite que se toman los espíritus necios y vulgares sobre los seres brillantes cuya secreta superioridad envidian.

Colston pasaba por un hombre de genio. No faltan personas que creen que el genio es una especie de enfermedad y un derivado de ciertos excesos. Era notorio que Colston se abstenía de tocar una sola botella de bebidas espirituosas. Pero era voz corriente que se entregaba a los placeres del opio. Su actitud de aquella mañana, una cierta rareza en la mirada, en la palidez desacostumbrada, la voz acatarrada, todo, en fin, era indicio que confirmaba en el espíritu de Marsh la maledicencia pública. Empero, no pudo renunciar a proseguir con aquella conversación, por exaltante que ella pareciera ser para el ánimo de su compañero.

— Quiere decir — prosiguió, — que si me molesto en seguir sus indicaciones y me coloco en las condiciones que exige — la soledad, la noche, iluminado sólo por una vela de sebo, — mediante la lectura de su novela de aparecidos llegaré a saborear plenamente la desagradable sensación de lo sobrenatural, como usted asegura... ¿De manera que usted llegará a acelerar mi pulso, me hará temblar al menor ruido inesperado, hará correr un calofrío nervioso a lo largo de mi columna vertebral y crispará mis cabellos?

Colston se volvió súbitamente hacia su amigo y le miró los ojos sin dejar de caminar a su lado.

— ¡No! ¡De ninguna manera! ¡No tendrá usted valor para tal cosa! — díjole acentuando las palabras con un gesto despectivo. — Usted es valiente, sí; pero... sólo para leer mi historia en el tranvía. Si la cosa fuera en una casa abandonada, solo, de noche, en medio de un bosque... ¡Bah! Tengo en mi bolsillo un manuscrito que le mataría de miedo a usted y a otro más templado de ánimo que usted.

La indignación se apoderó de Marsh. Se sabía valiente y aquellas palabras hiriéronle en lo más vivo.

— Si usted conoce un lugar parecido le ruego me conduzca esta noche hasta él y me abandone. Quiero leer su historieta... alumbrándome con un candil. ¡Tiene gracia!... Volverá a buscarme cuando haya calculado que he tenido el tiempo suficiente para leer su historia. ¡Le relataré el argumento y... le sacaré de la casa a puntapiés, para que aprenda!

Y he aquí cómo y por qué el hijo de un granjero, al curiosear por la desportillada ventana de la vieja casa de los Breede, vió un hombre sentado ante una mesilla y leyendo a la luz de un candil.

AL DIA SIGUIENTE

Poco después de las doce del día siguiente, tres hombres y un muchacho marchaban en sentido opuesto al que este último tomara en su huída la noche precedente. Los hombres no podían haber disfrutado de mayor regocijo: hablaban en alta voz y reían a carcajadas. Con excelente humor, dirigían al muchacho preguntas y observaciones irónicas y grotescas sobre la aventura de la noche anterior, aventura de la que no creían ni un ápice. El muchacho escuchaba las pullas y bromas con la mayor seriedad y sin darles la menor respuesta. Estaba convencido de lo que había visto y, además, era lo suficiente listo como para saber por adelantado que todo aquél que declara haber visto levantarse a un muerto y soplar una vela no es muy fácil que sea considerado como testigo digno de fe.

Llegados que fueron a la casa deshabitada, cuya puerta encontraron abierta, los de la comitiva penetraron en ella sin ceremonia de ninguna especie. En el vestíbulo se entreabrían dos puertas, una a la derecha y la otra a la izquierda. Los visitantes empujaron aquella que correspondía a la derecha y que comunicaba con la habitación de la ventana desportillada. El cadáver de un hombre yacía en el suelo.

Tendido, con los brazos apartados y la mejilla izquierda contra el pavimento, hallábase el muerto. Los ojos desorbitados y el rostro por completo desfigurado y nada agradable de ver. De la boca entreabierta pendía un hilillo de saliva. Una mesa dada vuelta, una vela en parte consumida, una silla y algunas hojas manuscritas desparramadas; he aquí todo lo que había en la habitación aquélla. Los hombres examinaron el cuerpo y uno a uno fueron tocándole el rostro y levantándole los brazos que cayeron siempre pesadamente al suelo. El muchacho, serio, grave, se colocó cerca de la cabeza del cadáver. Hubiérase dicho que había tomado posesión de él. Jamás en él revelóse tanta integridad de ánimo como entonces. Uno de los hombres le dijo:

— ¡Eres un rico tipo!

Aquellas palabras fueron corroboradas por los otros dos mediante aprobadores movimientos de cabeza. El escepticismo presentaba sus excusas a la verdad...

Al cabo, uno de los hombres recogió las páginas dispersas del manuscrito y se aproximó a la ventana, porque ya las sombras de la noche comenzaban a invadir la floresta. Se escuchó el grito de algunos pájaros nocturnos y un escarabajo monstruoso penetró en la estancia golpeando los muros y el techo con sus poderosos élitros. El hombre, haciendo un esfuerzo, leyó lo que sigue:

EL MANUSCRITO

Antes de realizar el acto, por las buenas o por las malas me he propuesto ejecutar, antes de comparecer ante el Creador para que me juzgue, yo, el abajo firmado, James R. Colston, creo que mi deber como periodista es hacer unas declaraciones al público. Mi nombre es, creo yo, bastante conocido gracias a las historias y novelas trágicas que he publicado, mas la imaginación más sombría y trágica ha concebido jamás nada que se parezca aproximadamente a mi existencia. No me refiero a los incidentes: mi vida ha estado completamente exenta de aventuras porque nunca he sido un hombre de acción. Pero mis ideas, capaces de matar y perjudicar a cualquier hombre han entenebrecido siempre mi carrera artística. No las traeré aquí a colación; algunas ya las he escrito y han sido libradas a la curiosidad pública. El objeto de estas líneas es simplemente el de explicar a aquellos a quienes estas cosas pueden interesar, que mi muerte es voluntaria y que me la he procurado con mi propia mano. Moriré a media noche, el día 15 de julio próximo — un aniversario muy significativo para mí, porque fué ese día y a esa hora que mi finado amigo, Carlos Breede me hizo un juramento que yo, en lo que a mí ha correspondido, he respetado fielmente. El destruyó su vida en su casa del bosque de Copeton. La investigación que la justicia realizó, como de costumbre, terminó con estas palabras ya consagradas: «Dióse la muerte en un rapto de locura temporal.» Si yo, como era lo lógico que ocurriera, hubiera sido llamado para declarar y hubiera confesado la verdad, no hay dudas que como Carlos hubiera sido tildado de loco.

«Me resta aún una semana de vida; una semana para ordenar mis asuntos temporales y para ajustar mis cuentas con la justicia divina. Es suficiente,

porque tengo muy contados negocios y hace cuatro años que la muerte se ha hecho para mí algo así como una obligación ineludible.

«Llevaré este manuscrito en mi cartera. El que lo encuentre hará obra buena entregándoselo a las autoridades policiales.»

«James R. Colston».

«*P.-S.* — Willard Marsh, este 15 de julio, día fatal, yo le remito este manuscrito para que lo lea usted en las condiciones que habíamos convenido y en el lugar que he designado de antemano. Renuncio a conservarlo en mi bolsillo para explicar mi suicidio. Esto carece de importancia. Durante la noche llegaré para enterarme de su estado y saber si se ha animado a leerlo. Me conoce usted bastante para saber que he de ser exacto en mi visita. Pero, recuerde que sólo apareceré *después de media noche*. ¡Que el Señor se apiade de nuestras almas!»

«J. R. C.»

El hombre no había concluído la lectura cuando hubo que recoger el candil y encender la vela. Una vez que fué leído totalmente el manuscrito, lo aproximó con tranquilidad a la llama y, mal grado las protestas de sus compañeros, redújole a cenizas. Aquel acto le valió una fuerte reconvención del que parecía ser el jefe, cosa que, desde luego, no le importó mayormente. El hombre era el propio yerno del finado Carlos Breede. Y, cuando se les tomó declaración ninguno logró expresar en forma concreta el contenido de aquel documento fatal.

Salieron de la derruída casa cuando ya era noche cerrada.

EXTRACTO DEL «TIMES»

AYER los médicos forenses encargados del examen de los casos de locura, hicieron internar en un asilo de alienados a James R. Colston, escritor de cierta notoriedad, agregado a la redacción de nuestro colega el «Messager». Como recordarán nuestros lectores, el día quince del corriente, el señor Colston fué entregado a las autoridades por los copropietarios de la Baine-House, quienes le habían visto en el preciso instante en que con una navaja de afeitar intentaba degollarse. Cuando se le entregó a los agentes, el desdichado literato opuso una resistencia desesperada. El hecho ha provocado intenso pesar entre sus colegas de periodismo».

F I N





— Yo no le he robado la fruta, señor vendedor. ¡Fué mi amigo! Una vocecita saliendo del barril: — ¡¡Mentira!!



El eminente especialista. — De modo que usted se hizo ver ya. ¿Y qué barbaridad le ordenaron?
La paciente. — ¡Oh! Que viese un especialista...



El chico. — No tenga miedo, señora. A mi perro no le gusta la comida cruda.



El vendedor. — ¿Un cuadro para regalo de bodas? Aquí tiene usted uno: "La Borrasca se acerca"

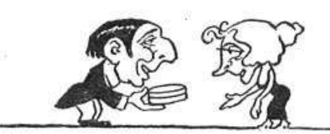
Comentarios

Iba en tren Sagarna medio adormecido,
cuando oyó el silbido
de la atronadora
máquina y, al punto, dijo complacido
—¡Oh, qué bien declama la locomotora!

—¿Y ese reloj de torre?
—Es un regalo.
—¿Es bueno?
—Sí; no es malo.
Y ahora estoy esperando que alguien quiera
regalarme una torre.
—Bueno, espera.



Se muestra el vice intranquilo
y dice de esta manera:
—¡Que se jubile el que quiera!
Lo que es yo, no me jubilo.
Los hombres de este gobierno,
según se ha podido ver,
son capaces de querer
jubilar al Padre Eterno.



—Yo soy muy previsor. A una soltera
le dije de este modo:
Usted se casará cuando Dios quiera,
cuando Dios quiera, sí. ¡Dios sobre todo!
Luego tendrá usted hijos muy honrados
correctos y educados,
que, por economía,
se lustrarán las botas cada día.
Huyo de lo vulgar y lo común
y juzgué lo mejor
regalarle una caja de betún.
—Ya veo que es usted muy previsor.

Gritaba un diputado, soplando como un fuelle:
—Si no se me respeta,
voy a meter más ruido que una motocicleta.
(¡Cuidado, no se estrelle!)

—A mí Gallo no me gusta.
—A mí me da un miedo atroz.
—A ese Gallo no le aguanta
ni la paciencia de Job.
—Tenemos sobresaltados,
para él resulta un sport.
—Y aunque le pidan el sí,
responde siempre que no.
—Es un peligro inminente.
—Es un bacilo de Kock.
—Es un castigo del cielo.
—Es el azote de Dios.
—En él lo más espantable
son las plumas, puesto que hoy,
con una pluma de Gallo
se firma una intervención.



Tiene un diente tan saliente
que a su amada, con terneza,
quiso besar en la frente,
y le rompió la cabeza.

Cortejante sumiso,
dice un autor.
—Negar en vano intenta
que la amo, pues
vive en un sexto piso
sin ascensor;
y la visito ochenta
veces al mes.



—Era un soberbio trabajo
que el jurado no entendió.
Por eso no me premió,
«La campana sin badajo».
¡Y premian otras macanas
musicales inferiores!
—¡Qué entienden esos señores
de badajos ni campanas!

Según don Celedonio,
tiene su esposa un genio del demonio.
Y él, según su señora ha declarado,
tiene un genio endiablado.
¡Qué feliz debe ser tal matrimonio!

DIBUJOS DE REDONDO

B I B L I O G R A F I A

LIBROS:

Disparates no usuales, pero usados por escritores de postín. Primera sarta, por Vicente García Medina. Editorial científica y Literaria Atanasio Martínez. Buenos Aires.

El gobierno de las comunas, por el doctor Fernando Bunge. J. Lajouane y Cía. Editores. Buenos Aires.

FOLLETOS:

Ejercicios financieros correspondientes a los años 1922 y 1923. Publicación oficial), La Plata.

CARNETS:

Club Gimnasia y Esgrima de La Plata para la temporada 1924-25.

ANUARIOS:

Anuario de la Estadística de la Provincia de Tucumán correspondiente al año 1921, publicado bajo la dirección de Miguel S. Gómez, director de Estadística de la Provincia. G. Kraft. Impresor. Buenos Aires.